

ANTONIO CORTÓN



El fantasma

del separatismo

(Escenas de la vida barcelonesa)

CUATRO REALES



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, número 10
VALENCIA

Sucursal: Mesonero Romanos, 42
MADRID

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- A. Hamon* —Determinismo y responsabilidad.
- A. Hamon*.—Psicología del militar profesional.
- A. Hamon*.—Psicología del socialista anarquista.
- A. Hamon* —Socialismo y Anarquismo.
- Alcalá Galiano*.—Las diez y una noches (Cuentos occidentales).
- Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez*.—Emilio Zola (su vida y sus obras).
- Alexis*.—Las chicas del amigo Lefèvre.
- Angel Guerra* —Literatos extranjeros.
- Bakounine*.—Dios y el Estado.
- Bakounine*.—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.
- Barón d' Holbach*.—Moisés, Jesús y Mahoma.
- Baudelaire*.—Los Paraísos artificiales.
- Bjærnstjerne Bjærnson*.—El Rey.
- Bjærnstjerne Bjærnson*.—El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.
- Blasco Ibáñez*.—Arroz y tartana.
- Blasco Ibáñez*.—Flor de Mayo.
- Blasco Ibáñez*.—Cuentos valencianos.
- Blasco Ibáñez*.—La condenada.
- Bracco*.—Muecas humanas.
- Büchner*.—Fuerza y materia.
- Büchner*.—Luz y vida.
- Bueno*.—A ras de tierra.
- Bunge*.—La novela de la sangre.
- Comandante ****.—Así hablaba Zorrapastro.
- Conde Fabraquer*.—La expulsión de los jesuitas.
- Chamfort*.—Cuadros históricos de la Revolución francesa.
- D'Annunzio*.—Episcopo y Compañía.
- Darwin*.—El origen del hombre.
- Darwin*.—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.
- Darwin*.—Origen de las especies. 3 t.
- Darwin*.—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.
- Daudet*.—Cuentos amorosos y patrióticos.
- De la Torre*.—Cuentos del Júcar.
- Delfino*.—Átomos y astros.
- Deutsch*.—Diez y seis años en Siberia. 2 tomos.
- Diderot*.—Obras filosóficas.
- Draper*.—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.
- Engels*.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.
- Faure*.—El dolor universal. 2 tomos.
- Flaubert*.—Por los campos y las playas.
- France*.—La cortesana de Alejandría (Tais).
- Garchine*.—La guerra.
- Gautier (Judith)*.—Las crueldades del amor.
- Gautier (Teófilo)*.—Un viaje por España.
- George*.—Progreso y miseria. 2 tomos.
- George*.—Problemas sociales.
- Gómez Carrillo*.—Destile de visiones.
- Gómez Carrillo*.—Por tierras lejanas.
- Goncourt*.—La ramera Elisa.
- Gorki*.—Los ex-hombres.
- Gorki*.—En la prisión.
- Grave*.—La sociedad futura. 2 tomos.
- Grave*.—La sociedad moribunda y la anarquía.
- Gutiérrez Gamero*.—La derrota de Mañara.
- Guy de Maupassant*.—El Horla.
- Guy de Maupassant*.—La mancebía.
- Hæckel*.—Los enigmas del Universo 2 tomos.
- Haggard*.—El hijo de los boers.
- Heine*.—De la Alemania. 2 tomos.
- Heine*.—Los dioses en el destierro.
- Hugo (Victor)*.—El sueño del Papa.
- Ibsen*.—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.
- Ibsen*.—Emperador y Galileo.—Juliano Emperador. 2 tomos.
- Ibsen*.—Los espectros.—Hedda Gabler.
- Inchofer*.—La monarquía jesuítica.
- Ingenieros*.—La simulación en la lucha por la vida.
- Ingenieros*.—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.
- Kropotkine*.—La conquista del pan.
- Kropotkine*.—Palabras de un rebelde.
- Kropotkine*.—Campos, fábricas y talleres.
- Kropotkine*.—Las prisiones.
- Kropotkine*.—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.
- Labriola (Arturo)*.—Reforma y revolución social.
- Laugel*.—Los problemas de la Naturaleza.
- Laugel*.—Los problemas del alma.
- Laugel*.—Los problemas de la vida.
- López Ballesteros*.—Junto á las máquinas.
- Lubbock*.—La dicha de la vida.
- Mackay* —Los anarquistas.
- Mæterlinck*.—El tesoro de los humildes.
- Malato*.—Filosofía del anarquismo.
- Malato*.—La gran huelga. 2 tomos.
- Marx (Carlos)*.—El capital.

D

3531

EL FANTASMA DEL SEPARATISMO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Patria y cosmopolitismo, Madrid, 1881.

La literata (sátira social, con una carta-prólogo de don Julio Nombela), Madrid, 1883.

Pandemonium (crítica y sátira).—Un volumen de 626 páginas. Agencia literaria internacional editora, Madrid, 1889.

La separación de mandos (edición-regalo de la revista *Gil Blas* á sus suscriptores), Habana, 1890.

Salvador Brau y Frasquito Oller (semblanzas), Madrid, 1895.

Las Antillas (impresiones de viaje), Antonio J. Bastinos editor, Barcelona, 1898.

Espronceda (tomo I de la biblioteca «Autores célebres»), Julio Nombela editor, Madrid, 1906.

EN PREPARACIÓN

Crónicas.

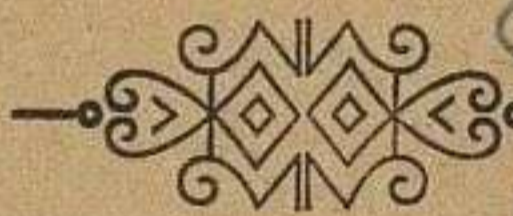
ANTONIO CORTON

2

9537

El fantasma del separatismo

(Escenas de la vida barcelonesa)



Legado de Madrid
LEGADO M. DE LA FUENTE

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^ª—VALENCIA

EXORDIO

Con este librito no pretendo descubrir el Mediterráneo. He vivido durante algunos años en la urbe febril á la que el «mar de las ideas» besa amoroso con su oleaje, y habiendo tenido que estudiar, por razón del oficio empecatado á que me condenó el destino, los hombres y las cosas de la Cataluña nueva, he ido amontonando poco á poco las páginas que siguen, escritas unas, casi todas, á las márgenes mismas del Llobregat ó del Besós, y otras, las más recientes, en Madrid.

Entrego al lector la confesión de un hombre sincero y desapasionado. Desapasionado, sobre todo. Ni aun la campaña palabrera por la autonomía á la catalana me sacó jamás de mis casillas. Y es más: si los catalanistas, por ventaja suya, no tuviesen ciertos matices reaccionarios, yo con los tales muy á gusto entraría en docena y en montón. De todas suertes, ni aun buscado con una linterna podría encontrar el catalanismo un cronista más sereno que yo.

.
.
.

Soy, por mi situación especial, un español, un pobrecito español como otro cualquiera, y que me diferencio de la mayor parte de los otros en que no puedo tener más patria que una: la grande, de la cual no estoy muy contento, pero en la que quiero vivir y morir... Amo á España, y amo, como á tierra de España, á Cataluña; pero ni mi amor á Cataluña—amor de ninguna suerte interesado en quien, no siendo catalán, se tropieza con partidos y escuelas cuya es la divisa de «Cataluña para los catalanes»—me hará absolver las grandes injusticias que Cataluña suele tener para el resto de España, ni mi amor á España—probado en áspero sacrificio y rebelde á la fatalidad de los hechos—me cegará nunca hasta el extremo de no ver la razón con que Cataluña se queja del actual régimen centralista.

Y en mi mismo caso—fuera de lo exclusivamente personal—se me figura que se encuentran cuantos escriben de buena fe y sin pizca de mala intención sobre las cosas de Cataluña. Se procura estudiar, enterarse, se indagan aquí y acullá pareceres, se husmea en las bibliotecas, se leen periódicos, se brujulea por la Rambla y se da al fin una opinión, que luego se publica en Madrid ó en Orense. Con este inocentísimo sport, ¿á quién se hace daño?... Alguna vez, claro está, nos cae un borrón en las cuartillas... Alguna vez—¿por qué negarlo?—no damos gusto á la cazuela... mas si no hablamos, por ejemplo, de la «heterogeneidad de las razas», ni de «la virilidad de la lengua», ni de la «escuela pictórica propia», ni de la influencia del «espíritu heleno» en las letras, ni

de la greguería «supernacional», ni de otros temas de ese jaez, no hay que echar á mala parte ni disputar por ofensivo nuestro encogimiento de hombros; si hacemos mutis en lo tocante á esas cuestiones, es por modestia, por falta de datos, pero sin propósito de ofender...

Estamos aquí, tratamos con gusto á las gentes, nos metemos en las redacciones, vamos al Ateneo, á los Casinos, á las exposiciones de cuadros... Admiramos esta ciudad opulenta, ciclópea, rica, donde se respira el aire europeo, donde el español debe estar á sus anchas. Nos encanta el obrero reflexivo, sobrio de palabras, con su honrada blusa, nunca manchada con el alcohol de las tabernas. Nos enamoran las beldades, que no nos miran, que tal vez contestan con mirada iracunda al requiebro insípido... Admiramos al intelectual, es decir, al hombre de ciencia, al literato, al orador, al artista. Vemos un dibujante como Casas, un mago del color como Fondevila, un crítico de arte como Casellas, un poeta como Maragall, un científico como Recasens, que, á pesar de su valía singular, permanecen para el resto de España en la sombra; é indignados por esto, y con entusiasmo comunicativo, porque la admiración, si es sincera, ha menester complicidades, cogemos la pluma, y mojándola en mieles, solemos decir cuatro cosas... ¿Qué nos importa que el elogiado, al día siguiente, nos encuentre en la calle y no nos salude?... Nosotros cumplimos, nos desahogamos, y tan contentos.

Dejando chiquitos á los indígenas de América, que si bien se asustaron, no se enfurecieron con

Colón, «¡vienen á descubrirnos!», suele exclamar algún diario catalanista cuando cualquiera que no es catalán se atreve á echar su cuarto á espadas sobre la crisis fabril ú otras cosas... Y se dió el caso de que el conde de las Almenas, de honrada memoria, con la mejor intención del mundo, ganoso de complacer y de ser útil, sin interés personal de ninguna clase, se molestó en venir, é hizo estudios, y visitó fábricas, talleres y círculos, y consultó con todos, para formar juicio sobre el terreno y lanzarse después á romper una lanza por los intereses de Cataluña... Pues bien; ante este caso de altruismo, un escritor que firma Pol en La Veu, obsequió al senador con esta fineza: «Ocúpese usted, señor mío, de las cosas de su casa, y déjenos en paz.»

Y así resulta que si los políticos de Madrid—la Sodoma impura—prescinden, al hacer sus campañas, de la salud y del interés de las provincias, llueven censuras por el desdén: pero, en cambio, si atienden con solicitud y desvelo al bienestar de las provincias, llueven censuras por la oficiosidad.



Y hay que hablar, hay que hablar... Es preciso que la paz reine, que la luz se haga, que la verdad se diga y que el español conozca al español... Es preciso que este gran pueblo, mejor estudiado que hasta aquí, y mejor conocido y más estimado por ende, venga amoroso á comulgar en el mismo templo con sus hermanos, también oprimidos, también

encorvados bajo la cruz... Es preciso que estos papeles—á los catalanistas aludo—, atendiendo á Robert cuando dijo desde la cátedra del Ateneo: «Siguen menos áspres en la forma; no rebutgem; atrayem», en vez de soplar la llama de la discordia, la extingan, dejando de ver un enemigo en cualquiera que, con buena intención, más pondera virtudes que exhibe máculas... Es preciso que nos conozcamos, que nos tratemos, que nos discutamos asimismo, si á mano viene, pero sin faltar á la familia...

Aquí hemos perdido torpemente nada menos que un mundo porque las colonias no llegaron á conocer nunca á la metrópoli, ni la metrópoli conoció á sus colonias. ¡Y eso que las colonias tuvieron constantemente en Madrid sus órganos de publicidad!... ¡Y eso que contaban con el concurso de políticos peninsulares, que no se asustaban con la autonomía!... ¡Y eso que en la hermosa lengua de Cervantes hablábamos todos!...

Hay que hablar, sí, y en castellano, y á ver si logramos entendernos. Yo, al menos, desde mi humildad, hago mi sincera confesión, y no pretendiendo más aplauso que el de esta compañera mía cuyo dictamen es mi norte y cuyo nombre es la conciencia, sigo aquel consejo vigoroso que Émerson diera al literato: «Di lo que piensas hoy con palabra segura, y di mañana con la misma seguridad lo que pienses mañana, aunque contradiga todo lo que has dicho hoy.»

ANTONIO CORTÓN.

EL FANTASMA DEL SEPARATISMO

Viniendo de Aragón y Castilla, entre Riera y Pobla de Montornés, desde la ventanilla del vagón se empieza á ver el mar, al mismo tiempo que aspiramos su brisa fresca y acariciadora. ¡El mar! El espectáculo indescriptible de su inmensidad y grandeza ensancha el espíritu... Quédense atrás, allá lejos, en la seca llanura calcinada por un sol implacable, las ideas mezquinas y enanas. Enfrente del mar, de la montaña, del cielo estrellado, ante la Naturaleza que canta el sublime *Excelsior* de la vida, ¿qué vienen á ser los anhelos raquíticos, las verdades convencionales, los intereses transitorios de esta soberbia hormiga que se llama el hombre?...

Y, sin embargo, á pesar de la amplitud y magnificencia de su morada terrestre, el hombre no es un ser cosmopolita ni mucho menos. Vedle juntarse en pequeñas sociedades, fundar naciones é inventar escudos y banderas, símbolos de la patria común, para diferenciarse de los demás hombres y aislarse en lo posible de ellos. Y aun dentro de esas

sociedades llamadas naciones, hay grupos, hay departamentos y provincias que aspiran á tener vida propia, y que sólo sobre esa base y bajo esa condición se resignan á formar parte del concierto nacional. La bárbara ley de la fuerza y las necesidades de la lucha por la vida, son la primera razón de la existencia de las grandes nacionalidades; pero si llegásemos algún día—que lo dudo—á un estado de civilización tan perfecta, que el afán de conquista, herencia que nos dejaron las monarquías absolutas, se considerase como criminal locura, el mundo sería un hormiguero de naciones, quizás microscópicas, pero sin duda prósperas y felices.

No hay que condenar, no, la *patria pequeña*. Esos dos vocablos encierran un mundo de recuerdos gloriosos y de sentimientos hondos y venerandos. Por muy dominados que se encuentren por la prosa del positivismo moderno, siempre el castellano cabalgará en ancas del corcel del Cid, y el galaico sentirá palpitar su corazón ante la leyenda de Santiago, y el catalán se mostrará orgulloso con la historia épica de los almogávares, y el astur no se acercará sin emoción profunda á la cueva de Covadonga... Juzgar de esto, entablar sobre esto debates, someter esto á los cánones de un derecho político, sería un absurdo de marca... Los sentimientos no se discuten. Combatid con saña y con injusticia cualquier noble aspiración del alma, y pronto lograréis convertirla en pasión desahorada y ciega...

Por eso, á mi juicio, merecen censura, porque no se inspiran en el interés nacional, los que, subiéndose al Sinaí parlamentario ó sentándose en los divanes de un Ateneo ó un Casino, fulminan anatemas contra el regionalismo, al que confunden maliciosamente con el separatismo, volviendo á abrir para sus sinceros mantenedores aquel viejo léxico de injurias que parecía haberse cerrado definitivamente cuando perdimos las colonias. Y así como en las Antillas la política de la desconfianza, de la acusación y de la amenaza perpetuas trajo como inmediata consecuencia el empujar á la rebelión á muchos pacíficos insulares, españoles sinceros, cuyo amor á la libertad y al progreso se traducía aviesamente por odio á la madre patria, ¡plegue á Dios que aquende el Atlántico, en la tierra peninsular, en estas regiones que deben ser nuestro orgullo, no venga á ocurrir, á la corta ó á la larga, lo mismo que en las colonias ocurriera!...

Acontece á las veces, en las relaciones de los pueblos con sus gobernantes, algo análogo á lo que suele ocurrir en ciertos matrimonios. Es la esposa honesta á carta cabal y es el marido receloso y desconfiado. Víctima de unos celos feroces, por la cosa más baladí, por el detalle más mínimo, arma él reyertas á toda hora y le pide cuentas de sus acciones, viendo en todas ellas, aun en las menos pecaminosas, indicios, cuando no pruebas, de infidelidad. Flagelada un día y otro por la sospecha ofensiva y por la acusación mortificante,

pero siempre con la conciencia tranquila, acepta ella el martirio de vindicarse y defenderse, al mismo tiempo que exagera y multiplica las manifestaciones de afecto y los rasgos de abnegación y confianza, en todo lo cual no acierta á ver el ofuscado cónyuge otra cosa que engaños y marrullerías... Cuantos absurdos puede fantasear la suspicacia de un celoso, á él se le albergan en el magín, y cuantos prodigios de paciencia puede realizar una mártir de la estulticia ajena, ella sin cesar los realiza... Pero llega al fin y á la postre un mal día en que hasta el ángel protector de los casados se hastía y se pone de malhumor, y la buena esposa, al fin hecha del barro humano, se cansa de que su honradez no sea estimada ni reconocida siquiera, y entonces por casualidad sale á la escena un tercero en discordia, y el pícaro del demonio, que siempre está aparejado para estos lances, toma cartas en el asunto, y en discursos malévolos predica la revolución... y ve como al cabo de algún tiempo, y principalmente por obra de los recelos infundados del cónyuge, cae la esposa en desliz, y el matrimonio que pudo ser perfecto y dichoso se convierte en el abominable *attelage á trois*, que dicen en París.

No son, ¡qué han de serlo! separatistas ni malos españoles los catalanes. Si alguno encontráis por esos mundos que confiese y afirme que lo es, no le creáis, no, aunque lo jure por la memoria de Berenguer el Grande. Aquí, como tiempo atrás en

las Antillas, es muy frecuente tropezar con personas que se declaran *separatistas* queriendo expresar no otra cosa, con ese concepto, que el radicalismo en las ideas, el *non plus ultra* del liberalismo y del regionalismo. «Fulano es muy *separatista*», solía decirse en Cuba de alguien que era muy liberal. «Fulano es muy *español*», solía decirse en Puerto Rico de alguien que era muy reaccionario. Y en puridad de verdad, ni Fulano deseaba seriamente la independencia de Cuba, ni Mengano era más ó menos español que cualquier otro que lo fuese. El falso é interesado españolismo de algunos que á la sombra de la bandera nacional establecían regaladamente sus cacicazgos, hacía el resto en esta obra de perdición; y de ahí la base y el origen del descontento colonial y de la saña de los partidos locales. Faltaron, cuando era la sazón de revelarse, espíritus sinceros, cerebros desnudos de prejuicios, que dijeseñ á la metrópoli, á la gran madre: «No hagas encarcelar ni ahorcar, antes bien, convence de su error á los que se llaman, sin serlo, separatistas, ni protejas en sus negocios particulares, con mengua de la justicia, á los que se llaman, sin venir á cuento, españoles.»

La persuasión, el fraternal consejo, la observación discreta y amistosa, he aquí la forma en que se debe combatir el separatismo platónico de unos pocos ilusos. Y en cuanto al regionalismo culto y sensato, antes que impugnarlo á tontas y á locas, fuera mejor encauzarlo, alentarle y protegerlo,

porque al fin y al cabo el regionalismo, que nace del amor al terruño y del justo anhelo por su prosperidad, es, en el actual abatimiento de España, una fuerza política que conviene mantener viva y utilizar en beneficio de todos, si es que se quiere que no sea un sueño la cacareada regeneración de la patria, para la cual es preciso contar con este gran pueblo, vigoroso y sano, tan simpático por sus virtudes como glorioso por sus proezas, que nos dió con la Exposición Universal de 1888 el testimonio de su valía, y nos da hoy con esta opulenta ciudad de Barcelona un mirador desde el cual puede contemplarse el espectáculo de la civilización europea.

Castellanos en Barcelona

Desde la publicación del famoso protocolo de Wáshington, que me puso en el trance funesto de optar sin demora entre ser yanqui en las Antillas ó morirme de hambre, cargado de honra, en España, no me atrevía yo, humilde y vergonzoso de mí, á incluirme en la numerosa y excelsa familia de Pelayo y del Cid. Quiero decir, hablando en plata, que no estaba muy convencido de mi derecho á llamarme español. Y claro es que por castellano, ni viejo ni nuevo, aun á vueltas de los rebuscos genealógicos, nadie podía con razón disputarme. Pasar en Valladolid tres semanas, y en Madrid cinco lustros, y maltratar, emborronando cuartillas, el primer idioma del mundo, no son, no deben ser títulos suficientes para graduarse uno, sin más ni más, de castellano en Barcelona ni en ninguna otra parte.

Pero abandono la villa y corte, y pensando siempre, como un escribano que se estima, en el maldito protocolo, llego aquí á la estación, subo al

ómnibus, y no sin topar antes con el portero, tomo posesión de mi vivienda... y he aquí ya resuelto en menos de un minuto el problema de mi nacionalidad. El portero me dice, entre otras cosas, que de los inquilinos del inmueble en que he de morar, el único *castellano* soy yo. Le contesto en mi idioma, y él me dice en el suyo que no me entiende, noticia que pone espanto en mi espíritu y me hace ver claro el porvenir que me espera en mis relaciones internacionales con potencia tan formidable como una portería extranjera. ¿Será preciso, como suele ocurrir, para pedir el *diari* ó el recibo del casero, representar un diálogo bilingüe? No; la cosa tiene fácil arreglo. Como mi hombre no quiere hablar —que en cuanto á saberla, ¡vaya si la sabe!— la hermosa lengua nacional, me avengo á comunicarme con él en su lengua nativa. Y á pesar de esto, no dejo de ser para el portero de mi casa un castellano, el castellano de la puerta primera del principal.

Esto demuestra—observará alguien—que no es ciertamente el idioma el sello, la marca de fábrica del castellano en Cataluña. Así es, en efecto. Hable usted en catalán, y háblelo como el mismo Ausias March, y esto no embargante, si es usted forastero, aunque de catalán le haya disfrazado Melpómene, el sambenito de forastero hay que llevarlo siempre á la espalda. Y es que el castellano en Cataluña tiene una cara especial, una mirada, una sonrisa, hasta un modo de andar característicos. Castellano

es el que se desayuna con chocolate, el que lee el periódico de Mencheta, el que gasta chistera sin ser día de Corpus ni Jueves Santo, el que brujulea por la calle de Fernando y por los muelles, el que requiebra, con aires de Tenorio, á las *nenas*, el que se retrata con uniforme ó con toga ó birrete, el que viste de negro en entierros y funerales, el que protesta con trágica indignación del vino y de la carne y del pan falsificados, el que fuma pitillos y toma café en los despachos del gobierno civil. Este último, el covachuelista, es el más castellano de todos. Con cualquier otro, aunque acabe de llegar del Perchel ó de Triana, puede comer pan á manteles un catalán... Al mísero y casi siempre inofensivo empleado, se le trata muy por de fuera.

Peró si el idioma cervantino no es en Cataluña el sello característico del castellano (por tal se tiene todo español *que no es catalán*), es, en cambio, la línea divisoria, la verdadera muralla de la China que suele separar á las veces, en el trato íntimo, á los españoles de aquende y de allende el Ebro. Y cuenta que esta separación—origen de sendas preocupaciones y terquedades que á la larga suelen influir en la política—no tiene por causa el hecho superficial, aunque triste, de que el catalán no entienda la lengua del castellano—que sí la entiende—ni éste la de aquél. En ninguna parte se mira nunca de mal ojo á una persona porque no hable el idioma del país; pero tampoco en ninguna parte, á no ser entre los castellanos, se censura á

los naturales de un país porque usen para comunicarse entre sí su lenguaje nativo. Y en esto la intransigencia es desafortada, iracunda. Desde los gobiernos que han vedado el curso de los telegramas en catalán ó querido desterrar este idioma del púlpito, hasta los particulares que ponen el grito en el cielo porque en las ramblas ó en el tranvía ó en los pasillos del teatro no se oye más que el catalán, *dialecto*, dicen ellos, áspero, desapacible, antipoético, diríase que todos están de acuerdo para lastimar, y lastimar por necio modo, á la sociedad en la cosa que le es más cara, en su idioma, esto es, en su espíritu, en su tradición, en su personalidad.

Á semejanza del lusitano del cuento, que, viajando un día por la patria de Racine, oía estupefacto y cariacontecido como, á pesar de su infancia tierna, hablaban en gabacho todos los niños franceses, hay españoles del riñón de Castilla á quienes asombra y mortifica que las damas barcelonesas anden por paseos y saraos charlando en el *dialecto* del país. «Es lástima — dicen — porque, como guapas, son guapas.»

Y esta es otra. No es tarea obvia convencer á algunos forasteros, aun siendo avisados y cultos, de que la lengua catalana no es un dialecto. Aun puede pasar—y es pasar bastante—que algún escritor castellano llame á la corona de Aragón *coronilla*; pero no pasa sin protesta que se moteje de dialecto á la vieja lengua catalana que, pobre ó

rica, áspera ó dulce, fué el habla natural, materna, de todos los reyes de Aragón, desde el esposo de Petronila hasta el marido de Isabel *la Católica*, y en la cual escribieron sus comentarios Don Jaime *el Conquistador*, sus estrofas Ausias March y Aribau, y sus historias Muntaner, Desclot y Tomich. Decir al catalán que su lengua, la que balbuceó en el regazo materno, la que usó después para requebrar á su novia y en la que dió forma á sus oraciones á la morena Virgen de la montaña, no es un idioma como los demás, sino un dialecto, es decir, un idioma chico, de segunda clase, inferior á los otros, es inferirle una ofensa que chorrea sangre. Tanto es así, que en los catecismos catalanistas figura esta cuestión del dialecto como uno de los mayores *agravios* que Castilla suele hacer á Cataluña.

Pero en cambio, para hacerse absolver su gran ignorancia filológica, los malavenidos con el idioma ó dialecto, echan el resto ponderando las excelencias de la ciudad, y hasta suelen hacer la concesión de que Barcelona *no es inferior* á los Madriles. El parque, el monumento á Colón, las ramblas, la plaza de Cataluña, el paseo de Gracia, el Liceo, son ciertamente cosas que valen... Realmente se puede vivir muy á gusto, casi sin echar de menos Recoletos ni el Campo Grande ni la calle de las Sierpes. La ciudad de los condes es, sin duda, una gran ciudad. Pero á renglón seguido, se añade, haciendo un derroche de ingenio, la con-

sabida frasecita: «La jaula es hermosa, pero los pájaros...» (aquí un puñado de adjetivos injuriosos para los pájaros). Y la frase se repite y celebra entre los castellanos todos los días, y volando de labio en labio, llega al fin al oído del catalán, el cual, como es lógico, por muy comedido que sea, toma el desquite apostrofando sañudo al forastero que tan mal le trata y tan mal le conoce.

Después de esto, ¿puede ser lícito extrañar que el forastero en Barcelona se encuentre á las veces como gallina en corral ajeno? El forastero no desciende de Júpiter. Quien esté avezado á la melosa cortesía madrileña, ó á la hospitalidad andaluza, ó á la modesta *bonhomie* de la gente galaica vendrá á Barcelona, tendrá amigos, y si es buen muchacho y no se enfurece con el idioma ó dialecto, ni llama á la corona de Aragón *coronilla*, logrará, andando el tiempo, la merced de que se le hable en castellano y hasta se le ofrezca un cigarrillo. Y verá entonces de sus ojos cómo la estudiada reserva y el desamorado trato de los primeros días ceden fácilmente el paso á aquella cortesía de que habló Cervantes y á la estimación franca y sincera que el natural del país no otorga nunca al primer recién venido á quien apenas conoce. No hay que olvidar que en el habla expresiva y sobria del país, para expresar el amor y el afecto, no se dice *querer*, sino *estimar*.

Entretanto hay que resignarse á pertenecer á *la colonia*, como llama algún diario catalanista al

núcleo de castellanos que residen. Y si se quiere apresurar el paso y conquistar en poco tiempo á Barcelona, no hay más remedio que imitar á un amigo mío, apreciable mozo de cuerda, el cual, al ver yo en su cabeza la barretina y preguntarle no sé qué cosa en catalán, me dijo muy quedo:

—Hábleme, por Dios, en castellano, que soy de Cuenca.

—Pero esa barretina encarnada y vistosa...

—Me la pongo aquí para trabajar y *poder* ganarme la peseta...



Los que dirigen el cotarro

Las personas sensatas, esas eternas é insoportables personas sensatas cuya inevitable protesta se saca siempre á relucir, sobre todo cuando se trata de apabullar á cualquiera que grita, ó que reclama, ó que se queja, estarán diciendo sin duda —desde aquí me parece escucharlas— que esta agitación de los espíritus, esta vocinglería de la prensa, este clamoreo de las calles, son y no pueden ser más que cosa plebeya y ruin, obra de *cuatro descamisados*, como se decía en otro tiempo... Necedad grande... Aquí donde el proletario suele tener *más camisa* que muchos senadores del reino, se da el caso de que no se le encuentra sino por acaso y en calidad de espectador en las revueltas catalanistas. Pero en cambio, id en día de agitación y de gresca al Liceo ó á la Bolsa, al Ateneo ó á la Liga, y veréis al señorón bien trajeado, al cacique de oposición, al ricacho, escuchar con oculta delectación y con mal velada sonrisa el *¡Via fòra!* y el *¡Vixca Catalunya!* que lanzan en mitad del arro-

yo los bravos grupos escolares. Allí, entre éstos, va su *hereu*, van sus vástagos, los *intelectuales* de la generación que sube, los Guimerá, los Permanyer, los Durán y Bas de lo porvenir. Esa juventud ha nacido y desarrolládose nerviosamente, entre el fragor de las grandes batallas, las batallas entre el proteccionismo y el libre cambio, entre la teocracia y la democracia, entre la monarquía y la república, entre el capital y el trabajo, entre la autoridad y el anarquismo, entre el principio unitario y el principio de descentralización, entre tantos y tan numerosos sistemas é intereses rivales como aquí han reñido en los últimos años tan desesperadamente... ¿Qué es si no un campo de batalla la Barcelona *fin de siècle*?... ¿Qué mucho, pues, que en esta tierra la juventud sea levantisca y que el ciudadano de edad proveccta sonría ante el tumulto, y que hasta el viejo doctrinario y sesudo, con la misma boca con que condena iracundo el espíritu de insubordinación y desorden mande cerrar á piedra y lodo su tienda y despacho cuando así lo dispone la Directiva de los gremios?

La fogosidad que Cataluña pone en todos sus empeños, la perseverancia con que insiste, el tesón con que lucha y la fortuna con que vence, ¿no son para el discreto observador indicio de que aquí el obrero no es, como en otras partes, el único ni el principal agitador? No; no es el movimiento regionalista y catalanista obra de los desheredados de la fortuna; es, al revés de esto, producto y reflejo

del malestar y de la inquietud de dos clases de gentes: los *intelectuales* y los ricos. Éstos, abriendo sin esfuerzo alguno sus cajas, esas cajas que Villaverde, ¡oh dolor!, no vió abrir, tienen á gala ofrecer recursos para instalar tal ó cual sociedad, ó dar á luz tal ó cual periódico de propaganda y pelea. Aquéllos, haciendo del Ateneo arca intangible del idioma, de las mil y una Asociaciones milicias rebeldes y de la cátedra de la Universidad Sinaí prestigioso de donde bajan para la juventud las leyes del pensamiento y la conducta, son los hábiles timoneros que dirigen la nave, que la defienden y la salvan del azote de las tormentas y que la llevarán—yo así lo creo—haciendo escala en distintos puntos, lenta y fatigosamente quizás, al término de su itinerario.

Yo lo creo así, y así lo digo honradamente: la nave arribará al puerto...! Pero ¿cuándo?... ¿Cómo? ¿Por qué medios?... Por todos quizá... menos por los medios de la revolución armada. Y en esto no hay duda... Pasaron para no volver los buenos tiempos de la GORDA, de aquella GORDA que nos anunciaban todos los días, entre azorados y cavilosos, los profetas de antaño, y en la cual aun parece que creen los ministros de la Gobernación. No hay que asustarse... Ni el catalán moderno es de la raza del diputado Clarís y el conceller Casanova, ni el obrero fabril de ahora es el segador de 1640. Y además, los tiempos son muy otros... Esperar medrosos un *Corpus de sangre*, y esperarlo

ahora, en estas calendas de democracia real ó ficticia, efectiva ó aparente, pero sin duda muy distintas de los tiempos de Felipe V y del conde de España, se me antoja preocupación baladí. No van, no, por ese cauce las corrientes. Muerta por concunción, por desvío de sus amadores, la vieja amazona de las barricadas, el perro del hortelano es el símbolo de la lucha de hoy. Aquí nadie quiere derribar por la fuerza á los gobiernos, pero se aspira—eso sí—gravemente, metódicamente, á no dejarles gobernar. Y puestas en este terreno las cosas, cuando no se encuentre un ciudadano para desempeñar la alcaldía, cuando nadie acepte los cargos públicos, cuando ningún contribuyente satisfaga sus cuotas; cuando las fábricas se cierren y los obreros, con las manos ociosas, paseen su hambre y su desnudez por las ramblas, ¿qué ocurrirá entonces aquí, y qué se hará entonces allá?... Para la anarquía de acción, para la anarquía maloliente, idiota, bestial, ahí está amenazante, terrible, Montjuich. Para la anarquía mansa, para la anarquía dorada y hasta zumbona, que exhibe públicamente entre orlas satíricas las papeletas de embargo, ¿qué armas de defensa ha de esgrimir, por muchas que en su panoplia ostente, el bueno del gobernador?...

Líbreme Dios de sonreír ó de holgarme ante tan lúgubres perspectivas; pero libreme Dios también de ocultar ó de dejar de reconocer que antes de retirarse en ademán de protesta al monte Aventino,

el catalanismo se ha manifestado con un reposo de espíritu, con una cordura, con un sentido de la realidad de que hay pocos ejemplos en la historia de nuestras rivalidades políticas. No se echan las campanas al vuelo ni se dan voces en la calle, cuando por el año de 1881, al intentarse desde Madrid unificar la legislación, inician aquí los jurisconsultos un gran movimiento regionalista, merced al cual, al sancionarse en 1889 el Código civil del Estado, es respetada y reconocida la especialidad del derecho foral de la región. No flamea la antorcha del motín ni se oye la trompa del segador ni la blasfemia del *trabucaire* cuando en 1885, con alteza de miras, con claridad de pensamiento, con desinterés absoluto, se realiza la estrecha unión, preludio de la armonía actual, entre los catalanistas de la escuela literaria y los federales de 1868, supervivientes al naufragio de la República: unión de la que es fruto inmediato el *Memorial de agravios de Cataluña*, obra enérgica de Almirall, llevado por una Comisión de *sesudos homes* hasta el mismo trono de Alfonso XII, á quien se habla nada menos que del sistema autonómico húngaro y de cuyos labios se escuchan palabras de aliento y de esperanza, promesas tal vez... Acto como ese tan trascendental, que marca una etapa y da orientación, ya definitiva, al catalanismo, y que revela—dicho sea de soslayo—cómo en este país, ante el interés supremo de la patria, suelen aunarse y confundirse, en menos de un minuto, las fuerzas aparente-

mente más antagónicas, se lleva al cabo correctamente, con gran compostura de ánimo y brillando por su ausencia la hidra, la hidra famosa de otros tiempos...

La inesperada muerte del príncipe, en quien algunos—no sé si loca ó cuerdamente—tenían puestas sus esperanzas, no es parte á desalentar al catalanismo. Un gran ciudadano inicia y ejecuta briosamente la hazaña de la Exposición Universal. Viene á inaugurarla la reina regente; ¿qué mejor ocasión para hablarle respetuosamente del *pleito*, del eterno pleito de Cataluña? Una comisión, la consabida comisión, se acerca á la dama, y entre otras cosas, con lenguaje sentimental y poético, le recuerda la patria lejana y querida, aquella Austria cuya bandera cobija á la brava Hungría autónoma. ¿Es satisfactoria la respuesta? Se ignora; pero de todos modos, la fe de vida del catalanismo quedá presentada á la Regencia, escogiéndose para ello el instante en que Cataluña demuestra, con el triunfo de la Exposición—triunfo de la perseverancia y la fe—cuánto es capaz de hacer, y por ende, cuánto tiene derecho á esperar. No se ve aquí, bien que se busquen con linterna, á los *cuatro locos* ni á los *cuatro descamisados*; pero se ve, en cambio, un hecho en virtud del cual ha de producirse á la larga la descomposición del partido republicano federal. La monarquía acoge, ó por lo menos no rechaza, el principio de la autonomía de las regiones.

De aquí adelante la propaganda se aviva y toma vuelos... El espíritu de asociación, tan arraigado en Cataluña, y el *tacto de codos*, tan practicado aquí, engendran una muchedumbre de sociedades, de clubs y de ligas, donde se acentúa y se defiende la personalidad de la región. Los combatientes, formando ya una legión, no han de detenerse en lo adelante. Se llaman—¿quién no los conoce?—Buxeres, Coroleu, Maspons, Güell y Mercader, Romani, Permanyer, Güell y Bacigalupí, Pella y Forgas, Mola y Martínez, Torroja, Rahola, etcétera. Desde el *Diario de Barcelona*—el viejo, aunque bien conservado *Brusi*—, Mañé y Flaquer, un espíritu honrado, sostiene la batalla del buen sentido contra las exageraciones de adentro y las ignorancias de afuera. Desde las columnas de *La Vanguardia*, tribuna abierta á todas las opiniones, Ixart, Sardá y Coroleu—ya heridos los tres por el ala de la muerte—dan combustible á la hoguera deslumbradora del Renacimiento, cuyas chispas recoge y guarda el Ateneo Barcelonés, convertido en castillo feudal del catalanismo. Allí están—ó está, al menos, su espíritu—los Bofarull y los Milá, los Verdaguer y los *Pitarra*, los Guimerá y los Oller. Y aquel espíritu es el de todos, uno mismo, idéntico en lo esencial, sin que el tiempo, que todo lo modifica y transforma, logre apagar la antorcha ni borrar una letra del evangelio. Entre el folleto *Lo Catalanisme*, de Almirall (1886), y el folleto *Los conflictos d'Espanya*, de Franquesa y Gomis (Di-

ciembre de 1898), apenas se nota diferencia alguna de pensamiento ni de lenguaje.

Y entre una lluvia de folletos, de manifiestos y de *catecismos* catalanistas, dados al pueblo casi de balde, y tras algún mensaje, escrito en catalán y en eúskaro, y dirigido á los pueblos vascos (dato en que hay que fijarse para no diputar por egoístas estos empeños), llegamos al fin á los años de 1891 y 92, años, sin duda, memorables, porque en el primero se obtiene el triunfo del Arancel proteccionista, y en el segundo se celebra la Asamblea de Manresa, en que se fija definitivamente el dogma. Hasta aquí no es la barretina, sino el sombrero de copa, lo que aparece en la escena. Hasta aquí no vemos aún á los *cuatro locos* ni á los *cuatro descamisados*. Vemos, en cambio, apoyándose mutuamente, y juntas, confundidas, moviéndose, combatiendo y triunfando, las dos grandes fuerzas de este siglo: la de la inteligencia y la del oro.

En los círculos y en la calle

Á cualquiera que no conozca el verdadero espíritu—liberal y tradicionalista á la vez—de este gran pueblo catalán, daría asombro el verles pasar... Iban con seráfico continente, vestidos de frac, la medalla al cuello, el robusto cirio en la mano... Vi entre ellos algunos rostros conocidos... «Pero ¿dónde—me interrogué—he visto yo antes de ahora esas caras?...»

Un mi adyacente, que como yo presenciaba el desfile de la procesión, me sacó de la duda. «Son artistas—me dijo—del Círculo de Sant Lluch.»

¡El Círculo de Sant Lluch!... No conocía yo otra cosa... El buen San Lucas, evangelista y pintor á la vez, aunque más reputado en negocios de evangelios que de pintura, da su nombre á un Círculo de artistas católicos pudibundos, casi eclesiásticos; tan católicos, que han consagrado la Sociedad al Sagrado Corazón de Jesús, cerrando á piedra y lodo sus puertas á todo artista que no profese la más pura ortodoxia; tan pudibundos,

que excluyen *de dins la casa del Círcol lo modèl de dòna*; tan eclesiásticos, que acatan la autoridad de un *senyor Conciliari*, sacerdote propuesto para el cargo por ellos, y aceptado por el obispo, y el cual, entre sus muchas facultades, tiene la de hacer retirar de la biblioteca las obras que le parezcan nefandas.

Conciliario del Círculo fué antes de ahora el actual obispo de Vich. Es de suponer que el buen prelado, cuando se trate de encargarse de esculturas ú obras pictóricas para las iglesias de su diócesis, no echará en olvido á la simpática tropa de que fué capellán. Á su vez, el Círculo, en memoria del buen tiempo pasado, regala al obispo un hermoso báculo pastoral, riquísima joya—obra del escultor Llimona—que en un sitio público de esta capital atrae las miradas del transeunte. Y esto sin contar otros testimonios, también hermosos y elocuentes, de afecto recíproco, de comunidad de sentimientos, de verdadera fraternidad entre las milicias de San Lucas, evangelista, y las de San Lucas, pintor.

Los incrédulos—con los cuales entro en docena—dirán lo que quieran... ¡Dirán, por ejemplo, que el arte tiene sus *santos propios*, que se llaman en la pintura Rafael ó Velázquez, y en la escultura Miguel Ángel ó Canova; dirán, tal vez, que la fórmula, aunque nueva, ya envejecida, de «el arte por el arte», veda al artista mojar sus pinceles en la sangre del Gólgota! Dirán, en fin, lo que les venga en gana; pero á mí me parece muy *fin*

de siglo esta idea de *descubrir* á San Lucas como pintor, y es más: si no hubiese visto de mis ojos, en las procesiones de estos días, el fervor religioso de los artistas del Círculo, sería yo tal vez osado á pensar que han tenido, al acordarse de San Lucas, intenciones heréticas. Líbreme Dios de explicar la herejía y de meter la cizaña entre el conciliario y los socios.

Sea como fuere, y dando de lado á los principios de Taine, divulgados é impuestos aquí por Ixart, sobre la *utilidad benéfica y civilizadora* de la obra de arte, me parece notar que el espíritu del Círculo de Sant Lluç busca manantiales más frescos en que abrevarse. Quizá esta briosa legión de artistas que oye misa y confiesa y comulga, no es del todo ajena á las luchas del día. Por una parte, el Círculo resucita la antigua organización de los gremios de Cataluña. Y de otro lado, los estatutos y el reglamento del Círculo y los programas de sus Exposiciones no están redactados en latín, sino en catalán. Y cuenta que la lengua del Lacio —ya que el arte y la religión son cosmopolitas— parecía indicada como idioma oficial del Círculo.

Mas todo esto, ¿no es puramente baladí?... Lo esencial es que el arte *sea arte*, y que el artista *sea artista*. Religiosos, casi exclusivamente religiosos, son los temas y los asuntos de los mejores cuadros de Rafael y de Murillo, y no sé de un librepensador, por desaforado que sea, que no los dipute por admirables. Claro está que por estos mun-

dos no andan hoy el autor de *El Pasma* ni el creador de las Concepciones... Los hermanos Llimona, el escultor y el pintor, y Baixeras, y Utrillo, y Mas, y Fondevila y Boada (citolos como cabezas visibles del Círculo), no tienen en arte estatura de atletas; bien que sí la cantidad de caletre que es necesaria para producir con sus trabajos muy honda emoción estética, aun á despecho de la divisa de «Dios, Patria y Arte», que el Círculo, en verdad, no ha adoptado, pero que yo *gratis et amore* le ofrezco.

* * *

Digan ustedes lo que quieran; pero la verdad es que Barcelona, como ciudad acicalada y primorosa, lo es, y lo es más cada día. Hablo, por supuesto, del Ensanche. Los catalanes, con el sentimiento del arte que es en ellos característico y con la moneda que acuñaron en las colonias, atienden sin cesar al ornato, á la higiene y *confort* de esta joven ciudad, que es, sin duda, un pedazo de Europa. Si algo nos faltaba para ser felices en el Ensanche, ya lo tenemos, que ahí está, próxima á inaugurarse con todo su esplendor y magnificencia, la nueva Plaza de Toros.

Los arquitectos que han dirigido las construcciones del Ensanche, sólo por amor al arte, desinteresadamente, parecían sentir una emulación que, á la postre, ha resultado fecunda; emulación que empieza á fomentar el Municipio al instituir

un premio anual al edificio particular de mayor mérito artístico entre los construidos en Barcelona. El Jurado que designó el Municipio para otorgar el premio correspondiente al año de 99 á 1900, emitió su dictamen, resultando favorecida con aquél una casa de la calle de Caspe, de cuyos planos es autor el arquitecto señor Gaudí.

Pocos, muy pocos, conocen este nombre; pocos también dejarán de conocer, por lo menos, una de las obras del señor Gaudí. ¿Quién que haya visitado á Barcelona, no se ha detenido un instante enfrente del bullicioso *Edén Concert*, ante aquel extraño edificio de la calle del Conde del Asalto?... ¿Quién, contemplando *aquello*, no ha sonreído?... Es la *casa Güell*, como aquí se la llama; es la obra popular de Gaudí. Formaos la idea de una caricatura arquitectónica; imaginad un Churriguera, pero sombrío, feudal, ó mejor dicho, un Góngora de la arquitectura, con extraña mezcla de diafanidades y sombras, de bellezas y extravagancias, acusando todo una personalidad enérgica, desdeñosa y sugestiva, y tendréis de cuerpo entero á Gaudí. Á él, más que á ningún otro, aplicarse debe el adjetivo *genial*, tan manoseado por la crítica.

El premio de ahora, que es muy honroso—considerando sobre todo que aquí, en negocios de arquitectura, se hila muy delgado—es grano de anís en comparación con el triunfo otorgado por la opinión al arquitecto de la *Sagrada Familia*. Este templo—obra maestra de Gaudí—empezado á cons-

truir hace años y á cuya terminación no asistiremos quizá los nacidos, será algo nuevo, algo, por lo menos, no visto en la arquitectura sagrada de estos tiempos. La fachada, ya concluída, que representa la Gloria, es un poema de piedra, poema dantesco, colosal. El artista está en su cénit. Si enfrente de la casa Güell, obra de la juventud, sonreían los labios, enfrente de la fachada de la Gloria, obra de la madurez, los ojos se embelesan, el corazón se ensancha y el alma siente llegar hasta ella una ráfaga de inefable y consoladora poesía.

*
* *

Hoy, día 27 de Septiembre, es el aniversario del fallecimiento de Rius y Taulet. ¿Quién no le conoció? ¿Quién no rindió parias á su talento emprendedor, á su patriotismo, á su noble audacia?... ¿Quién en tan poco tiempo ha podido olvidarle? Si no fué un hombre excepcional, *lo gran hòmè del sigle*, como le llamaban sus aduladores, fué ciertamente un gran ciudadano, *amador*, como don Juan I, de *toda gentileza* y con mucho acero en la voluntad, que puso al servicio de su país. Podrá tasarse á Rius y Taulet más alto ó más bajo, y hasta se podrá discutir sus cuentas de Gran Capitán; mas no me parece generoso regatear el aplauso á su iniciativa ni poner tachas á su obra luego de haber visto sus consecuencias.

La Exposición Universal—la del año tantos,

dicen algunos—que se celebró aquí, marca una época en la vida de Barcelona. Los tiempos en que se concibió, maduró y realizó el gran proyecto del certamen, serán y deben ser siempre conocidos por los tiempos de Rius y Taulet. Antes de la Exposición era Barcelona la ciudad industrial, burguesa y rica; pero modesta, rutinaria y desconocedora de su propio valer, hasta el punto de que dentro de casa encontró Taulet más opositores que afuera.

Después de la Exposición, Barcelona, vuelta de cara al Pirineo, es la ciudad cosmopolita, tal vez más continental que peninsular, con sus parques y sus jardines, con sus trozos de bulevar parisien- se, con las viviendas de su *Ensanche confortables* y artísticas. El rápido desarrollo que después de la Exposición alcanzaron todas aquellas artes que se relacionan con la construcción y con el embellecimiento de las poblaciones, no puede pasar inadvertido para quien recuerde, llevándose el pañuelo á la nariz, la antigua ciudad *de los perfumes*, y la compare con la urbe moderna. Y fué que al contagio de la energía—coronada por la victoria—de Rius y Taulet, se despertaron otras energías, se descubrieron nuevas aptitudes, y el espíritu avizorado ya en la experiencia, hubo de ensancharse y tomar vuelo. «Querer es poder», dijo un día el alcalde famoso, y desde entonces esta fué la divisa de la ciudad.

En tren y escuchando

Aunque el viaje había de ser corto, pues no íbamos á pasar de Tarrasa, llevaba yo á prevención mi librejo para no estar solo en aquel tren mixto, más tortuga que tren. Porque yo, que conozco *mis clásicos*, hartó sabía que los dos amigos—fabricante de tejidos el uno y editor de libros el otro—que me acompañaban en la excursión, no habían de tardar en hacerme oír la lengua de Berenguer Ramón, que tengo el honor de entender y la mala ventura de no hablar, dejándome en un rincón del compartimento entregado á mis reflexiones, á mi lectura y á mi pipa. Y por eso, previendo el caso, elegí entre mis autores predilectos á uno cuya voz resonase más en mi mente que las voces de al lado, y que pudiese avasallar mi atención hasta el punto de aislarme de la realidad del tren poltrón y de los vecinos parlantes...

—Señores viajeros, ¡al tren!—vocearon en la lengua oficial.

Y saqué del maletín mi librejo, le abrí y me

puse en talle de leer; pero mi amigo, el editor, sonriente y hablando en obsequio mío el castellano, me dice:

—¿Qué lee usted? Á ver si tiene usted buen gusto...

—*Tipos y costumbres*, por José Nogales. Es un volumen que acaba de editar *La Vanguardia* para ofrecerlo á sus suscritores, y en el que se coleccionan los trabajos que ya publicó aquel periódico, y que todos hemos leído.

—Es extraño que *La Vanguardia*, que ha sido, como usted sabe, uno de los factores del catalanismo literario, haya enriquecido su biblioteca con un libro de autor no nacido por estos barrios. Hasta hoy los autores de *La Vanguardia* fueron Coroleu, Ixart, Santiago Rusiñol, Boixet, etc., cuya colaboración, retribuída con largueza por el periódico, no sólo fué útil á éste, sino también, y tal vez más, á la obra de propaganda regionalista. Nogales, nacido y viviendo en Huelva, rompe esa tradición.

—¿Y eso desagrada á usted?

—Sí señor—saltó bruscamente el editor—. Usted, por lo visto, ignora que en Cataluña no se lee ningún libro de autor *castellá*.

—Hombre, esa afirmación me parece demasiado absoluta. Y en todo caso, eso que usted me dice debe de ser cosa nueva, de ahora; porque usted no me negará que hasta hace pocos años la ciudad de los Condes ha sido el principal centro editorial de España.

—*Ben cert.* Aquí existieron casas editoriales ricas, espléndidas, que publicaban con lujo y pagaban sin tacañería á los autores. Usted recordará, sin duda, los nombres de Cortezo, Ramírez, Montaner y Simón, etc. De aquí salieron, entre otras novelas, *Insolación*, de la Pardo; *La Regenta*, de Alas; *Dulce y sabrosa*, de Picón... Y se derrochaba el dinero... Ramírez y Compañía, por ejemplo, pagaban cien duros de sueldo al mes, primero á Luis Alfonso y después á Ixart, como directores literarios de la casa; y añada usted un director artístico con un sueldo igual. Y cuando se quería ilustrar con exactitud *Insolación*, cuya acción se desarrolla en Madrid, se enviaba á la corte un dibujante, pagándole el viaje y la fonda, á más de sus honorarios, para que copiase fielmente la pradera de San Isidro, los merenderos de la Bombilla, la carretera polvorienta del Pardo...

—Y gastando tanto el editor, no podía ganar...

—*Ben cert.* Publicó la casa Cortezo aquella obra monumental titulada *España*, y hubo provincias, como la de Córdoba, en la que sólo se vendieron seis ejemplares...

—Y claro está, los editores, desalentados y medrosicos, renunciaron al lujo y hoy se andan con pies de plomo...

—Ni mucho menos. Vea usted las obras publicadas recientemente en catalán; vea usted el último poema de Rusiñol, el libro de poesías de Apeles Mestres; vea usted los números que van saliendo



de *Hispania* y de *Album Salón*; vea usted las encuadernaciones artísticas de Montaner y Simón. ¡Qué buen gusto! ¡Qué elegancia y qué sencillez á *la vegada*! Todo lo que hoy editamos, que en *nòstra llengua* es mucho y en *castellá* muy poco, sale bien presentado. Porque Barcelona tiene que sostener la reputación que por su industria editorial ha conseguido en Europa. Y lo que es en esto, estamos orgullosos, contentos... Ahora mismo, precisamente, acabamos de enviar á Maguncia, donde se conmemora el quinto aniversario del natalicio de Gutenberg, el primer número de la *Revista Gráfica*, editado por el Instituto Catalán de las Artes del Libro, y que es una brillante manifestación y un compendio de la cultura gráfico-artística de Barcelona.

—Vi en el Ateneo un ejemplar y casi me entusiasmó. Bien se ha portado el Instituto Catalán de las Artes del Libro.

—¡Como que es una Asociación á la catalana, con el *temperament pràctich* de nuestra gente!...

—Y ¿qué objeto tiene?

—Primero, defender los intereses de las industrias asociadas ante las exigencias desmesuradas de *l' Estat espanyol*; después, difundir los conocimientos útiles aplicables á esas industrias en su múltiple variedad, y sobre todo, preparar la constitución de una escuela profesional, en la cual pueda darse la enseñanza de todas las materias que comprenden las artes del libro. En esto, como

en todo, se ve que Cataluña es siempre *la filla del trevall y del progrés*.

—Hermoso, muy hermoso, pero triste, muy triste también, que los que escriben en el pobrecito idioma de Cervantes, no disfruten de esos adelantos de la industria editorial barcelonesa.

—Algo, no obstante, suele publicarse en el idioma de *Castella*. Tasso dió el otro día una edición completa de las obras de Campoamor, cuyo desinterés para con las casas editoriales es conocido. López, el librero de la Rambla, ha publicado *El teatro* (apuntes de un traspunte), de Federico Urrecha, que es vascongado de nacimiento y que estuvo aquí empleado en la Aduana. Y la casa Gili ha puesto á la venta *Los señores de Hermida*, novela póstuma de Juan Ochoa, que creo fué asturiano y que ha salido con dos ó tres prólogos—de *Clarín*, Altamira, etc.—para hacerla tragar. Y fuera de esto, ¡res!

—Es bien poco. Y no se comprende, á ser exacto lo que usted dice, de dónde sale el combustible para alimentar tantos hornos editoriales.

—De las obras en *nòstra llengua*, que publica, generalmente, *L'Avenç*, casa editorial catalanista, y de las traducciones. Y con esto de traducir se han hecho aquí grandes negocios. Maucci, un italiano que vino de América con un talego estofado de patacones, montó aquí una casa editorial, y traduciendo á Víctor Hugo y á Ponson du Terrail, y pagando al truchimán diez duros por tomo y ven-

diendo éstos á peseta, demostró ser un *esperit pràctich y utilitari* de primer orden. *Dos ó tres días antes* de que en París se pusiese á la venta *Fecundité*, publicó aquí Maucci la traducción, después de abonar á Zola, para poder hacerla, cuatro mil francos, y estando los cambios por las nubes... Y ahora prepara la versión *El fuego*, la novela escandalosa de G. D'Annunzio...

—De suerte que el buen Maucci les tiene á ustedes al corriente de todas las novedades.

—Maucci... y quien no es Macci. La casa editorial de Montaner y Simón, que es la primera de Barcelona, va á darnos en breve, magníficamente ilustrada, según mis noticias, una edición de *Quo Vadis? ó la Corte de Nerón*, novela histórica de Enrique Sienkiewicz, autor polaco, vertida ya á veintitrés idiomas, y la cual constituye en estos instantes la *qüestió de més rellén* en Europa.

El tren modera su andadura... Nos acercamos á Tarrasa, ciudad famosa por la silba con que obsequió el catalanismo á un ministro de la Gobernación *malvat y poca vergonya*: á Dato Iradier.

—Ya se ve la *estació*...—dije yo contagiado por el bilingüismo extravagante del *bòn amich*.

—Lo siento, porque no hemos hablado aún de lo mejor de la literatura de *nòstra regió*, feliz producto del *renaixement literari*; ni de nuestro teatro y nuestra prensa; ni de los libros en *nòstra llengua* que se están publicando todos los días, con el objeto principal, según dice Oller, de que los *joves* y

senyoretas de la bona societat se acostumbren á leer en catalán; ni de los frecuentes certámenes, en los que, como en el de Olot, se da un premio al qui en pròsa ó vèrs ridiculisi á n'els que, siguent catalans, parlan castellá.

—Tarrasa, cinco minutos de parada, y silba...

—¿Á nosaltres?

—No, á Dato.



El Centro Excursionista

Todos los años por este tiempo suelen reunirse en la histórica casa que ya conocen mis lectores los pocos, aunque bien avenidos, socios de la institución excursionista; allí se juntan por primera vez, después de la temporada de estío, cuantos hacen profesión de admirar las bellezas naturales ó artísticas que Cataluña atesora, y á cuyo estudio se consagran con tal ahinco, con tal ardimiento, que ya puede pasar trompeteando por la silenciosa calle de Paradís cualquier escuadrón: nadie se moverá de las sillas de anea, duras, pero honradas, que diría Camús.

Allí se cambian impresiones sobre las excursiones realizadas, los datos recogidos, las observaciones hechas; allí se formula un programa general de los trabajos que, como resultado de las excursiones, se leen en veladas casi íntimas durante la temporada de invierno, y allí se busca, entre todos, la orientación del camino que en el nuevo curso ha de andar la dirección del Centro.

Para esta dirección casi siempre se busca, y á

las veces se encuentra, á un *intelectual* ó á un *ri-cacho*; y cuando, por suerte excepcional, se conquista á uno que es rico de sesera y de bolsa, he ahí un presidente ó un director dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se pueden desear. Ejemplo, don Ramón Picó y Campamar, *mestre en gay saber*—que es un título literario imponente—y ministro de Hacienda del señor Güell, á cuyas plantas Cataluña se postra...

El Centro, como todo Ateneo que se estima, celebra sus sesiones solemnes de apertura de curso, en las que el público, apretadísimo, suele pasar de treinta personas, contando al conserje y al gato. En estas sesiones, el presidente, muy serio, y que no cabe en su levita de puro soplado, lee un discurso que ha de versar precisamente sobre un tema de actualidad... en los tiempos de don Jaime el Conquistador ó en otras calendas por ese estilo; pero este año—las bromas pesadas ó no darlas—el señor Picó, en sus rebuscos de erudito, se ha ido más atrás, tomando por tema de su oración—bien escrita, mejor pensada y que no ha tenido la resonancia que sin duda merece—el estudio de la personalidad de Rutilius Numantianus, poeta latino que hubo de florecer en tiempos del emperador Honorio y que fué autor de un poema titulado *Itinerarium*, del que sólo se conserva el primer canto y algunos versos del segundo, y que no es otra cosa que la relación de un viaje hecho desde Roma á la Galia, patria de los Rutilius.

En el discurso del señor Picó—modelo de prosa catalana, elocuente y castiza—hay más digresiones políticas que verdadera crítica literaria; crítica, mejor dicho, no hay ninguna. Por entre los embozos del amor á Rutilius, descubre el más desavisado el amor al catalanismo contemporáneo de hoy; porque aquí—ya se sabe—no hay sermón sin San Agustín, ni discurso sin gotas de regionalismo, atenuado ó no, según los tiempos, y sin ser obstáculo para ello el tratar, como ahora, del buen Rutilius, poeta imperialista, *centralista fanátich*—que así le llama el señor Picó—y partidario ardentísimo de la unidad romana, sin la cual no veía nada bueno. En esos casos, ni el poeta Rutilius, aun siendo hombre del siglo V y vecino de Roma, logra salvarse del vapuleo. Á aquel hombre de bien, súbdito apreciable del emperador Honorio, le ha tomado el señor Picó como cabeza de turco para poner de oro y azul... *á un senyor de Madrid* (creo que es don Segis), *que ara últimament ha descobert que'l regionalisme es una planta exòtica*.

Á vuelta de discursos como ese, que no se hacen ó que, á lo menos, no se publican más que de higos á brevas, y que, al fin y á la postre—y hablando ahora por lo serio—son denunciadores de un malestar generalmente sentido, el Centro Excursionista de Cataluña, cuando se deja de filosofías, que á veces contristan ó estomagan, y sale á *operaciones* por esos mundos con la máquina fotográfica, el cuaderno de apuntes y el *porró* familiar,

que transparenta la malvasía de Sitges, es una Asociación realmente simpática, á la moderna, y en la que el murciélago del catalanismo huye, al fin, azorado ante la luz. Para que el lector se forme una idea de estas excursiones tan útiles que el Centro organiza y lleva al cabo, voy á copiar el itinerario de la última excursión á Tarragona, que hubo de hacerse aprovechando dos dias de fiesta seguidos. Los expedicionarios, ya en Tarragona, adonde llegan en el primer tren, salido de Barcelona al amanecer, cumplen al pie de la letra el siguiente programa:

Primer día.—Á las diez de la mañana: Monumento á Roger de Lauria, mirador de la Rambla de San Juan.—De las diez á las dos y media de la tarde: Circo romano. Palacio de César Augusto. Murallas romanas. Puertas y murallas ciclópeas del paseo de San Antonio. Cruz de término. Portal de San Antonio. Paseo de circunvalación. Panoramas del campo de Tarragona. Falsabraga. Foro romano. Museo Arqueológico.—Á las dos y media de la tarde: Comida.—Á las tres: Palacio del Arzobispo. Seminario Santa Tecla la vieja. Catedral.—De cinco á siete y media: Puerto de Tarragona.—De siete y media á ocho: Visita al Ateneo.—Á las ocho: Cena.—Por la noche: Visita á las Sociedades y Centros.

Segundo día.—Á las nueve de la mañana: Acueducto romano (Puente del Diablo). Panoramas del campo de Tarragona. Comida á las doce.—Á las

dos y media: Excursión en tren á Acrafulla. Visita á Tamarit. Torre de los Escipiones. Regreso á Tarragona.—De siete y media á ocho: Descanso en el Ateneo.—Á las ocho: Regreso á Barcelona en el expreso de Valencia.

Ya aquí de vuelta, á los pocos días se reúnen de nuevo en la calle de Paradís, y el excursionista que sabe escribir y hasta el que no sabe, pues no se trata de gallardearse ó lucirse, leen las Memorias en que se describen las cosas que vieron, y el fotógrafo y el pintor exhiben sus vistas y cuadros, y el geólogo muestra orgulloso el pedrusco que arrancó tal vez de las murallas ciclópeas y que va á enriquecer el Museo de la casa, y el *folk-lorista*, entusiasmado, pondera la canción popular ó el refrán pintoresco que oyó al payés en la masía, y así, burla burlando, agradablemente, ensanchando el campo de la cultura regional, el simpático Centro Excursionista ha formado un Museo y publicado varios volúmenes de *Folk-lore*, y dado á luz una muchedumbre de álbums, memorias, anuarios, boletines, cartas geográficas, catálogos, itinerarios, etcétera, etc.

Cuando, como ahora, el mal tiempo dificulta los viajes en tren ó en el carruaje de San Francisco, no por eso se asusta ni se está queda la Asociación; en esos casos hinca el diente á las cosas del interior de la ciudad, y ora visita el templo en construcción de la Sagrada Familia, donde el mismo arquitecto, señor Gaudí, director de las obras,

hace los honores del andamio; ora apechuga con las vitrinas del magnífico Museo geológico del Seminario conciliar. Y aquí es el doctor Almera, geólogo de la clase de presbíteros, quien hace el gasto.

Ahora, en estos días, llora el Centro á uno de sus socios más andariegos, más útiles: á Arturo Osona, excursionista empedernido, corazón de oro y pies de hierro, que se pasó la existencia viajando, tomando notas, escribiendo guías é itinerarios, de los cuales deja más de mil. Su nombre traspasó la frontera, y los excursionistas franceses de mayor fuste, desde el conde de Saint-Sam hasta el coronel Prudent, le consultaban frecuentemente, le pedían datos... Caminando á pie se tragaba leguas y más leguas, á pesar de lo cual, según cuenta un biógrafo, había sido en su mocedad declarado inútil para el servicio de las armas, porque, á juicio del médico, no hubiese podido hacer Osona largas caminatas...

Original, originalísimo hasta en el mismo ataúd... En su esquela mortuoria, después de su nombre, no aparecen más que dos títulos: «Socio del Centro Excursionista de Cataluña é hijo adoptivo de la República de Andorra». Títulos ambos, y singularmente el segundo, que dan honra y prez á un mortal... porque á cualquier hora los andorranos hacen á Maura «hijo»...

De Oller y sus cosas

¿Qué bomba vendrá en este paquete que se me envía de Barcelona? Lo abro con precauciones infinitas... ¡Sorpresa agradable! Es un libro empastado con primor, con el buen gusto editorial que se luce por aquellas tierras... ¡Ah, sí! ¡*Pilar Prim*! La novela que Oller me había anunciado. ¡Ya era hora! Desde que se imprimió *La Bogería*, aquella sugestiva página de la vida de un loco, el novelista catalán vivía en el retraimiento é incomunicado con el público. Pero ahora nos desquitaremos con esta *Pilar Prim*, que sólo con decir su nombre ya nos ha conquistado.

¿Qué miro? Este ejemplar, tan pulcro y tan bello, no es para mí. Según reza la dedicatoria, de letra que me es muy familiar, este ejemplar que me ha traído un funcionario de Correos es de otro funcionario de más categoría: de don Juan B. Sitges, muy señor mío, á quien no conozco; pero que me suena en el oído como director de Aduanas. ¡Lástima que yo, pobre de mí, no sea de verdad

un don Juan Sitges, director de algo! Sólo que no me agradaría que los libros de Oller, que el amigo Oller me dedicase, los recibiese otro...

Dando de lado á estas hipótesis tan inverosímiles, lo peor es que tengo que aplazar la lectura hasta sabe Dios cuándo... Fuera, sin duda, el colmo de la audacia el leer de matute una novela en un ejemplar que pertenece al director de Aduanas... Además, ¿quién se atreve en estos días, bajo la amenaza horrible de *eso* de las jurisdicciones, á leer un libro en catalán, escrito por Oller, y que se ha enviado á un individuo con dedicatoria para otro?...

Mientras se aclara este misterio, y ya que se trata de este asunto de las dedicatorias, hablemos, si os place, del misterioso *Pintor Rubio*, que es otra producción de Oller, de la cual supe que existió merced á la dedicatoria que sorprendí en un libro del malogrado Pepe Ixart.

*
*
*

Fisgar, curiosear en un baratillo de libros viejos ó en la biblioteca de algún amigo, es, entre los placeres baratos y honestos, el que más me seduce y el que no cambio por ningún otro. Pero el curiosear sin salir de casa, en la biblioteca propia, no me ilusiona tanto como el meterme en la ajena y el adueñarme, por espacio de cinco minutos, de una porción de libracos que me revelan, filoso-

fando un tantico, el carácter de su propietario, su profesión, su buen gusto, su hacienda... La biblioteca, como el estilo, es el hombre.

Esos rebuscos en una biblioteca particular tienen á lo mejor, como premio, algún hallazgo precioso. Ya es un libro viejo en que defiende la República el mismo autor que, en el actual momento histórico, se deja matar por la monarquía. Ya es un tomo de versos idílicos, que allá en sus verdes mocedades dió á luz un señor que hoy es obispo ó ministro de Hacienda. Ya es un empolvado volumen con notas al margen, redactadas por algún lector en aquellas calendas en que hacer estas tonterías era moda... Ya es, en fin, ¡qué sé yo! Para un paciente rebuscador, una biblioteca particular es un museo de curiosidades.

Y no hay que olvidar las dedicatorias manuscritas... Esas dos ó tres líneas que el autor escribe de su puño y letra en la primera ó segunda hoja de un ejemplar, al regalar éste á cualquier persona, son á las veces un poema. Las hay que revelan todo un carácter. El escritor ya conocido, ya canonizado por la fama, al dedicar el ejemplar de su obra á un amigo, al que cree dispensar con esto un honor inconmensurable, emplea una sobriedad estudiada y pone, á lo sumo: «Á don Fulano de Tal, su afectísimo Mengano», y una rúbrica seria y la fecha en abreviatura. En cambio, el autor novel, primerizo, ganoso de hacerse agradable y pensando en que la dedicatoria ha de verse, se

muestra afectuosísimo y dulzón y gasta fórmulas como ésta: «Á mi queridísimo amigo de la infancia... Á mi noble compañero en la prensa... Al eminente crítico... Al sabio pedagogo... Á la divina é idolatrada Rosenda», y firma, por supuesto, «El autor»; y al firmar así, ¡qué ilusión tan hermosa, tan envidiable la suya!... ¡Ah! ¡La primera chistera que uno se pone!... ¡El primer discurso en la Asociación escolar! ¡La dedicatoria del primer libro!...

Como dedicatoria curiosísima, cariñosa y de lo más original en el género, puedo citar la que *sorprendí* hojeando volúmenes en la biblioteca de Oller. En un tomo de J. Ixart, de la colección de *El año pasado*, hube de leer estas líneas, que transcribo al pie de la letra:

«Al autor de *El Pintor Rubio* son company del cuarto dels papers, passats vint anys.—*Pepe.*»

Los que tratamos íntimamente al pobre Ixart, los que conocemos á fondo al incomparable Narciso y recordamos, al propio tiempo, la estrecha unión y el parentesco de sangre y de espíritu con que se mantuvieron siempre ligados los dos maestros de la novela y de la crítica hasta aquel día traidor, nunca bastante maldecido, en que Ixart cayó en la emboscada de la muerte, vemos allí, en esas dos líneas misteriosas, una dulcísima añoranza grata, muy grata al corazón, y de la cual parece exhalarse un perfume de tierna y penetrante poesía. Yo, que conozco como el que más, si no al

Oller de *El Pintor Rubio*, al Oller de ahora, y que sé con cuánta devoción suele practicar la religión de los recuerdos, tengo por cierto que antes daría, sin fruncir el ceño—y eso que es un procurador convencido—los siete tomos del *Código penal concordado y comentado* por Viada y Villaseca, que dar á nadie este libejo de Ixart, *son company del cuarto dels papers...*

Y haría bien, sí señor; porque esa dedicatoria, á más de un poema, es una fe de bautismo...

* * *

Pero vamos á cuentas. ¿Qué *Pintor Rubio* es éste que no figura en ningún catálogo de las producciones de Oller? Y ¿cómo es posible que yo, poseedor por mi linda cara de todas las obras de Narciso, desde *La Papallona*, que tiene ya sus veinte abriles, hasta el *Teatre d'afisionats*, no posea este libro, el más famoso, el más cultivado del gran novelista?... Porque en esto no cabe duda: cuando á un sujeto, por toda loa, se le llama «el autor de *El Pintor Rubio*», es porque ese *Pintor Rubio* es su obra maestra.

No está en los catálogos... Y sin embargo, esta obra, tal vez biografía ó quizás novela, ó cuento de un pintor que era Rubio, no sé si de apellido ó de cabellera, ha existido ó existe y tiene derecho á figurar en los catálogos de Oller. Y es más: de la consabida dedicatoria, escrita por Ixart en 1886,

passats vint anys, se deduce que *El Pintor Rubio* debió de haber sido engendrado en 1866, dos años antes de la Revolución de Septiembre, y cuando Oller escribía en castellano é *imitaba*—él me lo ha dicho—al famoso Selgas...

Ya puedo exclamar, como se exclama alguna vez en el final de las malas comedias: «¡Ahora lo comprendo todo! Ahora comprendo á *El Pintor Rubio* y comprendo á Ixart...»

Pero no le guardéis rencor... ¡Los tiempos cambian! Si allá en la edad juvenil comió pan á manteles con Selgas, que, á la sazón, tenía parroquia, ya el hombre está purificado, y así se acuerda, á la hora de ahora, de aquel meliflúo autor moralista, como yo de Samaniego y sus fábulas. Y en esto no cabe duda. Se trata precisamente de un hombre que en todas las cosas está colocado á la extrema izquierda, y que, fiel á las tradiciones de su familia, que dió presidentes á la República y robustos *xiquets* á Valls, es fantástico por sus ideas, que sostiene á machamartillo y que sabe exteriorizar en toda ocasión. Mas para esto hay que acercársele y oírle en *petit comité*, porque cuando escribe no es más que artista, ni hace otra cosa que arte.

Si Mahoma no va hacia la montaña, va la montaña hacia Mahoma. Si el insigne autor de la *Bogeria* no viene á Madrid porque le cargan, según dice, *los espíritus despóticos del centro y la gente que nos gobierna con tanto desdén y con soberbia tan cómica*, en cambio, los literatos y periodistas ma-

drileños—y esto yo lo he visto—, no bien han llegado á Barcelona y limpiándose el polvo del camino, ya van hacia la Rambla de Cataluña á saludar á Oller, á informarse de lo que proyecta, de lo que escribe, de lo que piensa sobre los problemas de actualidad. Y entonces Oller, echando un cigarri-
llo, con su sonrisa bondadosa, con su ingenuidad característica, sin subirse á la trípode ni ahuecar la voz, va traduciendo calmosamente en lengua castellana sus ideas y sus sentimientos, que casi siempre son contrarios á las ideas y á los sentimientos de la persona que le visita. Y—¡caso raro!—aunque diga horrores, y aunque suelte por aquella boca, con mucha suavidad y dulzura, sapos y culebras, nadie se enfada con Oller, y todos, por *castellanos* que sean, salen de su casa diciendo: «La verdad es que *vale*.»

Y esto ¿por qué? Muy sencillo: porque tiene talento.

* * *

En otro tiempo, á mediados del siglo XIX, en la brillante época romántica, el literato español, á semejanza del extranjero, era siempre polígrafo. Bastábale el cortejar á las *nueve hermanas*, como se decía entonces, para conceptuarse con derecho á cultivar todos los géneros. Empeño inútil al fin y á la postre, porque después la posteridad, haciendo su trabajo de selección, condenaba al olvi-

do, por ejemplo, las novelas y los dramas de Larra, dejándole sólo en posesión del laurel que en la crítica y en la sátira se granjeó tan gallardamente.

Como hoy en negocios de letras se suele hilar más delgado, el literato que se estima, si aspira á una gloria consistente, es y debe ser *especialista*. Comprendiéndolo así, Oller no ha hecho dramas, ni poemas, ni historias; no ha hecho más que novelas. Para encasillarle en literatura hace falta un título nuevo, ya que al inventarse las retóricas no se tenía la menor noticia de lo que hoy llamamos *novela experimental*, que eso, y no otra cosa, es lo que Oller hace, y hace con tanta gloria.

Si *Pilar Prim*, según sospecho, es como *La Borgia* y *La febre d'òr*, una novela experimental, ¡qué estudio del alma catalana podían hacer en estas páginas nuestros políticos! Algún diputado ó senador á quien la inmunidad parlamentaria preserve de todos los peligros, ¿desearía leer esa novela? Yo tengo un ejemplar...

El viajante de comercio

No pienso, como sin duda piensan muchos que exageran las cosas, que el industrialismo que hoy prevalece en las relaciones internacionales, y aun á veces en el trato íntimo del hombre con el hombre, sea la nota característica en la civilización moderna. Creo que aun influyen en la sociedad, si no mucho, algo al menos, los pensadores y los poetas, los hombres de ciencia y los artistas, los apóstoles de la justicia y los enamorados de lo ideal.

Pero esta legión esplendorosa, y en cierto modo aristocrática, que conduce á los pueblos por el camino del progreso, ya no es la única que consigue libertar al hombre de las esclavitudes que le oprimen. La mayor, la más cruel acaso, es la esclavitud de la pobreza. Aquél será más redentor que más ricos nos haga.

Por eso yo más de una vez, hablando del catalanismo, he disculpado sus errores. Ese ideal que á muchos españoles saca de quicio, nos ha venido

del país más negociante de la tierra. Aquellos mismos que en el año de 1888 hicieron la Exposición Universal, redactaron después las famosas Bases de Manresa. ¡Soñadores rarísimos que, pensando siempre en su quimera, no desatienden su negocio!...

La otra tarde, cuando en el Congreso comenzaba á hablar sobre un tema político importante el simpático Alberto Rusiñol, vi con sorpresa que Rahola, mi inteligente amigo, volviendo la espalda á aquel asunto, salió á la calle con buen compás de pies... ¿Cómo en instante tan solemne huía del campo de batalla? Supe la causa al día siguiente. Se dirigía á los ministerios para tratar tranquilamente de una porción de cosas prácticas...

Idealistas, soñadores, sí; pero con su cuenta y razón. Son viajantes de ideas, pero también viajantes de comercio. Delanteros en las campañas por el progreso de la industria, crearon el tipo del viajante, ese tipo que ahora empieza á ser raro y que es lástima que desaparezca.

Aquel señor que en otro tiempo alborotaba con su vozarrón, con su *sansfaçon* estrepitosa, los comedores de las mejores fondas de provincias; aquel alegre recién llegado, de rostro y lenguaje vivos, que interpelaba tan valientemente al estudiante en vacaciones ó á los novios en *tournée* nupcial; aquel prodigioso tramoyista del reclamo desde antes que el reclamo naciese; aquel verbo que se hacía hombre; aquella publicidad que tenía piernas, manos

y lengua—lengua sobre todo—; aquel levitón usado con exceso; aquel repertorio de chistes viejos, de anécdotas picantes; aquel ser jactancioso, familiar á veces, heredero de Panurgo, precursor tal vez de los políticos contemporáneos, y cuyas frases vacías, contrastando con sus maletas llenas, resonaban constantemente sobre todas las carreteras y consolaban de la monotonía del viaje en diligencia; aquel tipo, en fin, se hacía muy raro, y hubiérase dicho que había muerto y pasado á la historia. Y esto, realmente, era un dolor...

Se deseaba la reaparición de los viajantes de comercio, con su admirable don de gentes, chapurreando todos los idiomas, siempre dispuestos á facilitar á su adyacente en el comedor algún dato útil, más ó menos exacto...

Creerán algunos que la prensa, que el diario moderno, con su increíble circulación, mata al viajante de comercio al llevar anuncios y reclamos á los lugares más remotos. No tanto, no tanto... Se encuentra todavía en España una multitud de poblaciones donde no entra ningún diario, ningún papel impreso; allí entran, si se lo proponen, los simpáticos *eclaireurs* del ejército mercantil; si no hay ferrocarriles, ni diligencias, ni carreteras, ni caminos, van por los aires; si al querer atravesar los ríos, no hay puentes ni barcas, para esos lances imprevistos aprendieron ellos á nadar...

El toque está, para vencer, en hacerse simpático. El comprador indígena que recibe una vez al

año la visita de esos viajeros, tan francos y tan afectuosos, ve, antes de todo, en la visita un testimonio de deferencia y una prueba de la estimación que se otorga á la casa. Y es lo más frecuente que el viajante explote, en el sentido recto, tal sentimiento de vanidad y lo aproveche para obtener de su cliente agradecido un pedido más importante.

El tipo nuevo del viajante, instruído en una Escuela técnica y provisto de su diploma, es una imposición ineludible del progreso industrial. Por eso en la capital de Cataluña se trabaja para la creación de una gran Escuela de viajantes.

En Madrid, una Escuela de esa clase no tendría alumnos. Es tal el orgullo del *hidalgo*, que prefiere que sus hijos fracasen en carreras llamadas *liberales*. Como si pudiese haber una cosa más liberal que la vida del hombre que va y viene por el mundo realizando obra útil. El médico que corre por las calles llevando su termómetro, el abogado uncido al carro del Código penal ó del civil, el funcionario público clavado en su sillón de cuero, ¿no son los siervos de su laboratorio, de su bufete, de su oficina? Y el viajante que representa en lugares remotos una ó varias industrias, ¿no tiene acaso una idea más amplia, y sin duda más cierta, de lo que debe ser la libertad?...

* * *

Poseemos nosotros actualmente un misionero algo más útil que el que Inglaterra tiene en África,

y con la ventaja de que el nuestro viaja sin la Biblia: es el comisionista catalán, que tal vez no sabe que descende de los heroicos almogávares; pero que ha conocido y ha admirado á Rius y Taullet, aquel que hizo en nuestro tiempo la Exposición Universal, que fué también una epopeya. Los voluntarios catalanes, en la guerra de África, asaltaron trincheras; el moderno viajante de comercio conquistará mercados. Ha viajado y ha visto que en el mundo han cambiado las cosas, y que actualmente en las Termópilas funciona una fábrica de azúcar. Y no ha olvidado que Clavé, el trovador del pueblo, después de escribir con férrea pluma *Los nietos de los almogávares*, dijo en una canción muy dulcemente:

*Los trovadors pregonan
las glòrias del trevall:
progrés, virtut y amor
es nòstre lema sant;
soldats som de la Industria,
soldats som de la Pau.*

Charla callejera

Caso de *catalanofobia* como el de Pepe no conozco ninguno, y eso que he visto, por lo menos, un centenar... Recién llegado del *polo opuesto*, es decir, de Sevilla, no bien salió al comedor en la casa de huéspedes y se puso á hacer por la vida, y ya comenzó á despotricar mil cosazas. Y no era ciertamente por la comida—que bien sabe Dios que hasta había lenguado y jamón en dulce—; era no más que los compañeros de hospedaje usaban para charlar y discutir la lengua propia de la región; y esto sacaba de quicio á Pepe, cuyo españolismo es exclusivamente cervantesco en espíritu y carne.

Anoche, en punto de las siete, topé con él en la famosa calle de Fernando VII, ó simplemente de *Fernando*, como la llaman, por abreviar, y no sin mala intención política, los barceloneses. Esta calle, resplandeciente de luz, llena de color, poblada siempre á aquella hora de muchedumbre de *gomosos* y de damiselas emperejiladas que van á ex-

hibirse y á darse tono, es otra Carrera de San Jerónimo, no tan alegre—porque el ambiente de Barcelona es siempre triste—, pero con más lujo en la presentación del escaparate, frontero al cual no hay Margarita que no escuche adentro, tentándola, un Mefistófeles... La dulce Eva alemana, traducida en catalán modernista, no falta nunca, de siete á ocho, en esta calle de perdición, donde Fausto, con la enamorada salutación en el labio, la espera.

Al arrimo de un escaparate se gallardea mi andaluz, cuando acierta á pasar junto á él, con aire entonado, una *nòya* de buen trapío, á la que él obsequia con un piropo más propio de la Puerta del Sol ó de la calle de las Sierpes, que de estas calles y estos climas... Ella se vuelve con gesto iracundo y exclama:

—¡Cap de pòrch!...

—¡*Cap de pòrch!*... Y ¿qué es eso?—me pregunta asustado mi amigo.

—Cabeza de cerdo. Paréceme que te ha faltado...

—Ya lo ves... Y aun dirás que soy intransigente... En Madrid, en Sevilla y en cualquier parte, cuando te gusta una mujer y la sigues, ella te paga la molestia con miraditas de gratitud, que te animan en la caminata que comenzaste en Recoletos y acabarás en los Cuatro Caminos... Y volverá la cabecita, demostrando que se ha hecho cargo de tu actitud...

—¡El dulce *timo* madrileño!...

—Y si á una chula, pongo por caso, vas y le sueltas un piropo...

—Te pone de sietemesino que no hay por dónde cogerte...

—Pero lo hace con gracia, con ingenio, y tienes que celebrar su donaire.

—Eso sí es verdad.

—Aquí te llaman *¡cap de pòrch!* Y esto ¿por qué? Porque has tenido la finura de saludarla, de echarle una flor ó de bendecir á su mamá...

—Muy mal hecho. Aquí no es costumbre el requebrar en las calles á las *dònas*... No estamos, no, en la esquina de Fornos, sino en la calle de Fernando VII. Aquí se respeta á la mujer. ¿Y con qué título te atreves á dirigir la palabra á una mujer á quien no conoces, á quien no has sido presentado, y á la que hablas, además, en un idioma que no es el suyo?...

—¡Esa es otra! ¡El idioma!... El dialecto, querrás decir...

—Es un idioma, como otro cualquiera...

—Y muy bonito y muy poético. Á los niños se les llama *la canalla*; á un canario, *la bestia*. Y para expresar el amor, para decir á una *dòna* que uno se muere por sus pedazos, que uno está beodo y dislocado por ella, se le dice: *Yo t'estimo*... Mi patrona, que yo no sé de dónde es, pero que dice que es de *Lleyda*, pueblo que no está en el mapa, tuvo la atención de felicitarme el otro día, día de mi

santo, y viene y me dice: ¡*Felicitat!* Ya ves si esto es claro é inteligible... Pues me pareció que me decía: «¡Mal rayo te parta!...»

—Es cuestión de fonética... La de esta lengua es ciertamente, desagradable al oído del forastero. Tampoco ellos, los catalanes, suelen percibir la armonía, la dulzura del habla nuestra. No debemos reñir por un quitame allá esos vocablos, sino venir todos, nosotros y ellos, y nosotros principalmente, á la razón. Yo, que no soy catalán, te sé decir, imparcialmente, que la lengua catalana es hermosa, sobre todo cuando se viste con los encantos de la rima y el metro. ¿Conoces el *Relicari*, de Matheu? ¿Has leído los *Idilis*, de Apeles Mestres, las estrofas de Guimerá?...

—Si es broma, puede pasar la pregunta. ¡Leer, leer yo versos en catalán! ¡Antes morir!...

—Comprendo, en ese caso, que ignores que la lengua de esta región, por su origen, su construcción, su esencia y su desarrollo, por la especialidad característica de sus consonancias, por su lujosa variedad de metrificacón, por la onomatopeya de sus voces, por la grandiosidad y armonía que se puede dar al verso libre ó blanco, que es, en catalán, el que más se adapta al genio y al espíritu de la lengua y de la tierra, alcanza lo que ningún otro idioma puede alcanzar, como no sea el italiano. Y se da el caso peregrino de que aquí fracasan generalmente las traducciones del *Quijote*; pero en cambio, la vieja poesía clásica, la de la *Odisea*,

por ejemplo, se traduce y se comprende mejor en catalán que en ninguna otra lengua.

—Y en la *poesía* de la política, ¿también es hermosa la *llengua*? Dirás lo que quieras... pero yo no encuentro la *dulzura* de *La Veu* cuando dice que tus crónicas de *El Liberal* son *ensopegadas*, ó que en la calle del *Pèu de la Creu* se ha abierto una *xocolateria*, ó que en *Pau Cruz* (el simpático Pablo Cruz), *ex diputat per Mataró*, es un *senyor cualsevòl*, á qui el *cacich* dona la *investidura*, *obtinguda per l'art de la tupinada*...

—Ese es otro cantar. El introducir el catalán en el periodismo, la historia, la ciencia y la crítica, ha sido un error. Para todas esas materias se usa por lo común lenguaje abstracto y moderno, que los catalanes, como los demás españoles, han bebido en los libros y en la vida social contemporánea. Lejos de adquirir mayor precisión y energía al convertirlo en catalán, nos encontramos con que este idioma, detenido en su aplicación científica y política largos años ha, no sirve para el caso, y hay que castellanizarlo y corromperlo, porque se está traduciendo del castellano. Esto mismo decía no hace mucho el malogrado Pepe Ixart, que nació en Tarragona y era catalán á machamartillo; y precisamente...

—¡Bendita sea su madre!... ¡Qué cuerpecito!... ¡Qué caderas!... ¡Qué ojazos!...

Y me quedé solo, después de haber predicado en desierto, pues mi casquilucio y enamoradizo

acompañante salió de estampía en seguimiento de una señora, dejándome con la palabra en la boca y esta reflexión en los labios:

—Con hombres como éste, ¿quién no comprende el *cap de pòrch*?...



La viejecita

La tarde es espléndida, la temperatura deliciosa... Marcho á la aventura por las afueras de la ciudad... Una carretera limpia y blanca, dorada por el sol y anchurosa como un vasto circo, parece que invita á andar por ella. Vamos, pues, por aquí... No voy solo. Una multitud abigarrada se extiende por la carretera. Á veces esta multitud se agita azorada. Es que pretenden abrirse paso, trompeteando desde su automóvil, algunos señoritos... Ya han pasado, ya se ven lejos... Traguemos este polvo inoportuno y sigamos á esta multitud, á esta silenciosa procesión que se desdobra por el campo...

¿Quién será esta pobre viejecita? ¡Qué geniazo debe de tener!... Se ve en lo que dice cuando pasa una bicicleta... Va delante de mí, con su falda llena de zurcidos, arrastrando sus zapatones y rugosa como una pasa. Lo menos todo el siglo XIX lo lleva ella encima. Y lleva, además, bien pegada con tres obleas, con sobre que ella misma ha fabricado, una carta que mandó á escribir al memoria-

lista de su calle, porque esta viejecita tan simpática—casi me atrevería á jurarlo—no sabe escribir. ¡Y cómo defiende, la pobrecilla, contra el torbellino de la multitud, la carta que lleva!... Un chicuelo, un maldito *golfo*, para hacerla rabiar, intenta apoderarse del papel... Ante la bravura de la anciana, ¿qué es la famosa cólera de Aquiles?...

Sigamos, sigamos... Ya la carretera es más angosta y se aumentan las apreturas. Aquí hay una buena cuestecita... Subo por ella sin vacilar, y de pronto descubro adónde vamos y do se dirige la procesión. Ya me lo había hecho sospechar este batallón de pordioseros instalados cómodamente á uno y otro lado del camino, y denunciando la proximidad de un templo. Y en efecto, allí está, gallardeándose en el pelado cerro, ostentando su lujo, luciendo el magnífico panorama que desde el atrio se contempla, desafiando tal vez á los republicanos descreídos que, no lejos de aquí, celebran sus ágapes. Es el templo de San José de la Montaña, el santo de moda, el de los milagros más sorprendentes que se hacen en estos días. Es el mismo sin duda; lo prueba esta nota, puesta á la entrada de una capilla: «Cartas dirigidas á San José en el mes de Noviembre: 4.306.»

Allá veo á la pobre mujer, á la viejecita de la carta, de rodillas é inmóvil entre la sombra de un confesonario. Diríase acaso que está muerta, si sus manos de esqueleto no desgranasen un rosario, si sus labios marchitos no rezongasen una oración.

¿En qué piensa ó qué dice este triste despojo humano? ¿Á qué destino invisible, mudo, ciego y feroz confía los enojos y las miserias de su pobre vida? ¿Piensa únicamente que ha sufrido, que sufre siempre y que nada ha conseguido nunca en cambio de su credulidad? No; eso no. Ella vive con su ilusión. Ella recomienza sin cesar, automáticamente, su vieja oración, mirando la pequeña lámpara que arde en el coro, los santos de piedra y de madera, el Dios Padre con su barba blanca, la Virgen con su estrellada túnica, el hermoso niño Jesús y Jesús clavado en el madero.

Este es el crucifijo con el cual se ha adormecido la protesta de dolor de la humanidad. Porque hubo el leño de la cruz, los clavos, la herida de la lanza y la esponja mojada en hiel, es por lo que esta pobre anciana, y otras como ella, vienen á dar gracias al misterioso autor de sus desdichas, postradas á la sombra del confesonario de la iglesia. Que llegue el domingo, y las campanas suenen, y el órgano cante, y el sacerdote, trajeado de oro, surgiendo ante el altar resplandeciente, pronuncie en una lengua, desconocida para ella, solemnes frases, y la viejecita, deslumbrada, creerá que ya tiene su buen rincón de paraíso. Y como ella otras muchas, que para ver el santo milagroso y entregarle el papel escrito en que pusieron sus esperanzas, dejaron sus chozas y emprendieron larga caminata, cargando penosamente en su joroba todo el peso de un siglo...

Ignoran ellas que detrás de las decoraciones de la iglesia existe un gran poder político, ágil, flexible y vigoroso, y que trabaja incesantemente por conquistar y conservar el gobierno del mundo. Ninguna de las mujeres que visitan á San José de la Montaña se da cuenta de este poderío, á no ser las damas linajudas que forman parte de las asociaciones filantrópicas, ó las burguesas encopetadas, ganosas de figurar. Con ó sin conciencia de lo que hacen, sirven á la causa de la Iglesia al leer distraídamente, con sus lentes tan elegantes, su devocionario lujoso... Entre esas mujeres linajudas ó simplemente adineradas, ¿quién se fija en la pobre abuela que está rezando en un rincón? ¿Se fija acaso en la abuelita el mismo sacerdote? Acaso y sin acaso, no. Se encienden los cirios, se hace humear el incienso ante las imágenes, se hace resonar el órgano, se convida á los pobres, y al estar allí los infelices, se les hace cantar sus penas...

Si yo, mísero pecador, tuviese influencia con San José de la Montaña; si á mí me escuchase el carpintero de Nazaret, yo le recordaría que su Hijo es el Dios de los pobres, y le pediría que contestase la carta de la viejecita, colmando todos sus deseos y dejándola en este mundo, que es para ella tan amargo, pero del cual ella no quiere salir tan pronto.....

Historia vulgar

Tienes razón, modesto obrero, paria infeliz, eterno Sísifo del trabajo: haces bien aspirando á un mundo mejor... La sociedad actual, la obscura ergástula en que vives, como la hormiga trabajadora en su agujero, es dura y horrible... Aun hay siervos y esclavos. El feudalismo de la Edad Media, condenado por los historiadores, aun existe en los tiempos modernos. El brutal derecho de pernada aun se ejerce...

Para narrar y comentar, obrero infeliz, tu obscura existencia de dolor y de sacrificio, sería preciso ser un Voragine. Mártir de la vida, perpetuo crucificado, te consagraron desde niño al trabajo. Y como pasaste la triste infancia sin juegos, la juventud sin amor, la edad madura sin esperanza, así pasarás la ancianidad sin reposo, y no habrás tenido en tantos años una hora de serenidad, un solo minuto de alegría, y sobre ti la adversidad redoblará sus golpes, ensañándose con tu alma y con tu cuerpo, como el verdugo con la víctima.

Tú eres pobre: la salud que es precisa para la labor diaria, es indispensable á tu subsistencia; tú estarás enfermo. Te es bien difícil ganar tu pan con tus dos brazos: y tú perderás el brazo derecho. Amas á tu mujer, á tu hijo: ellos te serán arrebatados en los azares de la lucha por la existencia, y judío errante del trabajo, ni siquiera has de tener tiempo para llorarlos en paz. Has sufrido sin tregua todas las inquietudes, todas las angustias morales; vas á conocer la gamma infinita del dolor físico. Serás quemado por la fiebre, torturado por el reuma, roído por la tuberculosis, devorado por el cáncer... Conocerás y habitarás, vivo, cada uno de los nueve círculos infernales.

Mas, por rara casualidad, en medio de los infortunios de tu vida, has poseído un gran consuelo. Tienes una esposa y la amas. Eres casi feliz, porque puedes trabajar para ella y porque tienes trabajo. Esa mujer es tuya, y tienes el deber de guardarla, de defenderla. Ella te ama, sufre contigo, y es noble y leal. Tú, misero obrero, no has podido enterarte de ciertos refinamientos de la civilización, y eres un marido á la antigua, de los que exigen fidelidad á la esposa, de los que estiman como una afrenta el ser engañados... Tú no lo has sido. Tu noble esposa, franca y leal, viene á contarte que otro hombre la ha cortejado y ha pretendido seducirla...

Tu sangre se enciende, la indignación ruge en tu alma. Aunque eres un obrero infeliz, desdeñado

por todos, y aunque vistes la blusa humilde, tienes el sentimiento del honor. Á tu lado pasan, en la Rambla, elegantemente vestidos, paseando su despreocupación junto á tu pobreza, algunos magnates y señorones, que suelen llevar á su mujer á determinados sitios, y que acaso viven explotándola. Entre muchos burgueses, el adulterio mutuo es un pacto... Tú ignoras eso: tú, Sancho Panza vulgarísimo, tienes una honradez natural, un instinto moral, y no aciertas á comprender las extrañas combinaciones de la bohemia dorada... Sabes que un hombre, devorado por la lujuria, prendado de los atractivos de tu esposa, ha querido robarte, á ti, que nada tienes en el mundo, tu único consuelo... Y has creído que tienes, al recibir tan vil ultraje, el derecho de defenderte...

Crees, además, que el que te ha inferido el ultraje ha querido abusar de su superioridad sobre ti. Es tu patrono ó su dependiente, ó el intermediario entre ti y aquél. Según las pragmáticas del capitalismo, si comes, si vives, es porque el patrono, magnánimo, te da de comer... Sin estar convencido, aceptas la hipótesis; pero piensas tal vez que es un exceso de generosidad, después de darte de comer, otorgarte la suprema dicha de los maridos predestinados. Renuncias á esa inmensa bienandanza que te ha deparado la suerte, y vas, indignado, á exponer tus quejas al patrono, esperando, optimista, que esa tu gallarda actitud, inspirada por la prudencia y por una fe sobrado

candorosa en la justicia humana, no podía conceptuarla aquel patrono justiciero como un acto de rebeldía.

Tu patrono, no pudiendo ahorcarte, se contentó con despedirte. ¿Qué le importaba á ese buen señor la virtud de tu esposa?... ¿Quién eras tú, miserable paria de esta sociedad en que mandan los elegidos, protegidos por el fusil y por el bonete, para ir á pedir una satisfacción á los poderosos del mundo? Tu modesto salario no te bastaba para comer. Ahora estás en la calle... Del vil ultraje que se te hizo, te consuelas ahora con el hambre... Fuiste hombre de honor y se te castiga. ¡Pundonor, dignidad, vergüenza! No era eso, infeliz obrero, lo que necesitaban de ti. Te pedían el cuerpo, sólo el cuerpo, los brazos, las manos y los músculos, para cargar y descargar los carros en las estaciones y en los muelles...

Narraste el hecho á tus compañeros... Indignados también, como tú te habías indignado, hacen causa común contigo, y también protestan como tú. Son arrojados también á la calle. Otros dignísimos trabajadores, realizando un acto de abnegación, por defender tu dignidad, que es también la suya, se declaran en huelga; se les quiere sustituir con otros; se niegan éstos á la sustitución y se les despide... Ante esa conducta incalificable, ante ese escarnio nunca visto, otros obreros, en número ya considerable, van á la huelga, á la más santa de las huelgas, porque es la de la dignidad y el honor.

Pero al fin, pobre obrero, pobre bestia de carga, has sido buen chico, y has vuelto al trabajo. Bestia eres, y has tascado el freno... Ha quedado en pie la injusticia; pero has realizado tu protesta. Impenitente soñador, has creído seguramente que en este mundo miserable sirven para algo las protestas y los lamentos de los infelices. Vencido, vencido injustamente, resignate á tu suerte y no discurras—¡no discurras, por Dios!—sobre estos misterios de la vida... Porque si te pones á discurrir, esta venturosa sociedad moderna, orgullosa con sus ficciones de libertad y de justicia, no podrá vivir serenamente...

Tienes razón, modesto obrero, paria infeliz, eterno Sísifo del trabajo: haces bien aspirando á un mundo mejor...

El verano en Barcelona

...Y despidiéndome de él, después de aquella larga conversación, le pregunté con la mayor naturalidad y casi maquinalmente:

—¿Y no sale usted este verano?...

Me miró por encima de las gafas y como ofendido por mi pregunta... Forastero aquí, habituado á los usos de la corte y dócil á las pragmáticas de la moda que en ella rigen, ignoraba yo, por lo visto, que aquende el Ebro la gente maciza y de dinero, los próceres del trabajo y de los negocios, *no salen*; lo que quiere decir—no tomando la cosa al pie de la letra—que no salen únicamente por la comezón de salir ó de holgar, ó de lucir el gallardo cuerpo en las playas de moda; salen tan sólo cuando hace falta y cuando conviene, y en estos casos lo mismo van á Madrid en Agosto que á Salamanca en Enero. Gentes hay tan desaprensivas y tan ingenuas y tan desdeñosas del *qué dirán*, que teniendo más cuartos que un rocín, se exhiben hoy, á estas alturas del termómetro, en plena Ram-

bla de las Flores ó en medio de la plaza de Cataluña, sin que se les caiga de vergüenza la cara ni se le dé una higa de lo que puedan pensar, al verles aquí en el mes de Julio las naciones extranjeras...

El año pasado, por rara excepción, para complacer á la costilla y premiar al *hereu*—que es ya un abogadete muy mono—, se hizo una escapada á París, se estuvo allí quince días, se vió de paso la instalación, y se regresó maldiciendo del *Estat espanyol* con motivo del mal papel que en la feria internacional hicieron Tarrasa y Berga. Y en seguida á la quinta de recreo, á la *torre*—lujo indispensable de todo industrial que se estima—, la que no suele estar tan cerca que allí se oiga el ruido inquietante de las huelgas de la gran urbe, ni tampoco tan lejos que no se pueda venir á diario á dar un vistazo á la Bolsa. Y así resulta una bonita combinación para lograr estar ausente y presente, partirse y quedarse, y con la ventaja, sobre todo, de no gastar los dineros en tierra extraña y de no tener que engrosar la legión de los *amateurs* del veraneo, casta muy incómoda de gentes con la que no se puede ir á ninguna parte.

Ir á Biarritz ó á Santander ó á San Sebastián... ¡qué absurdo! ¿Para qué está ahí, codeándose con las últimas casas del Ensanche, el majestuoso Tibidabo, rodeado de pueblos que destacan sus pintorescos caseríos entre el verdor del paisaje?... De la rica, hermosa, espléndida comarca del Vallés,

con las poblaciones de San Cugat, Rubí, Tarrasa, Sabadell y otras, no hay para qué hablar.

Parodiando lo que suele decirse de Nápoles, *ver el Vallés y después morir*, podría exclamarse con justa loa, si no tuviésemos, sin sacar el pie de la región, el Montserrat, imponente trono de la Virgen morena, y el alto Ampurdán, con sus espesos bosques de alcornoques y sus extensos olivares en que la cigarra, grata á *Mireya*, saluda al sol; pero el Ampurdán, con estar cerca, no está ahí al lado... ¿Y para qué alejarse de Barcelona?... En la misma vega del Llobregat y en la costa bellísima y fresca de Levante, puede encontrar muy plácido albergue el veraneante sencillo y de buena fe que no se proponga tan sólo ostentar el chaleco y los calcetines, sino aspirar oxígeno, remojarse el cutis, dormir la siesta, gozar, en suma, de la *joie de vivre*... La costa de Levante, con sus poblaciones limpias, diáfanas y alegres, recostadas, como gaviotas dormidas sobre la playa, no tiene gran cosa que envidiar á otras costas favorecidas en estos tiempos por lo más cogolludo de la aristocracia española.

Y cuenta que estas poblaciones — Badalona, Caldetas, Arenys de Mar, Mataró, etc. — no son, ni mucho menos, aduares de chozas y villorrios sin cultura y sin medios para hacer los honores á un forastero, sino villas á la moderna y muy bien trajeadas y con su poquito de industria, sus periódicos y sus Ateneos y Casinos. Y como progresar, ya progresan.

Arenys de Mar, por ejemplo, ofrece desde el año pasado á los forasteros una novedad: la estatua que erigió al doctor Catalá, obispo que fué de Barcelona, antecesor del buen Morgades y natural de Arenys. La estatua de un prelado *viste* mucho á una población de pesca y demuestra que en Arenys abundan, por lo menos, dos cosas, sin las cuales ¡ay! está uno malquisto en el mundo: la religión y las pesetas. Y si á esto se añade un nombre poético, refrescante—Arenys de Mar—y una playa hermosa, de fina arena, bañada por olas gemidoras y suaves, ¿qué más puede exigirse en verano á una población?...

Pero como playa, la de Sitges, que está á una hora y cuarto de ferrocarril. Apetecible de verdad. Se mete uno tranquilamente en el mar, se avanza unos 30 metros y aun se lucen al aire las pantorrillas; se sienta usted entonces, y no siendo usted Castellano—Castellano, el ex ministro de Ultramar—, el agua le llega hasta el cuello. Apenas se nota el oleaje. No es el mar, sino un lago cerúleo y dormido, bañado por luz esplendente, surcado á veces por lanchas y botecitos que pasean al remo su dulce y poética carga. Es un grupo angelical de bañistas, huéspedes tal vez del *Cau Ferrat*, que cantan y ríen...

El *Cau Ferrat*, templo magnífico del arte, alzado en el mar, sobre unos peñascos que azotan las olas, por el buen Santiago Rusiñol, pintor, poeta é industrial, es la honra y prez de la blanca Sitges.

Los *indígenas* fundan su orgullo en su hermosa playa, en su *Cau Ferrat* y en el doctor Robert. También tienen una estatua del Greco, que sienta tan bien á la población como á un Cristo un par de pistolas.

* * *

Y ya que, como íbamos diciendo, aquí no es mengua el *quedarse*, y aquí nos quedamos casi todos, veamos de qué modo se pasa la vida en los meses de Julio y Agosto. Pues muy ricamente, en verdad. Porque Barcelona, á pesar de su abolengo glorioso y de su orgullo muy legítimo de ricacha, es la ciudad más democrática de la tierra, y en sus costumbres la más sencilla, y en su modo de ser la más desdeñosa del estigma de cursi. Aquí, cuál menos, cuál más, y éste por un motivo y aquél por otro, todos somos cursis sin saberlo. Y así, libres de la esclavitud de la moda y de la rutina social y de las angustias desesperantes del *quiero y no puedo*, vestido con traje holgado de telas comunes y baratas, dejando el sombrero de copa para el inspector de policía y el frac para los mozos del gran hotel, el buen Juan, sastre ó almacenista de vinos, profesor de idiomas ó procurador de los tribunales, se va el domingo con la familia, muy prosaicamente, á los merenderos de Montjuich á tomar sorbetes y gaseosas y á respirar la brisa del mar...

Y de allí, á pie ó en tranvía, por cinco cénti-

mos, á la gran plaza de la Cascada del Parque, donde hay—los jueves y los domingos—concierto por una banda militar, y se oye el *Miserere* de *El Trovador* y se ven *didás*, garridas y tiernas, y representantes muy dignos del ejército, sobre todo del arma de artillería, que quiebran los corazones... Y de allí, á cenar, y después, si hay tiempo y humor, al famoso paseo de Gracia, albergue de los idilios nocturnos, donde también hay musiquilla, y muy clásica, hasta las once de la noche...

Pero el buen Juan no puede ir, y harto lo deplora, al paseo... Ha de recogerse bien tempranito, para estar en pie con el alba y continuar la odisea de los nueve baños de mar. Y allá va el tranvía con el buen Juan y su tribu, camino de los *Baños Orientales*, establecimiento el más antiguo, el más serio, y en el que hay *cuartos de familia* muy del agrado de la mamá política de Juan, refractaria á toda idea de exhibir, á sus años, sus redondeces, como las *nòyas* de *La Sirena* ó las damiselas de *San Sebastián*... y estos son, precisamente—aquí entre nosotros—, los trozos de playa que hacen las delicias del yerno, el cual no bien se viste el taparrabos, nadando con la finura de un salmonete, sale de excursión por los contornos, y se asoma al *Tritón* y á *La Sirena*, y se cuele en *La Deliciosa* y en *Neptuno*, y se pasa las horas muertas en las aguas, pobladas de cabecitas encantadoras, de *San Sebastián*.

Entretanto, la familia del nadador, en su reser-

vado de los *Orientales*, en pie y con el agua hasta los tobillos, asida fuertemente á una cuerda embreada, y unas veces derribada por la ola bravía y otros lanzada contra un poste por la resaca, y con la planta hundida entre arena y pedriscos y los brazos llenos de tolondrones, toma tranquilamente su delicioso bañito de mar, que ya es el nono, y por ende el último, y alborozada y feliz bendice á Neptuno, que supo crear, para delicia del género humano, las playas de Barcelona...

No quiero faltar al Mediterráneo, cuya historia épica nos obliga á destocar la cabeza y á humillar la cerviz, pero la verdad es la verdad, y el mar este, según dicen los que lo entienden, posee poca sal... ¿Y cómo ha de tener mucha si las mujeres que podrían dársela se quedan con miedo á la orilla?...

*
* *

También tiene el mar, y mucho más un mar como este, tan distinguido y de buen tono, sus elegantes y sus *gomosos*, que suelen ser, en verdad, más viriles y más soportables que los de tierra. De aquéllos hay algunos, poquísimos, cuatro ó seis, en el Real Club de Regatas, peña alegre y simpática de brava gente juvenil, que tiene, allá abajo, en el puerto, *su casa á flote*...

El club, según me ha dicho Masferrer (Narciso, aunque feo), prepara actualmente unas regatas, que ó mucho me engaño ó han de llamar la atención.

Y un socio, uno de los cuatro ó seis á que aludí antes, que se juzga representante en esta ocasión difícil de las tradiciones de la marina catalana, y que maneja el pesado remo con la misma facilidad que las flechas Cupido, ha ofrecido ya el premio de la regata, como trofeo de amor, á su Dulcinea, que anoche le despidió entre sollozos, diciéndole:

—Acuérdate, Pepe, de Santiago de Cuba y de Cavite... *ritorna vincittore!*...

Y él, tirándole desde lejos un fino ósculo, le gritó con voz firme:

—Vencedor... ¡ó muerto!

Los poetas

Con la representación de *Los Pirineos*, hermoso poema de Balaguer, convertido en ópera, muy celebrada por la crítica, ha coincidido en estos días la celebración del primer aniversario del fallecimiento de don Víctor. Y hasta en Asociaciones tan alejadas del culto á las letras como el Fomento del Trabajo Nacional, hemos tenido en estos días veladas poéticas, en que el proteccionismo arancelario, pulsando la lira del romanticismo, nos ha hablado en verso... Testimonio es esto de que aun existen ejemplares de aquella robusta generación, mitad literaria, mitad política, que dió vida al Renacimiento catalán, y dentro de la cual el poeta, con su laúd y sus melenas, tenía más público que cualquier diputado regionalista de hoy.

¡Ah! ¡Los poetas!... Ya casi no existen... Pocos, muy pocos quedan, y aun esos mismos, según la antigua é implacable profecía del Ateneo de Madrid, están llamados á desaparecer... Desde que tienen la audacia de pedir dinero á los editores,

pretendiendo vivir de *su lira*, no salen del rincón del hogar doméstico. Pasaron, aunque tal vez volverán, los tiempos en que el poeta ejercía influencia sobre la multitud, porque él mismo comenzaba por hacerse eco de los sentimientos dominantes en el medio social. Espronceda, con el alarido de su desesperación satánica; Quintana, con el énfasis augusto de sus estrofas; Zorrilla, con la potente catarata de su inspiración semioriental, esos tres Goliaths de la poesía, que murieron sin prole, solían dejar algún rastro de su espíritu, de su entusiasmo y de sus quimeras en la juventud, que aplaudía sus cantos. Ya eso pasó... Las generaciones atormentadas que hoy cruzan febrilmente por el teatro de la vida, piensan y sienten en prosa...

Pero antes de ahora, antes de la irrupción del materialismo, cuando aun gastaban laúd y melenas, ¡qué cosas no hacían los poetas!... Hacían, entre otras cosas, *la opinión*, y eran los iniciadores, los propulsores de los grandes movimientos sociales. Vestales del fuego sagrado del patriotismo, podría haberseles llamado propiamente, si no hubiesen gastado bigote y perilla; patriotismo, por supuesto, entendido á su modo, localizado, limitado por una montaña ó por un río, el río de *su PATRIA*, el único que habían visto, el único que deseaban ver, porque en no ver otro jamás consistía—ya lo dijo uno de ellos—la suprema ventura.

Á la sombra del árbol secular y querido, rodeado de alegre coro de aldeanos, narra el *bersolari*

las leyendas de la tierra eúskara, no de otro modo que allá lejos, en región distinta, al pie de otras montañas, á orillas del Miño melancólico y dulce, otro cantor, casi siempre anónimo, dice aladas estrofas que semejan canto de alondra ó murmullo lejano del viento... Para mí y para cualquiera que desconozca el habla en que tal poesía popular se expresa, aquello no es más que melodía, música, esparcimiento, tal vez arte... Para ellos, aquello es *Religión*.

Tras el canto popular anónimo, cuyo autor es el pueblo, viene la labor del literato culto. Y entonces ya no es todo inspiración natural y espontánea. El poeta de revista ó de salón sabe de antemano que tales ó cuales sentimientos, expresados en artificiosos versos, han de agradar y establecer una relación simpática entre él y sus lectores, y escribe para agradar. El sentimiento puro, digno de respeto como religión y como culto interno, se convierte en idea política, sobre la cual es ya necesario discutir. Se sondea en los mares de la historia, de la filología, de la etnografía y de la economía política, para buscar datos y ejemplos que justifiquen al parecer la aspiración de un pueblo á poner casa aparte. Y ya en el camino de la predicación sin obstáculos, del entusiasmo por el ideal defendido, nace el desamor hacia las ideas de los otros.

En la historia del catalanismo, la viejísima institución de los Juegos Florales desempeña papel

muy brillante. Que en toda renovación social, antes que el brazo que ejecuta, está el cerebro que discute y la fantasía que sueña, ¿es lícito á nadie dudarlo?... El Renacimiento literario es el manantial lejano y oculto de donde viene el caudaloso río que hoy vemos correr ante nosotros. Al empuje del Renacimiento sacude el genio catalán su letargo, y el paladín de mármol, que vestido de su armadura duerme, se incorpora y anda, y alza su frontera espiritual el idioma, rasga su sudario la historia, yérguese altiva la leyenda, surge pletórico de vida el teatro, resuena otra vez, al son de la viola, el canto popular del trovero... Arrastrada por la formidable inundación de ideas y de sentimientos, obra inconsciente de los Juegos Florales, en la que colabora más tarde, con su ejército de cantores, Clavé, siente la juventud intelectual la nostalgia de la Edad Media, soñando con una patria que cree perdida, con una Cataluña ya muerta, nuevo Epiménides al que es preciso despertar. Y así, al arrullo de las coplas y al resplandor de las leyendas, se prepara el terreno para que un día, ahí en Manresa, surja el murciélago de las ruinas, disfrazado con los colores más chillones de la paleta modernista...

No es mucho, pues, que se aplauda *Los Pirineos*, con poesía *nostálgica* de don Víctor, con música *científica* de Pedrell. Hay ambiente para esas cosas; lo prepararon los del laúd y las melenas. El laúd, desde hace tiempo, no da sonidos; pero aun nos



quedan, para hablar en verso de vez en cuando, los del arancel protector...

*
* *

Volviendo á los poetas catalanes y fijándonos singularmente en los dos que se ha aclamado en estos días, ¡qué exquisito sabor original han dejado en su inteligencia las impresiones del terruño! Ignacio Iglesias es llevado, por especial predilección, por temperamento, á penetrar en el misterio del ser humano, á descubrir el móvil de sus palabras ó de sus actos, á poner de relieve, bueno ó malo, el mecanismo de sus sugerencias, á mostrar al desnudo la sangre de sus llagas físicas, intelectuales y morales. Á la inversa, Rusiñol es un lírico, un lírico descriptivo, tan enamorado de la belleza como los indios del sol, pero no menos atormentado por el cuidado de la exactitud y tratando de unir en su obra poética y pictórica—*una é indivisible*, diga lo que quiera un crítico—el alma de los seres y el alma de las cosas. No están animados, se ve claro, Iglesias y Santiago Rusiñol por un soplo de vida idéntica. Mas aun viviendo diferentemente, no viven menos el uno y el otro con una igual intensidad. ¡El don de la vida es una obra literaria! ¿Es que se puede exigir más? Y ¿cómo se logra este don soberano? De una manera muy sencilla, y esto es lo que me hace confiar en la vitalidad presente, en la vitalidad futura de las literaturas regionales.

Buffón ha dicho, con la precisión del sabio, que en él se juntaba á la perfección del estilista: «No se adquiere ningún conocimiento transmisible sino *viendo y palpando.*» Sentencia profunda. Si es verdad en lo atañadero á las ciencias, ¡no ha de serlo en cuanto á la forma de expresión, ya sea ésta por medio de imágenes esculpidas ó pintadas, ya por medio de combinaciones de palabras! Con respecto á estas últimas, Buffón añadía que, á fin de hacerlas sensibles, había que hacer plásticas las representaciones de ideas y de sentimientos, aun siendo abstractos. Ver bien, esto es todo; y no se ve bien, con exactitud, sino aquello que nos rodea y que hemos visto desde la cuna, desde el momento en que la planta humana nació y fué creciendo. El hombre es también, por más de un concepto, un producto del suelo, y es imposible separar ni estudiar separadamente el uno del otro.

¿Por qué han entusiasmado y adquirido celebridad en un día los escritores catalanes? Porque han hablado en su lengua propia, porque son de su tiempo y porque son de su país. Lo que han visto, lo que han interpretado es *lo suyo*. Por su concentración en un cuadro preciso y limitado, el alma adquiere doble fuerza, pues no se llega verdaderamente al fondo de las cosas sino á condición de haber vivido largo tiempo con ellas y por ellas. El espíritu se dispersa y frecuentemente se esparce en una discordancia de efectos menudos cuando generalizamos con exceso ó queremos abarcar de

un golpe demasiados extensos horizontes. En cambio, encerrado todo entero en su sensibilidad regional, ve su potencia de emoción crecer y ensancharse. Á través del amor profundo al ambiente y á la región, comprende, siente más intensamente todo aquello que es universal, todo aquello que no cambia nunca en el alma del hombre, y se remonta á la fuente viva donde abreva perpetuamente el arte humano.

*
* *

Pecan de injustos los que afirman que en Barcelona las cubiertas de los libros son buenas, pero que *lo de adentro* suele ser malo. No hay regla fija en estas cosas; mas hasta hoy—y en buena hora lo diga—da la casualidad de que los libros mejor presentados son los mejor escritos; que aquí en materia de publicaciones, la miel sobre hojuelas no es cosa rara. Como que existe nada menos que un Instituto, el Instituto Catalán de las Artes del Libro, creado expresamente para estas cosas...

Apeles Mestres, por ejemplo, que al dibujar es poeta y al hacer poesía es dibujante, acaba de publicar, con una portada primorosa, dibujada por él, un libro de *Idilis*—que así lo titula—, que me parece tan hermoso, tan exquisito, que daría cualquier cosa por que Menéndez y Pelayo ó Valera viesen la obra y me dijese si estoy soñando ó si aquí, realmente, como yo creo, hay un caso de

transmigración del alma griega al cuerpo de un poeta de nuestros días. Y el caso no es nuevo; algo de esto dijo Castelar dirigiéndose á los *felibres* de París. Que Cataluña, como Provenza, *es Grecia*—así como suena y sin distingos—, era poco menos que un dogma para don Víctor, que llamaba *griegos* á Tomás y Estruch y á Maragall...

Sea como fuere, digno es de ornarse con la hoja sacra el armonioso, el delicado, el dulcemente irónico poeta de *Idilis*, que en días como éstos, tan alejados de la ingenua expresión de los sentimientos y de la pintura sencilla de la Naturaleza, refresca nuestro espíritu atormentado con un aura venida de climas más dulces; nos recuerda la serenidad clásica y nos hace volver los ojos, medio cerrados por las telarañas del modernismo, á aquellos tiempos, aun no remotos, en que *Antón el de los cantares*, con tres colores en su paleta—el rosa, el blanco y el azul—nos dejó cuadros tan llenos de vida y sinceridad, que todavía nos entusiasman y que todavía han de volver.

Por el pronto, ya los ha traído Apeles Mestres.

*
* *

No tengo el honor de conocer, ni aun de vista, al señor Maragall. Sabía—eso sí—que es un redactor muy distinguido de *El Diario de Barcelona*, donde suele hacer, entre otras campañas, la anti-*taurina*. Sabía que ha publicado antes de ahora

otra colección de poesías, y que ha traducido á Goethe en catalán, y leído en el Ateneo, *en mitg de grans picaments de mans*, una necrología muy elocuente del malogrado crítico Sardá. Y no sabía más del señor Maragall, y si ello es poco, otros habrá que sepan menos...

Pero ahora sé, por vistas de ojos, que el señor Maragall es poeta. Lo es tanto, lo es con tal fuerza, que hasta hace *sentir* la lengua catalana á los que hablamos otra que nos parece, como es natural, mejor que aquélla. De mí sé decir que leyendo *Visions y Cants* he encontrado en la lengua catalana, no sólo aquella virilidad, que es su nota característica, sino también la elegancia, flexibilidad y dulzura que algunos en negarle se obstinan. Sea como condición natural de la lengua ó como fruto de fatigosa labor, en la lírica catalana moderna hay un alma, un alma tierna y arrulladora, un alma *innamorata* (¿estará cantando *Lucía?*...) que ahora se manifiesta en *Visions y Cants*, de Maragall, y otras veces en las aladas estrofas de Matheu y aun en los poemas de Marquina.

El señor Maragall—vuelvo á decirlo—es poeta, poeta *catalán*. Fuera de aquí no será entendido tal vez, ni por ende estimado. Á mí, que de nada me asusto, maldita la gracia que me hace esta estrofa del *Cant de la Senyera*:

*¡Oh, bandera catalana,
nòstre còr t'es ben fidèl;
volarás com au galana*

*pel damunt del nostre anhèl:
per mirar-te sobirana
alçarem els ulls al cèl.*

Pero hay que admirar, hay que querer á los poetas catalanes... Son apóstoles de la acción, sembradores activos del ideal, y están enfermos de nostalgia, de una nostalgia eterna, tan honda y tan triste...



El interruptor interrumpido

¿Os acordáis de Guillermo Graell?... Tuve ocasión de conocerle—¡hace ya tanto tiempo!—con motivo de la campaña, tan heroica y brillante como por sus resultados estéril, que hacía en Madrid una simpática Asociación, de nombre muy largo y de esperanzas—¡como que aun no se han realizado!—más largas que el nombre: la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas.

¡Qué mitins aquellos!... Se celebraban casi todos los domingos en el histórico Capellanes, en la alegre Alhambra, en la vasta Zarzuela y en el majestuoso teatro Real. Alternaban en la presidencia don Gabriel Rodríguez y don Laureano Figuerola, un catalán que, á pesar de serlo, entraba en docena con los defensores del librecambio. Sentábanse en las esquinas de la mesa, actuando como secretarios, Miguel Moya y Zapatero y García. Eran oradores Azcárate, Beraza, Labra, Sanromá, Juan Alvarado, y por de contado, Moret. Con oradores de este fuste, con economistas tan alcurniados, no hay que

añadir que cada mitin era siempre una gran victoria, aunque puramente moral, para la causa que la Asociación para la Reforma, etc., etc..., defendía.

Pero á la larga, los mitins de la Asociación, en medio de su brillantez, siempre iguales los unos á los otros, pecaban á veces de monotonía. ¡Siempre las mismas cifras abrumadoras de Beraza; siempre los mismos argumentos de Azcárate; siempre las mismas parrafadas de Moret!... Era preciso *organizar* la controversia. Don Gabriel, que tenía madera de artista, pensando que sería de buen efecto un debate con un orador de carne y hueso, catalán y con acento del país, y mientras más intransigente, mejor, nos preparó para una tarde una agradabilísima sorpresa, merced á la cual se animó el cotarro, tomaron vuelo los oradores y se solazó en las butacas y en los palcos el público.

No recuerdo si quien hablaba en aquel instante era Moret. Lo que sí recuerdo perfectamente es que, á lo mejor de cierto discurso, atronó la sala una voz formidable, estentórea, colérica, que decía: «¡La paciencia se acaba!... ¡Ya esto no se puede soportar!...» Todos nos volvimos hacia el sitio de donde había salido aquella voz, y vimos un caballero que manoteaba, que echaba chispas por los ojos, increpando furiosamente á la Mesa y á los oradores del mitin, y en general á todos los malos españoles, ganosos de arruinar la industria del país.

Don Gabriel, con voz dulce, muy cortés y muy fino y sonriendo á socapa, concedió la palabra al interruptor, haciéndole subir al escenario, y el otro, sin hacerse de rogar, nos soltó el discurso que tenía embotellado hacia un mes defendiendo el sistema proteccionista, y el que todos escuchamos con simpatía personal hacia el adversario valiente que de tal suerte se metía en la boca del lobo... Y ¡qué lobo! Milagro fué que no devorase aquel día á don Guillermo Graell...

Después, en mitins sucesivos, sentado siempre en la misma butaca y enfrente de los mismos oradores que decían cosas que daban al traste con su paciencia, y que él, buenamente, no podía soportar, don Guillermo Graell volvió á lanzar la consabida interrupción, y pronunció después, desde el escenario, el consabido discurso en defensa de la producción nacional. Y fué el caso que el sistema proteccionista, aunque no por Graell ni por su oratoria, venció al fin y al cabo en toda la línea, y se disolvió la Asociación Libre cambista, y los mitins se concluyeron, y el airado interruptor de marras desapareció de la escena, ó al menos de la escena de Madrid. «¿Qué habrá sido de él?...—me preguntaba—. ¿Dónde estará aquel solitario, aquel valeroso que contra todos combatía y que si para algo vino al mundo no fué ciertamente para ser discípulo de Job?...»

No; no había muerto. Al cabo de los años mil topo con él por esos mundos. Estaba en su tierra,

en Barcelona, disfrutando muy tranquilamente, sin impacientarse, de una verdadera canongía, esto es, de una plaza inamovible de oficial de la secretaría del Fomento del Trabajo Nacional. En realidad, era en la casa algo como un consultor arancelario ó arancelista. ¿Se quería saber, por ejemplo, lo que pagaba la mantequilla danesa al entrar en Nueva York, ó el tasajo de la Argentina al entrar en Cherburgo? Pues se le preguntaba á quemarropa á Graell, y él respondía, sin pestañear, con la misma naturalidad con que Menéndez y Pelayo citaría, por ejemplo, una por una, las ediciones de Longfellow que hay en las bibliotecas de Chicago...

Seguía también hablando en público; pero ¡de qué modo había cambiado! Ya no era don Guillermo Graell, el de los mitins de Madrid, sino *don Guillellem*, traducido en lengua catalana. Ya no hablaba como en otro tiempo, usando el idioma que el catalanismo llama *oficial*, sino el otro, el de las bases de Manresa. Ya no estaba solo, como en Madrid, sino muy bien acompañado por los industriales del Fomento, que le habían empujado á la tribuna de la Sociedad para que explicase desde aquélla la consabida *serie de conferencias* que todos los socios aplaudían y que la prensa catalanista jaleaba, y en las que decía—¡lo de siempre!—que Barcelona paga más que Madrid; que en Cataluña se trabaja, mientras se huelga en las demás regiones; que Cataluña no explotó jamás las Antillas; que Cataluña, en materia de responsabilidades políticas, se lava

las manos; mil cosas, en fin, que están *archivadas* en los catecismos catalanistas y en la colección de *La Veu*, y que ya se han contestado y rebatido mil veces.

Aquellos discursos del economista *don Guillem* formaron el libro *La cuestión catalana*. Con este libro dió Graell á los industriales del Fomento y á los catalanistas una panoplia bien provista de armas para la discusión. Y esto lo ha visto claramente el hábil polemista Grandmontagne. *La cuestión catalana* es la cantera de donde salen los pedruscos que, á la hora de ahora, caen sobre Castilla.

¿Verdad que es injusto este simpático *don Guillem*? ¿Verdad que el viejo interruptor de marras no corresponde al cariño que le tuvimos y á la atención que le prestamos *in illo tempore*, cuando poseíamos colonias y todos estábamos, aunque conteniendo de mentirijillas, unidos y contentos? ¿Verdad que ahora, al verle llevar la voz cantante como dueño de la situación, Castilla maltratada y el libre cambio ya vencido, debieran imitar la interrupción del irascible *don Guillem* y decirle también, como él decía á los librecambistas de otro tiempo: «¡La paciencia se acaba! ¡Ya esto no se puede soportar!...»

El “inmortal,, Clavé

«Los Orfeones y Rondallas tendrán que ejecutar dos composiciones clásicas, con música y letra de la región á que pertenezcan, y los Orfeones, además, el himno *Gloria á España*, del inmortal Clavé, que será cantado por todos como pieza de conjunto.»

(De un programa de festejos.)

Muy lejano está, por dicha nuestra, el tiempo aquel en que un ministro de la Gobernación—el célebre González Brabo—allá por el año de 1867 dispuso que no se admitiesen á la censura las obras dramáticas escritas en *diferentes dialectos* de las provincias, porque esta *novedad* «había de contribuir forzosamente á fomentar el espíritu autonómico de las mismas». Realmente se ha adelantado mucho. Ahora ya se podrá cantar, y en las barbas del rey—es un decir—, canciones regionales, lo que significa un gran progreso, pues para mí es indiscutible, aunque parezca paradójico, que cuando se deje á cada uno hablar en su lengua regional y

cantar como les pida el cuerpo, nos entenderemos todos á las mil maravillas...

Y ¿quién es ó era este señor Clavé, que la Comisión de los festejos diputa por inmortal? Era un catalán republicano y buen español. Al cabo de los años mil, después de tanto declamar contra el separatismo imaginario de Cataluña, al buscar un canto popular para cantarlo juntos todos los Orfeones, no se encuentra más que el *¡Gloria á España!*, del catalán Clavé...

Bien elegido está ese canto del inmortal Clavé. Si hay en la moderna Cataluña un nombre popular y querido, es ese; si hay una gloria universalmente sancionada y más que ninguna otra merecida, es esa; si hay una tumba en que se renueven constantemente las flores de la gratitud y el cariño, es esa tumba en que reposa el trovador del pueblo, y que el clamor ha convertido en ara santa donde robustecen la fe abatida, las generaciones contemporáneas.

José Anselmo Clavé fué sencillamente un genio. Fué además un carácter. No debió nada á la lotería de la fortuna. En su vario destino, en su agitada existencia, todo es obra de él, y en esa obra se hallan todos los signos de una poderosa voluntad. Fué un hombre que tuvo un pensamiento, y que lo realizó. Y este pensamiento no era otro que el de educar al pueblo y redimirlo por la libertad y por el arte.

Antes que artista es hombre político, soldado

de aquella animosa legión progresista que desde el año de 1850 hasta los días de la Revolución de Septiembre, defendió la democracia y presintió la República. No hay en aquel tiempo empeño patriótico en que no tome parte Clavé. En la noche del 6 al 7 de Octubre de 1843 intenta, con otros, asaltar la Ciudadela, saliendo de aquella empresa audaz con un brazo roto. Dos años después, en 1845, sufriendo en aquella misma fortaleza larga y dura prisión, concibe su idea redentora de educar al pueblo por medio de la música y la poesía. Escribir para el pueblo, á quien estaba vedado el teatro, y juntar en fraternales masas corales á todos los obreros de Cataluña, era realmente el comienzo de la obra pacífica y gigantesca de la democracia. Obra que no vió realizada hasta 1850, cuando se fundó, con el nombre «La Fraternidad», *la primera Sociedad Coral de España*.

Pero en el cumplimiento de la misión que voluntariamente se impone, abre él mismo todos los días un paréntesis para defender, en el terreno político, los derechos del pueblo. Y un día es deportado por el general Zapatero á las islas Baleares. Estando allí recibe la noticia de que se está muriendo su hija mayor, y sin pensar en el peligro á que sin duda se expone, se restituye Clavé á la Ciudad Condal. Sabedor de esto el capitán general, hácele venir á su presencia y le dice:

—¿Con qué permiso ha vuelto usted á Barcelona?

—Tengo una hija agonizante, general—respondió Clavé con serenidad.

—Le compadezco—responde Zapatero cambiando de tono—. También soy padre, y veo que usted tiene corazón. Queda en libertad desde ahora.

—¿Con qué condiciones?—pregunta Clavé.

—Bajo palabra de que ha de abandonar para siempre la política.

—General, si salgo de aquí libre, saldré republicano como acabo de entrar.

Y Zapatero se encoge de hombros y le despide amistosamente.

He aquí de cuerpo entero el hombre político. Lleno de fe, convencido, amando platónicamente á la Dulcinea de la República, en la que pocos á la sazón creían, y colocado al mismo tiempo á distancia de la demagogia populachera, la historia política de Clavé es un noble ejemplo de patriotismo, de consecuencia y de probidad. Cuando sus sueños se realizan y sus ideas triunfan, es, sucesivamente, presidente de la Diputación provincial, diputado á Cortes, gobernador de Tarragona y de Castellón de la Plana. Vive tan sólo por la República y muere con ella en 1874, teniendo á la sazón cincuenta años.

Á José Anselmo Clavé hay que estudiarlo principalmente en su música, en su poesía, en su apostolado artístico. De su música decía Castelar, aludiendo á *La Brema*, que era «digna de acompañar los hexámetros de las *Geórgicas* de Virgilio». De su

poesía dice Apeles Mestres que «es la misma Naturaleza cantando por la boca de uno de sus elegidos». De su apostolado daba Ixart una exacta definición, diciendo asombrado: «¡Pegar unas alas tan poderosas y al mismo tiempo tan vaporosas y delicadas como la música, á los hercúleos hombros de un pueblo de cíclopes encorvados sobre la materia!»

Por largo tiempo, antes de escribir en lengua catalana, compone en castellano sus estrofas. De este período datan aquellas composiciones suyas, cuya letra castellana recuerda acaso las mismas tentativas de Piferrer y de Milá, por aplicar la lengua oficial á la expresión de los sentimientos populares; y á tal época pertenecen también todas las imaginadas concepciones con dejo romántico, en que aparecen las costumbres andaluzas, la jota aragonesa, el tango americano y el sentimiento lírico que inspiró tantas poesías á las flores del valle, á la luna, á la despedida de dos enamorados...

Clavé, con obédecen, mal de su agrado, al sentido histórico en que se basa el renacimiento, imitando la antigua música popular, fué de los que ya por entonces iniciaron un movimiento opuesto y progresivo. Lejos de usar la lengua corriente para *lloriquear perdidas grandezas*, cantó con ella el porvenir, y lejos de afiliarse á *un regionalismo estrecho*, volviendo el rostro hacia lo pasado, impulsó á la extrema izquierda, que se halla bien con el siglo presente.

Además, la obra artística de Clavé hace nacer, aun en los extraños, la devoción á Cataluña. El simpático obrero catalán, alejado de la taberna y del garito y *moralizado* por la reforma, nunca suficientemente elogiada, del inmortal Clavé, lleva de ciudad en ciudad, de villorrio en villorrio, el alma libre y robusta de un pueblo que exhala en canciones espontáneas, ora viriles, ora tiernas, sus quejas, y evoca en ellas sus recuerdos y expresa en ellas sus esperanzas. Y esta alma, hermosa y fuerte, de Cataluña, vivirá en el arte mientras exista este singular obrero cantor y mientras vaya por el mundo lanzando en sus himnos el grito de guerra y de libertad, evocando en sus barcarolas las viejas glorias del nauta aventurero, trayéndonos en sus *aubadas* la primer caricia del tibio sol que despierta en los lejanos cerros...

El escarmiento

El día después del trágico suceso que ha horro-
rizado á Barcelona, di una vuelta por la calle cé-
lebre, centro del comercio de lujo, y en la cual, al
anochecer, se dan cita los elegantes para codearse
con los cursis. Todo continuaba como siempre, y
allí no había pasado nada: los mismos escaparates
fulgurantes, las mismas muchachas casaderas, las
mismas gentes que no faltan nunca, en abigarrada
confusión, con cara de tedio y estorbando á los
raros transeuntes que marchan directamente á sus
negocios. Sólo en un extremo de la calle, donde
ésta termina en la plaza de la Constitución, hay
dos tiendas cerradas: en la pared del edificio se
ven las huellas de la bomba. Grupos de curiosos
miran, charlan, comentan, y allí se quedarían es-
tacionados á no acercarse los municipales, que
dicen con finura: «Haced el favor de circular.» Y
circulan, circulan en procesión pausada, cruzando
de una acera á otra y siempre hablando de lo
mismo.

Yo voy pisando los talones á dos hermosas señoritas, que entre las ballenas del corsé rugen indignadas. Hablan del anarquismo abominable y desean un escarmiento gordo, algo estupendo é inaudito, y después de lo cual no quede ni un rabo de anarquista en toda la extensión del mundo. Pero un joven que las acompaña y que conoce, por lo visto, la prosa elegante y exquisita de Laurent Tailhade, les dice afable y sonriente: «¿Queréis otro Montjuich?» «¡Eso nunca!», contestan, aparentando que se asustan, y se detienen en seguida para contemplar unos brillantes tentadores, divinos, fulgurando en un escaparate que es un golfo de luz. El anarquista de salón aprovecha la oportunidad para arreglarse las melenas y encender su pipa.

Sigo tranquilamente brujuleando, y ahora escucho á un caballero gordo, de gabán gris. En conversación con un sujeto, mal vestido y enjuto, que mueve de vez en cuando la cabeza como diciendo que sí á todo, grita y manotea acusando en tonos oratorios á la secta execrable. «Los anarquistas —dice— no entran nunca en esas distinciones. Sin hablar de la puñalada que puso fin trágicamente á la vida del rey Humberto, soberano constitucional, han asesinado á Carnot y á Mac-Kinley, que eran presidentes de República, emanados directamente de la voluntad nacional, representantes elegidos de naciones democráticas. Han arrojado dinamita en el salón de sesiones de la Cámara francesa, sobre

la cabeza de diputados que estaban allí como mandatarios del sufragio universal. Han matado á la infortunada emperatriz Isabel de Austria, tan alejada de la política, que apenas residía en su imperio, tan sólo ocupada en encontrar, viajando por todos los países, un alivio á sus penas. En París han lanzado bombas en cafés y en tabernas frecuentadas sólo por obreros. Ni el dolor augusto, ni la miseria obscura, ni la adhesión indiscutible á la causa del pueblo, contienen á esos monstruos. Trátese de monarcas autócratas ó de jefes elegidos de democracias, trátese de seres felices ó de gentes infortunadas, de ricos ó de pobres, de potentados de la tierra ó de desheredados de la fortuna, los anarquistas execran á todos los hombres, sin exceptuar á nadie. Son furiosos sombríos, tenebrosos fanáticos movidos por un instinto siniestro de odio á la vida y por una especie de locura de destrucción. Ó aquí se hace un escarmiento, ó será forzoso emigrar. Pero... ¡adónde, Dios mío! Todas las naciones del mundo están igualmente amenazadas...»

El hombre enjuto y mal trajeado, dejando la modestia con que hacía el desairado papel de oyente, hubo de echar su cuarto á espaldas y dijo sosegadamente, sin manotear ni alzar la voz: «El anarquismo, entendido de cierto modo, es una especie de religión: tiene sus sacerdotes, tiene sus iluminados. Tiene la verdad revelada por Kropotkine, por Reclús, por Sebastián Faure. La discusión está prohibida. Poco importa á los fieles la inexactitud

de las teorías. Estas teorías son verdaderas para ellos, porque desdeñan las demostraciones de sus adversarios, cuya sinceridad ponen en duda. Los jefes de la secta anarquista—que hasta en esta secta hay jefaturas—tienen la mentalidad del filósofo que retrata á Anatolio France.

»Este filósofo declaraba que si él pudiese conocer el secreto del Universo, no lo revelaría á nadie, «por temor á inquietar á un pastor en el monte, á un marinero en el mar». No hay nada que inquiete al libertario en su firme conciencia. Posee, antes de todo, más de un tutor intelectual que le defiende de la doctrina ajena. Dispone además de un anti-séptico potente: el odio. El odio, sentimiento feroz de las clases desheredadas que estorba la evolución de su intelecto y perpetúa su inferioridad; el odio, que sueña, no sólo con la absurda nivelación social, sino también con la venganza contra los favoritos de la suerte.»

Las gentes que iban y venían en oleada impetuosa, me separaban á deshora de los dos caballeros cuyos pasos seguía y cortaban para mí su diálogo; pero aun desde lejos oía bien al señor gordo que vociferaba: «¡Escarmiento! ¡Escarmiento!», y al señor flaco que decía: «¡Justicia! ¡Justicia!» Y al acercarme nuevamente á ellos, ya al final de la calle, llegó á mis orejas la herejía lanzada por el señor flaco en las barbas del gordo: «El fusilamiento de Pallás—decía—no hubo de escarmentar á Salvador; la ejecución de Salvador, el de la bomba

del Liceo, no hubo de escarmentar á los autores del horrible atentado de la Octava del Corpus; lo que éstos padecieron en Montjuich no ha servido tampoco de escarmiento al criminal de ahora, quienquiera que sea. Y ya que el anarquismo no escarmienta, ¿no sería bueno, amigo mío, que escarmentasen los poderes públicos?...

“¡Catalans! Sempre valents...,”

Yo les he visto varias veces por las calles de Barcelona, formando, orgullosos, en las procesiones cívicas, con su rostro arrugado por el tiempo y aun curtido por el sol del África. Les vuelvo á ver en estos días cruzando las calles de la corte, y maquinalmente voy tras ellos. ¿Á qué han venido? ¿Adónde van? ¿De dónde han surgido en estos tiempos de positivismo y de vil prosa estas sombras épicas? ¿Son, acaso, un ejemplo que hacía falta? ¿Son, tal vez, una reconvención? Arrinconemos la retórica y hablemos en estilo mondo y llano... Son unos pobres viejecitos, tristes y desconsolados. Pero al menos, merecen un saludo. ¡Son la gloria que pasa!

¡Prim! ¡Juan Prim! En estos tiempos miserables y en esta España que aun gobiernan los hombres que tú hiciste y que han roto, cobardes, tu viril testamento, ¿quién se acuerda de ti? Esos, esos pobres viejos... Son pocos, en verdad. Pero aunque pocos, atestiguan de que hubo en España una epopeya, que tal vez fué la última. Para ellos, en su

juventud, no había más que un hombre: era don Juan; para ellos, la guerra de África era Prim; la Revolución era Prim; España era Prim. Ya están casi sordos; pero aun escuchan el discurso vibrante del héroe: *¡Catalans! Sempre valents, pero subordinats sempre; si los vòstres jefes vos manan treballar, á treballar; si vos ordenan atravesar estanys y pantanos, atravesaulos; y si es preciso anar á Tetuán per lo riu, ¡al aigua!, y fins á Tetuán nadant.*

Cuando yo era muchacho y asistia á la clase de Camús, le oí decir más de una vez—porque el gran humanista, á fuer de viejo, repetia sus sermones—algo que siempre he recordado como una verdad del Evangelio. «Todos los días—decía á sus oyentes—, mientras estamos aquí, estudiando en no sé qué libros, tal vez en mis apuntes, las viejas historias, en estos mismos momentos, no lo dudéis, pasa la Historia por la calle. Me refiero á esos viejos como yo, que han sido testigos de una multitud de sucesos. Si les prestáis atento oído, encontraréis las mismas cosas que en los libros leéis y acerca de las cuales esos libros con frecuencia os engañan. Esos viejos son la realidad. Conversad con ellos un instante y os asombraréis de que la Historia esté aún por hacerse. Las cosas escritas son la menor parte, tal vez la menos digna de escribirse. Pero ¡hay un mundo de cosas inéditas! Y este mundo vive aún y no vivirá mañana, porque se va todos los días.»

Yo, siguiendo el consejo del inolvidable profe-

sor, interrogué más de una vez á los últimos supervivientes de la guerra de África. Y con voz que la emoción velaba, y en su lengua, jamás tan armoniosa, me describieron el embarque en los muelles de Barcelona, cuando, siendo mozos y gallardos, felices con los noventa reales que tenía de paga cada uno, y con su roja barretina, salían para la guerra. Sugrández, que había de encontrar gloriosa muerte, mandaba las cuatro compañías, aun sin armamento. El obispo, en lengua catalana, les dirigió una alocución después de haberles bendecido, dándoles medallas con la imagen de la Virgen de Montserrat, la «morenita de la montaña», que había de protegerles... Y *¡adeu siau!*

¡Las playas de Tetuán! Allí les aguarda su paisano, el héroe de los Castillejos; la multitud, ansiosa, los contempla; ya están desembarcando; su bizarro porte, su gallardo continente, la novedad y hermosura de su traje, embarga á cuantos les miran. Visten chaqueta y pantalón de pana azul, desbrochada la primera, con vivos encarnados y botón dorado liso; largo el segundo y sujeto por bajo de la rodilla con polainas de cuero rojo; chaleco rayado de encarnado y negro; faja morada, á estilo del país; gorro de lana, de los llamados marineros, encarnado la tropa y morado los cornetas; pañuelo tirado al cuello y preso con sortija de plata; cubierto el pie con media y alpargata, morral á la espalda, un tanto embarazoso por falta de sujeción; canana á la cintura y al brazo la carabina.

Distingúianse los oficiales por un túnico de paño gris; pantalón de paño, sujeto por bajo de la rodilla hasta donde alcanza; bota ceñida de gamuza antea; zapato ruso; gorro de paño, de igual color y hechura que el de los soldados, y jaique con capuchón gris, recogido y colgado en forma de banda.

Prim les habla, les habla en su lengua; no los lisonjea, les amenaza: con fiero lenguaje así les dice: «Cataluña, que os ha despedido con tierno entusiasmo; las madres, los hermanos, los amigos, os contemplan con orgullo. No olvidéis nunca que sois los depositarios de su honra. No defraudaréis sus esperanzas, que son las mías; pero si, por desdicha, lo que no espero, así no fuera, ni uno solo de vosotros volvería á pisar el suelo patrio; aquí moriréis todos antes que mancillar en lo más mínimo el nombre que lleváis.»

O'Donnell, el general en jefe, acercándose á Prim, le hace esta sencilla observación:

—Me parece que están algo faltos de instrucción.

Á lo que Prim contesta, con plácida sonrisa:

—Mi general, mañana la completarán en el combate.

Al llegar allí los voluntarios, no había tiendas para ellos; hiciéronlo saber á Prim, que salió en seguida de la suya, y les dijo:

—Hoy tendréis que dormir al raso, pues vuestras tiendas están allí (señalándoles el campamento moro). Mañana, cuando las habréis tomado, dormiréis perfectamente en ellas.

Después de la batalla, don Juan les dió la enhorabuena, y les dijo:

—Aun quedáis bastantes para otra.

—Para otra y no más—le respondieron:

Aun quedan algunos... La guerra de África, en la que muchos españoles conquistaron títulos y honores, amén de otras gangas más positivas, dejó solamente á estos ancianos el recuerdo de Prim, de aquel catalán, paisano de ellos, que á fuerza de quererlos tanto, se había obstinado en que muriesen, sin que uno sólo se escapase. Y ¡quién sabe si hoy, al recordar la palabra enérgica de Prim y al ver cómo anda la epopeya en los tiempos que corren y cómo pagan las naciones á los que bien las sirven, no habrán pensado que el caudillo, cuando á morir les invitaba, era tal vez piadoso!...

El obispo Morgades

No se haga ilusiones el general Delgado y Zuleta... Ni con los cañones de Montjuich, ni con las lanzas de los escuadrones y los mausers de los regimientos, ni aun con el circunspecto *Pelayo*, que se gallardea en la bahía, poseyó él jamás, en esta ciudad de Barcelona, la fuerza que tuvo el doctor Morgades; es decir, él, personal, exclusivamente, no, sino el clericalismo que representaba, que por mengua le sobrevive, y que él compartió con más de cuatro no menos obispos que él, aunque de sombrero de copa; que en este bendito país, fijándose bien, lo que parece una chistera suele ser una mitra episcopal.

Á éste que acaba de morir, prelado auténtico y de verdad, y que nació para eso, creí yo retratarle fielmente en una ocasión. Fué aquella tarde cuando le vi en su postura natural con el ademán, el aire y el gesto que le daban carácter. Iba á pie, Rambla abajo, y cruzaba por los sitios más céntricos, dejándose ver, enhebrándose por medio de los paseantes, repartiendo á derecha é izquierda saludos

y bendiciones... Pastor satisfecho de su rebaño, iba contento, sonriente, campechano como un cura de aldea, ofreciendo su mano á los ósculos, bebiendo á grandes sorbos el néctar de la popularidad...

Este y no otro fué su delito, si delito es... Se perecía por los aplausos, holgaba con ellos, sentía á toda hora, atenaceando su pecho, el afán mundano de la celebridad y la dominación... Diez y siete años en la obscura sede de Vich, diez y siete años mortales en aquel monte Olivete, tentado por inquieta ambición, confortado á veces por la esperanza de obtener algún día la ansiada diócesis, no resfriaron sus ahincos ni quebrantaron sus fuerzas. Imitando á César, mejor queria ser en Vich el primero que en Barcelona el segundo; y como César, confiaba en su fortuna... sin desatender el correo de Madrid.

Triunfó. Cualquiera, á fuerza de trabajo y paciencia, puede triunfar á la corta ó á la larga en los negocios del mundo; pero él triunfó como ninguno, en toda la línea, y fué desde el primer día para la ciudad de los Condes— ya lo era quizás desde Vich—un obispo de cuerpo entero, un director espiritual, un pastor cuyo rebaño se extendía hasta las márgenes del Ebro. ¿Qué mucho que se pida para él; como pide cierto diario catalanista, un sepulcro en el Escorial catalán, en la basílica de Ripoll? ¿Y por qué no? El doctor Morgades, aunque no era él quien pagaba, sino el presupuesto, era el verdadero conde.

En el paseo—paseo más que entierro—de los despojos del obispo, ha presenciado Barcelona una gran parada brillantísima. Para el artista del pincel ó la pluma, para el simple curioso, para el espectador frívolo, era un buen cuadro, aunque ya visto mil veces, el de la interminable procesión de clérigos gruñendo un responso, con el albo roquete y el robusto cirio en la mano, acompañados de las congregaciones con sus estandartes, de los cantores de aspecto y voz fúnebres, de los compungidos devotos con sus escapularios y sus prehistóricas y arrugadas levitas, del enjambre de niños de las escuelas católicas, de las autoridades militares y civiles con su aire digno y su uniforme pintoresco; pero á los ojos del pensador ó del simple mortal que se preocupe con la situación actual del país, el cuadro es bien triste, porque se trata de un alarde de fuerza, de la fuerza que manda el clericalismo, y contra la cual poco es lícito hacer á la democracia, más pródiga de ideas que de pan, y destrozada, de añadidura, por los rencores de sus hombres y la rivalidad de sus escuelas.

No me he entretenido, está claro, en contar las gentes que formaban la comitiva. ¿Para qué? Ni ha de interesar al lector ni es mi propósito servirle la descripción de un entierro igual á otros muchos que se han visto con las mismas músicas, los mismos clérigos y los mismos fantasmones de uniforme ó de frac. Solemnidades de relumbrón, entierros de obispos, de capitanes generales, de gentes gordas,

no son cosas del otro jueves en nuestra España, donde hay un obispo en cada barrio y un general en cada esquina, y que se mueren cuando les llega la hora. Si hablo, tal vez á mi pesar, de estas cosas, es porque la actualidad barcelonesa, musa despótica del cronista, me impone este tema del «cerco de Barcelona», tan semejante, ¡ay!, al de Madrid, por Dicenta descrito magistralmente en algún diario de la corte.

Este cerco de Barcelona por el catalanismo y la reacción—fuerzas distintas, pero aliadas—, ha sido lo obra de Morgades, no iniciada ciertamente por él, mas sí continuada con tal brío, que será preciso mucho tiempo para desplumar el pajarraco que nos trajo el obispo, y que cada día está más gordo. ¡Y no ha de estarlo!... Manos delicadas le cuidan; manos callosas le defienden... ¿Sabéis quién le alimenta todos los días?... Leed, leed, y veréis desfilar, en muy correcta formación, el gran ejército:

La Compañía de Jesús.

Los padres escolapios.

Los padres de la Doctrina cristiana.

La Asociación de Católicos, con sus escuelas.

La Academia de la Juventud Católica.

La Academia Calasancia de las Escuelas Pías.

Las Conferencias de San Vicente de Paúl.

La Pía Unión de San Miguel Arcángel.

El Círculo de Obreros de San José.

La Congregación de San Luis Gonzaga.

El Patronato del Obrero.

El Centro del Apostolado de la Oración, con sus escuelas dominicales para las hijas de los obreros.

El Centro Moral de San Francisco de Paula.

El Centro Moral é Instructivo de Gracia.

El Círculo Artístico de Sant Lluch.

La Hermandad y Montepío de Santa Madrona, con cerca de dos mil asociadas, en su mayoría menegildas ú obreras en fábricas y talleres.

La Obra de las Buenas Lecturas.

La Asociación Reparadora de Pío IX.

Pero ¿á qué seguir?... Para muestra basta con un botón. En el terreno de la filantropía y la enseñanza—campos los mejor abonados para la siembra—, y buscando con preferencia, para hacerlos objeto de sus cuidados, á la mujer, al adolescente, al obrero fabril, el doctor Morgades hizo primores. Avizorado en la experiencia de los negocios mundanos y hombre de acción quizá más que de estudio y de pensamiento—pues, digan lo que quieran sus amadores, no tuvo la estatura de un Monescillo ni de un Ceferino González—, sabía atraer y hacerse simpático, siendo, á la vez que grande agradador de los ricos, cultivador hábil de esa caridad bien entendida que suele empezar por uno mismo y que no se ejerce sin su cuenta y razón. De su industria exquisita para lanzar oportunamente la red y aprisionar peces menudos—los gordos voluntariamente se le entregaban—, hemos

tenido, en esta *tournée* del cadáver, la prueba. ¡Qué representación tan lucida, tan bien buscada, del elemento popular!... Hubiérase dicho que no iba á terminar nunca el desfile de obreros, valetudinarios casi todos, cojos los unos, mancos los otros, éste con su blusa más astrosa, aquél arrastrando las muletas, el otro con un brazo en cabestrillo...

Aprovechábase el momento y se hacía propaganda. Y lo que es en esto, ¡vive Dios!, el clericalismo barcelonés da quince y raya á los propagandistas de mayor fuste. Y no basta ponerse á honesta distancia de sacristías y de centros piadosos para estar á cubierto del chaparrón... ¿Hay, puede haber cosa más profana, menos religiosa que los baratillos de una feria? Pues el otro día, en la de los Reyes, hube de hacer el gran negocio adquiriendo por veinte céntimos un aristocrático y lujosísimo almanaque de pared, que me *resultó* el muy indino, cuando me puse á exfoliarlo, cartelillo de propaganda del Sagrado Corazón de Jesús. Y por cierto que el almanaquillo, travieso, sin pretenderlo quizás sus autores y á fuerza de desayunarme con él, me ha conquistado—y no es broma—para Santa Teresa, á quien ya admiraba como escritora, y la cual, en la hoja correspondiente al día de hoy, dice: «Para hablar con vos, ¡oh rey de la gloria!, no es preciso buscar terceras personas.»

El teatro catalán

En país como éste, que á fuer de hispano es país de exageración y de hipérbole, el famoso tío Paco, el de la rebaja, nunca tarda en venir. Y vino, en efecto, cuando menos se le esperaba, para poner en razón y tasar en su justo valer á los apologistas y sostenedores del moderno teatro catalán. ¡Qué proyectos los suyos tan bravucones!... En los comienzos de la temporada, allá por Noviembre, cuatro teatros nada menos, echando las campanas al vuelo, anunciaron al público las mil y una maravillas escritas en la lengua de la región. En Novedades y en Romea, dramas y comedias catalanas; en el Principal y en el Tivoli, zarzuela y opereta catalanas. Y en cuanto á firmas, las mejores, las de más relieve para el público, desde la firma de Guimerá hasta la de Emilio Vilanova, el justamente celebrado autor de *¿Quién... compra maduxas?*... Para la música, Albéniz, Vives, Nicolau, Millet... Hasta á Oller, el insigne novelador, se le colgó en el cartel el milagro—que en él lo sería—de una producción para la escena.

Disponiéndose á cumplir lo ofrecido, las cuatro compañías catalanas dan comienzo á su respectiva labor, y la joven Talía regional, luciendo su más vistosa barretina, exhibe ufana en las noches de inauguración las galas históricas: el Romea, en la campaña delantero, sale á la palestra con *El comte l'Arnau*, melodrama póstumo de Federico Soler, del período de su decadencia; Novedades, dirigido por Enrique Borrás, que es un actor como una casa, se estrena á su vez con *El Nuvi*, del malogrado Feliu y Codina; el Principal se inaugura con la zarzuela *La festa del barri*, de Federico Soler; y por último, el teatro del Tívoli, que viene tarde, pero sin daño, y antes bien, resulta el mejorcito, arrinconando el empolvado maniquí de los repertorios, entra de lleno en lo del día, y nos ofrece, entre obras en un acto, *L'alegría que passa*, de Rusiñol.

Y todo va bien, triunfalmente, hasta que se empieza á estrenar. Una vez metidos en ese monte, se convencen empresarios y autores de que no todo el monte es orégano. En el Romea, y eso que allí el público es bonachón y contentadizo, caen por docenas al foso las obras dramáticas, y entre ellas *La nevoda*, de Teodoro Baró; *La dideta*, de Got y Anguera; *Carme*, del actor Capdevila, y únicamente sale á flote *El sí de las nòyas*, comedia en tres actos de Moratín, *desarreglada* por Alberto Llanas; mas si se salva (habla la prensa del país) no es ciertamente por Moratín, sino por *en* Llanas, que

ha *modernizado* el lenguaje y añadido mil *cosas sevas*, y hasta *introducido* personajes de su exclusiva paternidad, que así las gasta este arreglador, el cual, por cierto—y dicho sea en justa loa—, tiene obras originales, como, verbigracia, *Lo marqués de Santa Llusia*, construídas discretamente.

En el Principal, después del fracaso de la zarzuela *El suplici de Tántalo* (letra de don Antonio Ferrer y Codina y música del maestro Maneu), juzgando sin duda la empresa que para suplicios basta con uno, cierra las puertas del elegante teatrillo, y apaga la luz y vase; y así sucumben, en un abrir y cerrar de puertas, el autor Codina (no Feliu, ¡cuidado!) y el compositor Maneu.

Entretanto, la compañía de Novedades, antes que verse en el estrecho de apelar á la fuga, se ve obligada á *promiscuar*. Con las obras escritas en catalán, y que no duran un par de noches en el cartel, alternan las del repertorio efectista y más ó menos castellano, que se titulan *La muerte civil*, *Los dos pilletes*, etc., etc. Es, sin embargo, de este teatro el éxito mayor y más justo de la temporada que corre. Y así como en la anterior fué de Ignacio Iglesias la prez del triunfo, granjeada con *La Reselosa* en el Romea, así también en la temporada actual, *La mare etèrna*—obra en la cual el conflicto dramático es el mismo de *Electra*—ha venido á consolidar el justo renombre del joven y ya popular autor dramático, el segundo, después de Guimerá, en la lista chica de los buenos.

Este mismo señor Iglesias, asociado con Enrique Morera, compositor prolífico si los hay, ha iniciado en el Tivoli la descomunal aventura de la fundación del *Teatre líric catalá*. Con tan plausible motivo, hemos visto desfilar por este teatro todos los géneros literarios en que se ocupa la retórica, desde la elocuencia, cultivada por Rusiñol al presentar al público *L' adoració dels pastors*, de Verdaguer, hasta la poesía mística, vaporosa, alada, casi divina que en dicha obra vierte á raudales el gran poeta de *La Atlántida* y de *Canigó*. Sorteando la denominación de *zarzuela*, que es cosa de procedencia castellana, la compañía que trabaja en el Tivoli se titula *compañía de opereta*. Operetas son, por lo tanto, oficialmente, las varias obrillas en un acto representadas hasta hoy, casi todas con música de Morera; pero ¡ay! que el cartel, emancipándose de la compañía, denomina «poema dramático» á *L' alegría que passa*, de Rusiñol; y «elegía lírica» llama á su obra *La Rosom*, el inspirado Apeles Mestres; y «opereta dramática» se titula la *Trista aubada*, de Folch y Torres; y «cuadro plástico con ilustraciones literarias musicales» es el nombre que se da en el cartel á *L' adoració dels pastors*, de mosén Jacinto. Si se busca con un candil, entre las cosas del Tivoli, una obra dramática de verdad, hay que contentarse con *Colometa la gitana*, cuadro de costumbres populares, de Vilanova.

No me parece mal que se reciten desde las ta-

blas plegarias poéticas, elegías dialogadas y hasta discursos forenses, acompañados por violines y flautas; antes bien, se me antoja injusto el no hacer partícipes de la luz cenital de la escena y el vedar este medio de comunicación con el público á muchos autores que, siendo artistas de verdad, carecen de industria para «mover los muñecos». Quizá el teatro de lo porvenir tendrá cabida para todos, y el poeta lírico futuro, recordando á su antepasado de la Edad Media, saldrá con su laúd á las tablas para cantar en dulces trovas sus lances de amor y fortuna... Hoy por hoy, no es así; y no hay más remedio que sujetarse á las pragmáticas viejas, según las cuales, el *teatre lírich catalá* será muy *lírich* por la música y muy *catalá* por la lengua, pero no es, por concepto alguno, *teatre*.

Que existe empero, un teatro catalán, ¿cómo ponerlo en tela de juicio? Existe el teatro de Federico Soler, que sólo en veinte años escribe un centenar de obras, empezando con revistas humorísticas y parodias chocarrerías, continuando con dramas y comedias de campesinos, acabando con dramones como *El compte l'Arnau* y dejando tras sí un verdadero museo de tipos y caracteres de todas las clases sociales, que hablan un lenguaje familiar y plebeyo, creado adrede por el autor en su oposición al catalán arcaico de los Juegos Florales. Abastecedor casi único y director á la vez de un teatro, el de Romea, escribiendo constantemente *pro pane lucrando*, no tuvo Soler otro pro-

pósito que el de lisonjear al vulgo necio que frecuentaba la taquilla; y de ahí la escasa influencia del teatro catalán en la cultura de la región.

Pero al menos en aquel tiempo, en el buen tiempo de *Pitarra*, había dos factores que, aun siendo externos, suelen coadyuvar por modo eficaz al progreso del arte escénico: había crítica y había público; la primera, representada por Ixart, por Sardá y algún otro; el segundo, simbolizado por el espectador de buena fe, que, aunque ayuno de sentido estético, alienta al autor con sus aplausos y se alborozaba y se descuaja de risa cuando algún cómico atolondrado da un tropezón contra la pared ó deja caer sus posaderas sobre la bandeja de requesones, que está, como es natural, sobre un taburete...

Ya no hay nada de esto... y no habiendo crítica que refrene al autor ó que le espolee, el autor campa por sus respetos, é impunemente desbarra; y no habiendo público—porque no lo es, ciertamente, el grupo de *intelectuales* que mutuamente se da bombo—, ¿cómo ha de haber obras dramáticas?...

No es mucho, pues, que en las florestas literarias del Tívoli, de Novedades y de Romea haya que hacer podas y más podas, sin que nos queden, por ahora, á vuelta de un ligero balance de la temporada que aun prosigue, más que dos obras realmente dramáticas: *La mare etèrna*, de Iglesias, y *Colometa la gitana*, de Vilanova.

Las reflexiones de Armengol

¡Cómo!... ¿Será posible?... El gran Armengol, obrero avisado como pocos, y una fiera para el trabajo y un pájaro—de la clase de barítonos—de los coros Clavé; el gran Armengol, un día como éste, un día laborable, sentado indolentemente en su silloncito de la Rambla, como un hijo de casa solariega, como un gandulazo de la burguesía, y cual si en el mundo no existiesen fábricas, ni talleres, ni hornos... Olor de huelga me da en la nariz; huelga hay sin duda, y muy justa debe de ser cuando este filósofo, cuando este héroe del buen sentido toma parte en ella...

—Comprendo—me dijo—la extrañeza de usted. ¿Que por qué estoy aquí? Desde hoy comienzan las vacaciones, que han de durar por lo menos semana y media. Tenemos permiso para visitar la Exposición de París. Los de la Asociación de los coros de Clavé saldremos mañana por mar, para Cette, en un vapor que hemos fletado; y de allí á París en el tren, en medio minuto, cantando y bromeando. Siete días mal contados únicamente estaremos allá,

y en ese tiempo ya verá usted... Ya vendrán aquí noticias nuestras...

—Lo leí en los periódicos y aplaudí la idea. París, que comprende todo lo grande y que gusta principalmente de lo original y típico, os recibirá bien. Allí seréis con vuestros coros la personificación del pueblo catalán, trabajador y artista. Contad allí la interesante historia de José Anselmo Clavé, el que os ilustró y emancipó y el que hizo el milagro—que decía el escritor—«de pegar unas alas tan poderosas, y al propio tiempo tan vaporosas y delicadas como la música, á los hercúleos hombros de un pueblo de ciclopes encorvados sobre la materia». Y triunfaréis en toda la línea, para gloria de España.

—Lo espero así. Daremos por lo menos dos grandes conciertos. Y al lado de las canciones populares, como *Los Xiquets de Valls* y *Flòrs de Maig*, de Clavé, tan queridas para nosotros, pondremos en el programa lo mejor de Millet, el director del *Orfeó Catalá*, y lo más hermoso de Nogueras, Nicolao y Vives. ¿Conoce usted la *Pregaria á la Verge del Remey*, de Millet? ¿Ha oído usted alguna vez *L'emigrant*, de Vives?... Y por si esto no fuese bastante, ya nos oirán el *Credo* de la misa del Papa Marcelo, de Palestrina. Y hasta las Ramblas llegará el eco de los aplausos de París...

—Y después del triunfo, orgulloso y contento, se restituirá usted á su taller para ser como siempre la víctima, el siervo...

Armengol se detuvo y sacó del bolsillo de la blusa la petaca y la pipa. Pasábamos entonces por enfrente del palacio del marqués de Comillas. Yo imaginé que iba á escuchar alguna cosa referente á la condición del trabajador bajo la dictadura de las grandes empresas; pero no fué así. Armengol, volviendo á caminar y echando más humo que la chimenea de una fábrica, me dijo con retintín burlón:

—¿Es usted por casualidad redactor de *La Piqueta*, ó de *El Antecristo*, ó de *La Venganza de los Desheredados*? ¿Por qué habla usted de *víctimas* y de *siervos*, aludiendo al trabajador? Ya se conoce que viene usted de otros países menos democráticos que éste. Yo he visto, en efecto, fuera de aquí, picapedreros ganando un jornal de medio duro y trabajando, en el mes de Agosto, bajo un sol de plomo que les derretía los sesos. Yo he visto fuera de aquí pobres mozos de cuerda, valetudinarios y hambrientos, cargando sobre su espalda pesos enormes y trepando así, encorvados, hasta un quinto piso. No hace esas cosas el trabajador catalán. Aquí no somos bestias de carga. Aquí el picapedrero, con su jornal de cinco pesetas, trabaja en verano bajo un toldo que le defiende del sol, y el *faquín*, por pobre que sea, posee su carrito...

—Son ustedes, por lo visto, amigos de la comodidad.

—Somos hombres, no bestias. Podrán explotarnos, pero no envilecernos. Y para explotarnos ya

tiene el patrono que andarse listo. Por lo que respecta á Cataluña, y sobre todo á Barcelona, riase usted de los apóstrofes exagerados de los Jeremías del socialismo... En ese teatro...

Habíamos atravesado, con buen compás de pies, la plaza de Cataluña, y entrando por el paseo de Gracia teníamos á la derecha el teatro de Novedades. El ruido lejano de la orquesta, que ensayaba una ópera, llegó á nuestro oído...

—En este teatro —continuó Armengol—, en los mitins de la clase obrera, he oído yo la narración de cosas terribles, que ya no ocurren, por fortuna, desde hace tiempo. Y el orador que más peroraba era un tipógrafo muy conocido, que gana por lo menos treinta duros al mes imprimiendo libros que no producen á sus autores, en un año de venta, esa cantidad. Pero el discursito—eso sí—, ¡qué sentimental!...

Y ¡con qué diligencia lo extractaba, encorvado sobre sus cuartillas, el pobrecito *reporter*! Y ¿cuánto cobra al fin del mes el noticiero mejor vestido de cualquier diario de aquí y de los de más circulación?...

—Un dineral; los que tienen *firma*, los que presumen de literatos, suelen cobrar hasta quince duros...

—Pues ya ve usted. Yo no soy *intelectual*, como ahora dicen, y gano el doble. Como grabador en una fábrica de estampados, nadie me quita mis cinco pesetas. Una usted á éstas las tres que

me trae á la casa mi esposa, una *nòya* robusta y fuerte que se pasa nueve horas al día en La España Industrial manejando su huso en la sección de hilatura. Y no paran aquí los ingresos. El puñado de pesetas ganado por mí y mi mujer, se aumenta todos los días con una peseta más: la que percibe mi hija mayor trabajando como *aprendiza* en el mismo sitio que su madre. Total, nueve pesetas diarias, sin contar el producto de los conciertos: lo bastante para comer, cubrir con un trapo las carnes é ir al teatro los domingos. Además, mi *pubilla*, que es alumna y muy aprovechada de una de las escuelas dominicales sostenidas por el Centro del Apostolado de la Oración, ha ganado este mes un premio, el cual consiste en un traje completo...

—Permítame una interrupción: ese Centro del Apostolado de la Oración paréceme cosa de la Compañía de Jesús. Me extraña. El obrero catalán, ¿no es librepensador?...

—Lo fué hasta hace poco. Hoy nos es del todo indiferente la cuestión religiosa. Y si en nombre de Cristo ó de San Ignacio se nos protege y ayuda, ¿hemos de rechazar neciamente la protección?... Las profesoras de la escuela dominical á que asiste mi hija son señoritas de la mejor sociedad de Barcelona, que se complacen en prescindir de sus paseos y diversiones, para dedicar las tardes de los días festivos á la instrucción de las pobres hijas de los obreros. Y ¿hemos de ser tan mal agradecidos,

tan mal criados, que contestemos á puñetazos a esos favores?

Acostándome á su opinión, iba á responderle, cuando dos mocetones de blusa, que venían en dirección contraria á la nuestra, nos detuvieron para saludar á Armengol. Eran sus amigos, sus socios del Ateneo, sus compañeros en los coros Clavé. Prestaban sus servicios en una fábrica que estaba en huelga, y ellos, contentos, tranquilos, sin preocuparse del garbanzo, asían de los cabellos tan buena ocasión para ir á la playa á refrescarse la piel. Fondos para resistir, para imponerse, para triunfar, les sobraban... El obrero catalán—ya se sabe—es sobrio y no visita las tabernas ni empeña la camisa para ir á los toros. Y por otra parte, las federaciones obreras, bien nutridas y vigorosas, están ahí para domeñar la soberbia de los patronos...

Armengol, hombre de orden, desde la altura de sus nueve pesetas, hubo de decirles, con cierto énfasis, muy juiciosas palabras. No era conveniente el abusar. El capital y el trabajo no debían reñir, sino ayudarse mutuamente. Orden, mucho orden; y sobre todo, no dar pretextos para gallardearse al gobernador; no meter el cuerpo bajo las patas de los caballos de la guardia civil... Y esto dicho, y después de estrecharles la mano, siguiendo él y yo la interrumpida caminata, me habló así:

—Me alarma la ligereza de estos muchachos, que no discurren, que no tiemblan, como yo, ante

el porvenir del obrero. El invierno próximo se presenta amenazador. Muchas fábricas están en vísperas de disminuir considerablemente su producción, y otras no tendrán más remedio que cerrar sus puertas. Y el mal me parece irremediable.

—Y ¿cuál es el origen de la crisis?

—La crisis fabril tiene por origen el aumento de la producción durante el año anterior, verdadero período de abundancia, que pasará á la historia de la industria catalana como un hermoso sueño de color de rosa. El despertar ha sido triste. Ahora empiezan á notarse las consecuencias fatales de la pérdida de las colonias, que si bien á raíz de la guerra no hirió muy hondamente la industria catalana—gracias al aumento ficticio de la demanda en los mercados interpeninsulares—, hoy surte los efectos que lógicamente eran ya entonces de prever.

»La repatriación llevó una pasajera actividad á los mercados españoles, y esto, que todos consideramos en aquella época como un beneficio, es la causa fundamental de la crisis de hoy. Aumentaron los pedidos, y los fabricantes, deslumbrados por los centenes de los repatriados, adquirieron maquinaria, no reparando en el aumento que experimentaron las materias primas; y aun es más: creyendo que la elevación de precios iría acentuándose, acapararon grandes cantidades de algodón. Y tres meses después se inició la baja en el precio de las materias primas, sin que fuese posible á los que

habían hecho considerables provisiones disminuir el costo de los géneros.»

—Y los viajantes que regresan de sus excursiones por provincias, ¿traen esperanzas?...

—Los viajantes traen en sus carteras la mayor prueba del error sufrido. Del engaño del productor participó en parte todo el comercio español. El comerciante aprovisionó antes con exceso, y hoy, asustado por la disminución de la demanda, reduce los pedidos. Y entretanto, tiene usted en las fábricas multitud de máquinas que no funcionan y tributan mucho, y montones de balas de algodón y de lana en los almacenes, compradas un 25 por 100 más caras de su valor actual.

El paseo comenzaba á fatigarnos. Aunque el sol se escondía, soñoliento y poltrón, tras un picacho de la sierra, el calor era sofocante... Armengol hizo una pausa para enjugarse el rostro con su enorme pañuelo. Después, alzando sus manazas, duras, pero hábiles y acostumbradas á dibujar sobre el acero, encaróse conmigo y exclamó:

—¡Cuba! ¡Cuba querida y muerta para nosotros! ¡Hija de nuestra alma! ¿Quién fué el imbécil que te perdió?

—Yo no fui, amigo mío.

—Cualquiera que haya sido, ¡maldito sea!...

En esto, él hablando y yo oyendo, dimos con los huesos en la ex villa de Gracia. Y hubiese seguido el buen Armengol charlando á roso y velloso, á no haber llegado al Ateneo Obrero, donde le

dejé y donde le volveremos á encontrar á su regreso de París, para que nos narre sus aventuras—dignas seguramente de ser contadas—y nos dé pormenores del exitazo—indiscutible, por supuesto—de *Los Xiquets de Valls...*

El doctor Robert en el Ateneo

Con nobilísima intención, con pomposo programa, para difundir conocimientos, propagar ideas, estudiar las necesidades de Cataluña y buscar, discutir y plantear, en la medida de lo posible, los medios de satisfacerlas, hubo de fundarse, allá por el año 1860, el Ateneo Barcelonés. Creado á imagen y semejanza del de Madrid, que ya existía desde 1835, aunque la diversidad de los tiempos y la diferencia notable que existe entre ambas capitales le dieron carácter distinto, á la larga ha pasado por las mismas vicisitudes, y después de etapas, no muy frecuentes, de actividad y de brillantez, no es, á la hora de ahora, casi más que un centro de lectura, de conversación y de estudio, donde se puede, además, si lo pide el cuerpo, tomar café ó echar una partida de carambolas. En resumen: un casino más del jaez del Círculo del Liceo, pero sin los *prohibidos*, y bien presentado, con empaque y con lujo, que para eso hay fondos, y éstos se administran hábilmente.

Hábilmente digo, y no lo digo á humo de pajas... Los miembros de la Junta directiva suelen manejar los fondos sociales con el ojo avizor, la inteligencia y el ahinco que podían tener si se tratase de su hacienda propia.

Barren para adentro, y no tan sólo en las cuestiones de gobierno interior de la casa, sino también en las cuestiones políticas. Diríase, al oír las conversaciones de la *cacharrería*—que la hay, sí señor—, que Cataluña, honra y prez de España, es de ellos solos... Desde que el catalanismo tomó vuelos, desde que empezó á remozarse la lengua histórica en el Ateneo, se custodia el preciado libro de Confucio. De esa bulliciosa cacharrería, donde se confunden mozos y viejos, los primeros predominando, suelen salir las invenciones de los sellos catalanistas, los Mensajes al rey de los helenos ó á Krüger y los telegramas bravucones que se dirigen de vez en cuando á la reina para protestar—con razón, eso sí—de cualquier barrabasada del Gobierno central, como salen también los hurras con que se jalea desde el balcón á los personajes á quienes las *tontolatrias* de la multitud gradúan de Fivalleres de un momento, y los cuales, una vez cumplida su misión, van á doctorarse al Ateneo, que les recibe bajo palio, y les da, en la primera renovación de cargos, la presidencia. No de otra suerte se la han granjeado, entre otros, el famoso Almirall, autor de *Lo catalanisme*, y el arquitecto Doménech, *Deus ex machina* de *La Veu*.

Ahora ha tocado el turno al doctor Robert, personalidad distinguidísima en asuntos de ciencia, y en cuya noble vida de trabajo y de estudio hay tres etapas: la primera, anterior á su nombramiento para la alcaldía de real orden, época en la cual era tan sólo un excelente catedrático de Patología médica y un galeno de envidiable reputación y que gastaba coche y cobraba modestamente un duro por cada visita; la segunda—fresca todavía en la memoria—cuando, rebelándose contra el Gobierno que le había dado la alcaldía, se hizo ídolo popular y *company de causa* de los gremios en sedición; y en fin, la tercera, y que ojalá sea la última, en que, volviendo sobre sus pasos y arrinconando, tal vez para siempre, el empolvado maniquí del efectismo oratorio, usa la lengua castellana para escribir en *La Vanguardia*, recomienda á los suyos, desde el sillón presidencial del Ateneo, el *suaviter in modo*, y parece como que quiere desasirse, sin renunciar, empero, á su dogma, de las rapantes uñas del radicalismo desahorado.

Es un trabajo luminoso, sereno, escrito con claridad y corrección, y que hace recordar los de Spencer. Su tema es «La célula social», que el doctor define en las siguientes palabras, por mí traducidas—no sé si acertadamente—del catalán:

« Grande es la semejanza que puede establecerse entre el organismo y la vida del hombre, consi-

derado como ser individual, y la vida y el organismo de cualquiera de estas grandes agrupaciones humanas que constituyen una nación. El hombre, considerado en el concepto de su conformación física, á pesar de la multiplicidad de órganos que lo componen, no es más que una inmensa federación celular. La nación, en el concepto orgánico, no es otra cosa que una inmensa agrupación de hombres, los cuales vienen á representar, respecto del conjunto, una manera de *Células sociales.*»

Después de estudiar, en hermosas síntesis, el estado actual de las naciones europeas, se detiene en España, cuya intelectualidad juzga deficiente, no tanto por la pobreza del Erario (tan espléndido para el sostenimiento de otros organismos de escasa ó ninguna utilidad), como por la viciosa organización del sistema de enseñanza. Sobre este punto, comparando con el inglés el régimen escolar español, hace atinadas consideraciones, fruto de su experiencia pedagógica de veinticinco años de Universidad.

El cuadro que traza el doctor de la intelectualidad española, no puede ser más sombrío. Para él, en la decadencia de nuestra *célula social*, han influido singularmente la falta de adaptación al medio europeo y al régimen político y administrativo que ha imperado en España. La dolencia, según el doctor, se llama ignorancia, escepticismo, anemia moral. Con fuertes dosis de descentralización,

impuesta por la misma Naturaleza al crear las razas heterogéneas que pueblan la tierra peninsular, el enfermo, recobrando el vigor perdido, se pondría como un roble...

Y cerrando con llave de oro el discurso, dió á sus paisanos estos discretísimos consejos:

«Por el pronto, los catalanes, particularistas, individualistas, hombres prácticos, con iniciativas propias, con acometividad, con hábitos de trabajo, con sentimiento artístico refinado, de costumbres morigeradas, con un idioma seco, incisivo, viril, que traduce fielmente el pensamiento, reñido con toda divagación teórica, y sobre todo con esta fuerza ostensible de asimilación de todo lo que es progreso, tendremos que depurarnos de los defectos que nos perjudican á nosotros mismos y que nos hacen estar malquistos de los habitantes de las otras regiones de España.

»Conocemos perfectamente el *fortiter in re*, pero no sabemos manejar el *suaviter in modo*; seamos menos ásperos en la forma. No rechazemos; atraigamos. Orgullosos de nuestra personalidad, orgullo noble y elevado al que debemos rendir culto, no deprimamos á los demás; al contrario, seamos un imán de atracción para nuestros adversarios, para que vengan á comulgar en nuestra iglesia. Acordémonos de los centenares de españoles que han venido á nuestra tierra y han contribuido á nuestra riqueza y prosperidad; seamos particularistas, sí, pero no enemigos de la asociación mutua, que une

fuerzas y voluntades para mejor resistir en las batallas de la vida.»

Y así terminó el doctor Robert, *en mitj de grands picaments de mans*, á los cuales uno los míos, deseando que perseverere en esa actitud y que sus paisanos le oigan.

El apóstol

No; no se han acabado todavía los enamorados de Dulcinea, los caballeros del ideal. Aun existen en esta época metalizada en que nos ha tocado vivir, algunos espíritus generosos que, con tenacidad siempre entusiástica, se apasionan por las ideas, que sueñan y aman, y que, luchando si es preciso unos contra otros, van preparando lo porvenir. Son estos apóstoles, quizá estos mártires, otros tantos agentes de la evolución social de hoy y de mañana. Asistimos en este instante á una extraña leva de hombres.

El mundo, atónito, contempla este buen combate en que las inteligencias superiores discuten elocuentemente acerca de la perfección futura y de la justicia presente. Realmente, los hombres imparciales que permanecen en la orilla, que no se lanzan á la lucha apasionada de los partidos, suelen conservar una opinión más equitativa de los sucesos. Mas ¿quién prepara estos mismos sucesos, sino los que se hacen los actores de este drama inmenso y formidable en que toman carne las

ideas? Los unos son los historiadores; pero los otros son los factores de la Historia; los unos cantan la epopeya humana, los otros la realizan; los unos aman á lo divino, á Dulcinea; los otros la poseen en cuerpo y alma.

He tenido el honor de visitar á un impenitente soñador, á un profeta pacífico, á un apóstol de la buena nueva. ¿Su nombre? No quiere él que se publique. Pero es un hombre joven aún, de cabellos largos y revueltos, de rostro pálido y ascético, que comprime su vasta frente con sus dos manos, y fijando en mí sus vivos ojos, me dice:

—Aunque me ha encontrado usted leyendo á Tolstoi, nosotros no admitimos sus ideas sino de una manera general, lamentando que sean un poco vagas para el pueblo, porque, en nuestro sentir, para comprenderlas bien son necesarios muchos meses de estudio filosófico; en una palabra, el terreno intelectual tiene necesidad de preparación.

—Entonces, ¿qué sois? ¿Cuáles son vuestras ideas? ¿Á qué objeto tendéis? ¿Sois socialistas?

—Ni mucho menos. Somos libertarios, *anarquistas cristianos*.

—¡Ah!

—Sí señor. Somos de aquellos que esperan impacientemente la *Tierra prometida* de que habla el Evangelio, sociedad futura donde reinará la justicia y donde no habrá ya ni dolores, ni lágrimas, ni duelo, porque todas las cosas de lo pasado habrán desaparecido.

—Y ¿con qué medios contáis para combatir lo que llamáis las «iniquidades sociales»?

—Con la realización del Evangelio íntegro, espiritual, moral y social. ¿No comprende usted?

—Confieso que...

—Va usted á comprender. Siendo anarquistas, pero cristianos, no reconocemos acá abajo más que un solo Maestro: Cristo.

»Combatiremos la explotación, cualquiera que sea; la limosna, por consiguiente; la guerra ó el homicidio legalmente organizado, porque Cristo ha dicho: «El que se sirva de la espada, perecerá por la espada.»

»Este mundo bendito no volverá á ver á un reducido número de hombres poseyendo todo el *comfort* deseable, mientras la multitud, mal vestida, se amontana en albergues malsanos, sin aire, y se nutre con alimentos adulterados.

»Suprimiremos la minoría que posee ó gana gruesas sumas enfrente de la mayoría que vegeta, y nos esforzaremos por destruir el clericalismo, ó mejor dicho, el espíritu de intolerancia, de opresión y de fanatismo religioso.

«Amarás á tu prójimo como á ti mismo», ha dicho Cristo; y precisamente porque amamos á nuestro prójimo es por lo que combatimos el alcohol, la inmoralidad, la impureza, el juego; en una palabra, todo lo que degrada y envilece al ser humano.

»No puede haber organización social sin moral, y

no puede haber moral sin bases espirituales. Nuestra base espiritual es el Evangelio íntegro. Discípulos de Cristo, creemos que él apareció para destruir, para aniquilar las causas y los efectos del Mal.

»Cristo resucitado—porque yo creo en la resurrección—nos ha facilitado el medio de vencer al Egoísmo y á la Muerte...»

—Vamos... Sois un apóstol. Vuestro acento, el calor de vuestra palabra, prueban la tenacidad de vuestra convicción; pero es igual...

—Según eso, ¿no está usted convencido?

—No mucho. Lo que acabáis de decir es muy hermoso... teóricamente: la igualdad social, la posición colectiva, la práctica del altruismo, el mal destruído, el orgullo aplastado... ¡Bah!

—Nuestra tarea será difícil. ¿No lo cree usted?

—Lo temo mucho.

—Es usted periodista, y sin embargo, no lee los periódicos. Esta mañana *El Liberal* ha traído el telegrama: «El Congreso de la paz, reunido en Milán, votó ayer una moción importantísima, encaminada á que se forme inmediatamente una gran federación internacional europea.»

Quise replicarle. Quise hacerle ver palpablemente su extraña locura... Quise burlarme de la tal federación europea... Pero no me atreví... La fe de aquel hombre, tan vigorosamente convencido, avergonzaba mis escepticismos, mis desalientos, mis desconsuelos de pesimista que ha llegado

demasiado tarde á un mundo demasiado viejo, y que ya no cree desde hace tiempo en la tierra de promisión. No me atreví á contradecirle ni á escucharle más tiempo; y mientras el apóstol, al conducirme hasta la puerta, saltaba por encima de su biblioteca, desparramada sobre los ladrillos de la habitación, le agradecí con frase atenta sus declaraciones, más hermosas que las de un ministro, y por de contado, más sinceras...

Candidatos

Al hojear la prensa de provincias, he topado con un buen artículo de don Nicolás Estévanez, en el cual el escritor demócrata y el más sincero y más honrado de los publicistas, dice lo siguiente:

«Como patriota, sentiría que Cataluña se desprendiera de España; lo sentiría también por no ser esa la aspiración del pueblo catalán; pero lo lamentaría, principalmente, por lo doloroso que sería ver á Cataluña, tierra de hombres libres, convertida en monarquía minúscula.

»¿Que por qué hablo de unas cosas tan intempestivas?... Porque es sabido en Europa que hay candidatos al trono eventual de Cataluña; más de dos y más de tres.»

No hay que reirse de estas cosas... No hay que creer tampoco que la alusión va enderezada á don Eusebio Güell. Aire de majestad sí tiene, y unas barbas frondosas que le dan cierto parecido con Wifredo el Velloso; pero no es príncipe, ni catalán, ni aragonés, ni tiene en la isla de sus progenitores á ningún conde soberano. En todas las na.

ciones europeas hay un gran número de príncipes y principillos, de princesas y grandes duques, que todos aspiran á ceñirse una corona. Y así como en las familias vulgares ó burguesas piensan los padres en dar carrera á los hijos y en casar á las hijas, las familias reales ó imperiales siempre están pensando en levantar nuevos tronos para los *bebés*. Ya hay candidatos á los futuros y problemáticos tronos de Hungría, de Polonia y hasta de Túnez. Para Cataluña, según Estévanez nos dice, «hay más de dos y más de tres»; pero ninguno es don Eusebio, porque éste no es príncipe.

Produce asombro el observar que, en tiempos tan positivistas, los soñadores, los ilusos, abundan tanto. El célebre Aladro, candidato á un trono que no existe, al trono albanés, no es, por cierto, el único español que reivindica una corona puramente fantástica. Aun no hace mucho, hemos leído Manifiestos solicitando nada menos que el trono de Francia.

Fuera de España, no se diga. Muchos recuerdan en París á aquel Oscar Sanchi, que desempeñaba humildemente la administración de un revista. Á primera vista, no se diferenciaba al hombre del montón de empleados que buscan anuncios, firman recibos y sostienen la vida de un periódico con su actividad y su talento; se le miraba con curiosidad luego de saberse que había sido en su primera juventud consejero de una corona. ¿De una corona? La de Araucania nada menos.

Antonio Orelia I había sido abogado en Perigueux. Su nombre verdadero era Fonneus. ¿Cómo resultó monarca, elegido por aclamación, del país de Araucania, hoy provincia de Chile y á la sazón comarca libre, con 100 ó 200 habitantes, situado entre los Andes y el Océano? Sanchi lo explicaba. Orelia no fué, ni mucho menos, un rey perezoso. Se batió con coraje á la cabeza de su pueblo contra los chilenos. La suerte dispuso que el caudillo cayese debajo. En Europa lo más frecuente es que los reyes derrotados abdiquen la corona. Lo mismo ocurre en Araucania, y así se le hizo ver al pobre Orelia.

Vencido, echado del país que meses atrás no había tenido para él más que aplausos y vítores, el pobre monarca tomó el camino de Marsella, donde obscuramente falleció de una tuberculosis adquirida haciendo su papel de rey. Oscar Sanchi, cortesano del infortunio, le visitó en el hospital, donde, pobre como las ratas, se le había recogido. Orelia, agradecido á Sanchi, hubo de recompensar á su ex ministro con una honrosa distinción, la más alta de que había podido disponer: le confirió el Collar de Hierro. Este collar servía á Oscar Sanchi, cuando era administrador de la revista, de prensa-papeles.

Mayrena, el célebre Mayrena, fué también de esos soñadores. En París, en el bulevar, era popularísimo. Apenas se sentó en el trono, apenas fué rey de los *fedangs*—una tribu del Norte del



Tonkin—, Mayrena trocó el nombre de sus padres por el de Juliano I, que le parecía más prestigioso. Juliano fué víctima de una ambición desaforada: pretendió ser reconocido como monarca de verdad por las cortes de Europa. Se puso en camino, y comenzó por Francia su diplomática *tournée*. Pero ¡ay! que las Cancillerías hubieron de cerrarse para él. En todas partes se acogía á Mayrena como á un hombre de ingenio, como á un francés muy agradable; pero sin querer tratar con Juliano I. Al restituirse á sus Estados, sus súbditos, en rebeldía, le quitaron el cetro. Y el rey de los *fedangs* volvióse á Paris, tan Mayrena como antes.

También hemos tenido á Harden-Hickey, periodista viajero, de los que dan la vuelta al mundo. Casó con la hija de un millonario yanqui, á la que salvó la vida en Nueva York. Viajando con rumbo por los mares de América, y habiendo hecho escala en Trinidad para reparar una avería del buque, hubo de preguntar quién era el amo de tan hermosa tierra.

—Nadie—se le contestó.

—Bueno. En ese caso es mía.

Cumplió su palabra. Algún tiempo después Harden-Hickey volvía con soldados, obreros, colonos... Se instalaba en la isla, proclamándose rey con el nombre de Jaime I. En la semana primera Jaime, hecho un monstruo de actividad, dió á su pueblo una Constitución, fundó una aristocracia, instituyó una Orden. Pero Inglaterra estaba alerta.

Reivindicó la isla, que hasta entonces no había sido de nadie, y campechanamente se la apropió. Harden-Hickey, desposeído, tuvo que batirse en retirada. Y no pudiendo soportar la nostalgia del trono, en un hotel de Nueva York se saltó la consabida tapa...

Son muchos, son muchos los que ocupan sus ocios presentando su candidatura para primeros magistrados de una nación cualquiera, y que á veces no existe. Jacobo I, el emperador del Sahara, con capital en Troya, no será el último. He tenido el honor de conocer á más de cinco americanos que en el café, á la hora del ajenjo, me han declarado con solemnidad que partían sin demora para embarcarse en Vigo, y caer sobre la presidencia de Nicaragua ó Costa Rica. ¡Las carteras que yo, á pesar de mi insignificancia, me he oído ofrecer!...

Yo siento que España haya perdido el magnífico archipiélago que descubrió Legazpi. Me halagaba esperar que en una de aquellas hermosas islas donde los yanquis no han logrado dominar todavía, hiciesen rey al bondadoso don Marcelo de Azcárraga, que nació por allá y que es lo único que nos queda de tan bellos países. Yo creo que Azcárraga ha nacido para estar en un trono, y que por él dijo el latino: *Tú, Marcellus, eris...*

Y volviendo al trono ó á los tronos de Cataluña: á no detenerse—que no es fácil—el movimiento feminista, no un rey, sino mil van á surgir en

la región. Un hecho lo anuncia: el otro día una insigne escritora, habiendo obtenido el primer premio en los Juegos Florales de San Martín de Provensals, designó para reina de la fiesta á una distinguida dama. Yo creo que si el caso se repite y la *flor natural*—¿no es más natural después de todo?—la sigue ganando el bello sexo, será preciso reformar el ya vetusto reglamento para esos concursos, dando á las poetisas el derecho á nombrar, no una reina, sino un rey, fino, buen mozo y con *posibles*. Así tendrían colocación una multitud de príncipes, candidatos á tronos europeos, y de añadidura las poetisas trabajarían ahincadamente y con más ilusión...

A la ex gobernadora

Lo sé, amiga mía; no habéis podido figurar en la última combinación. Y eso que oportunamente hubisteis de hacer al general el fino obsequio de un canario, único en su género, y que enviasteis á Su Excelencia en jaula riquísima, con sus iniciales y todo. No pudo ser; una rival odiosa, amiga de don Bernabé, se os había anticipado en los obsequios, enviándole una buena faja, modelo admirable de ortopedia, para disimular la barriga. Y calzóse la muy indina el gobierno que estaba reservado para vos, ó por mejor decir, amiga mía, para el varón prudente cuyo nombre lleváis. Yo os doy, emocionado, el pésame, y os aconsejo que os digáis, pensando para consolaros en la vanidad de los honores: «¡Para lo que había de durar!...»

Gobernadora... Á excepción de la viuda de Fernando VII, nadie lo ha sido; pero si oficialmente no, si de derecho no, de hecho hemos tenido, y por docenas, gobernadoras distinguidas, vos, señora, entre ellas... Lo fuisteis, y aun se recuerda en la

provincia vuestro talento diplomático, vuestras iniciativas de buen tono, vuestro admirable don de gentes. Lo fuisteis; pues ¿con qué otro fin, si no con ese, aceptasteis la mano de aquel chico que, aunque ambiciosillo y avisado, no tenía, empero, rentas para esperar tranquilamente y sin impacientarse nunca el fruto de su asiduidad en las tertulias de la corte? Vos le disteis, para vencer, la confianza en el éxito, la confianza que nace del garbanzo seguro; y él os dió, en cambio, no muy tarde, un coche oficial donde lucir vuestros sombreros por los paseos aristocráticos de la capital de la provincia.

¡Qué tiempo aquel, amiga mía! En la provincia bienhadada, donde aun se recuerdan vuestros trajes y vuestra exquisita distinción, fuisteis la colaboradora preciosa y siempre indispensable de vuestro marido: era él la mano de hierro, vos el guante de terciopelo; era él el Estado, vos la provincia; él la monarquía, vos la *República*, sin segunda intención y del modo que la definía en 1874 un personaje célebre...

Tuvo gran fortuna en aquel tiempo el gobernador *consorte*, como las gentes le llamaban; porque si es verdad que *es preciso que un gobernador sea casado*, no es menos verdad que únicamente un pequeño número de damas, como si dijéramos un *élite*, da madera de gobernadoras.

Se puede ser inteligente, tener exquisita educación y resignarse difícilmente á estar recibiendo

todo el año visitas empalagosas de las señoras de los funcionarios que tienen derecho á ser amigas de la esposa del gobernador, y que están en la famosa *lista* que guarda el conserje del gobierno civil. Y no es que sea imposible encontrar entre ellas relaciones muy agradables con que formar el consabido *pequeño núcleo* de toda capital de provincia, donde las gentes distinguidas, como los pasajeros de un vapor en una larga travesía, se agrupan para consolarse del fastidio común, lamentando un día y otro que las exigencias administrativas obliguen á una á vivir desterrada de la corte, sin oír jamás un buen tenor ni asomar jamás el gentil busto en las tribunas del Congreso. Relaciones muy agradables con que formar el consabido *núcleo*, hay siempre en provincias. Mas no es lícito á una gobernadora el dejarse guiar por sus preferencias personales. Hay que cultivar, singularmente, con tacto, con mimo, al señor que ejerce de cacique, y que á veces es un palurdo que no sabe ni vestir el frac...

Y en esto de la habilidad para tratar á las personas, conquistando su afecto, nadie como vos, amiga mía. Cuando el pastel electoral reclamaba la ayuda de vuestros lindos dedos, aquella era labor de filigrana... Ni vos ni vuestro respetable esposo habréis olvidado aquel banquete celebrado con el pretexto del cumpleaños de Su Majestad. ¡Qué espaldas tan esculturales! ¡Qué seno tan alabastrino! Á vuestra derecha, el general, de gran

uniforme y con el pecho convertido en calvario; á vuestra izquierda, el presidente de la Excma. Diputación, un elegante de la localidad, aunque con el vicio de beber. Enfrente, el gran hombre, el gobernador de la provincia, con el cacique á su derecha. Siendo entre aquella multitud de hombres la única mujer, fué de admirar la delicada ciencia, el encanto imperioso con que aquella noche presidisteis, salvando la candidatura del hijo político del ministro de la Gobernación. Y cuando el elegante presidente de la Excma. Diputación, según costumbre en él añeja, se deslizaba de su silla para caer debajo de la mesa, ¡con qué oportunidad le sostuvisteis en perfecto equilibrio, ejemplo vivo de que puede haber, aun entre el gremio de gobernadoras, hermanas de la caridad!...

Y ¡qué serenidad, qué presencia de espíritu cuando viendo que el gobernador, en el momento de brindar, olvidaba el discurso que había tomado de memoria (no se explica que vuestro esposo, hábil político, administrador de primer rango, no sea orador), os levantasteis del asiento, cogiendo el brazo de la autoridad militar de la provincia y fingiendo creer que la autoridad civil había terminado! «Pero si no he concluído, mujer...», os hacía observar vuestro marido. No importa. En aquel instante solemne, supisteis cumplir vuestro deber, vuestro deber sagrado.

Se os adoraba en la Diputación, en la Delegación de Hacienda, en las alcaldías de barrio. Hasta

en el palacio del obispo se os quería bien. Con vuestra gracia soberana conquistasteis á Su Ilustrísima. Es la misión delicadísima de las señoras gobernadoras, mientras no se separen el Estado y la Iglesia, la de servir de lazo de unión entre el uno y la otra, representando gallardamente el Estado en la Iglesia. Ganasteis también la batalla eclesiástica, y habéis logrado lo que pocas: sentar á vuestra mesa á un obispo. Aquella inolvidable noche sacrificasteis con heroísmo vuestras espaldas esplendentes, armonizando vuestro traje, austeramente pudoroso, con el modesto color violeta del traje episcopal. Y ¡para don Bernabé no es nada un sacrificio como éste!

¿Queréis saber por qué motivo yo no me resuelvo á declararme feminista de profesión? Porque eso de que en nuestra España sólo puede ser una mujer ó estanquera ó reina, se me antoja una filfa. Por dondequiera que he pasado y he visto cosas, siempre observé, detrás de un hombre, mandando una mujer. He visto mujeres *diplomáticas*, mujeres *generalas*, mujeres *ministras*, mujeres, como vos, *gobernadoras*; mejor dicho, como vos ninguna, gobernadora mía...

El domador en peligro

Con voz que parecía un sollozo, todas las noches me decía, obstruyéndome el paso:

—Cómprame usted *El Intransigente*.

Pero la otra noche la chiquilla, dándome *La Corres*, me anunció con aire misterioso que *El Intransigente* había transigido, cesando en su publicación.

Pensé en Lerroux... La copa amarga que en los últimos tiempos ha bebido, aun reservaba para él esta gota de acíbar. Se llora la muerte de un periódico que nuestra fe ha engendrado y en el que hemos puesto nuestra vida, nuestra ilusión y nuestra sangre, del mismo modo que se llora la muerte de un hijo. Con la frágil hoja de papel, sepultamos también lo más hermoso, lo más íntimo de nuestra alma...

¡Aquel Lerroux! Yo fui testigo en Barcelona de sus hazañas. El último gesto que allí tuvo, tan famoso como el gesto de Zola en la época del *J'accuse*, hubiese bastado para hundir á cualquiera que

no fuese Lerroux... Se acercaba el momento de las elecciones para concejales. Se aborrascaba el cielo. La candidatura proclamada por los directores del partido había quedado destruída por la escisión de los federales, descontentos de su confección. Se venía encima, á paso de gigante, el día de la lucha y no había nombres que votar. El gobernador sonreía... Ante la hermosa perspectiva de un triunfo barato, se solazaban los catalanistas... Fué un momento de angustia y de zozobra, un *terrible momento*, como canta Raúl en *Hugonotes*. ¿Qué iba á ocurrir en Barcelona el día de la lucha electoral?...

Pero Lerroux se sintió inspirado... Quiso salvar la situación. ¿Para qué sirve al jugador el dinero sino para exponerlo en una carta? ¿Para qué sirve la popularidad sino para jugarla en un momento decisivo? Lerroux tuvo un rasgo. Y en una ciudad como Barcelona, donde tanto culto se rinde á la independencia individual, vistió su uniforme de campaña—hongo, americana y alpargata con espuela—y sin consultar previamente con los candidatos, pero vedándoles la renuncia, por sí y ante sí, lanzó al pueblo una candidatura, acompañándola de una proclama verdaderamente napoleónica, y diciendo en substancia á sus amigos: «¡Ea, muchachos, á votar eso!»

Se puso como un trapo á Lerroux, y no sólo por los monárquicos, sino también por los republicanos sueltos, pocos ó muchos, que exigían el respeto á las formas. Se le llamó, entre otras cosas, empe-

rador, dictador, déspota... Se le censuró con acrimonia, porque además de que el procedimiento era incorrecto y peligroso, el *leader* del radicalismo lo practicó sin necesidad. La alocución al cuerpo electoral, autorizada por su sola firma, pudo llevar muy fácilmente la de sus compañeros los Corominas, los Junoy, que eran los chambelanes respetuosos del emperador omnipotente. Aquella misma alocución, firmada por la Junta provincial, hubiese producido igual efecto que firmada sólo por Lerroux, pero dejando completamente á salvo la pureza de la doctrina. Esto decían á voz en grito los adversarios de Lerroux.

Pero Lerroux—hay que conocerle—es en la prosa de los mitins, de las Juntas y de las Asambleas un enamorado de la belleza artística. Tuvo aquel rasgo porque era un rasgo de valor, y el valor para la multitud es la mejor obra de arte. Es artista en ese sentido, como hay que serlo para el pueblo, cuando el pueblo es el espectador. Es de aquellos que hay que matar cuando el silencio servil es de rigor. Cuando su pluma viril se quiebra, recurren á la palabra. Si se les priva de la tribuna, acuden á la plaza pública. Si se les arrancase la lengua, sus dedos temblorosos cogerían aún un trozo de carbón para trazar en los muros de los edificios la inscripción vengadora...

Haciendo, durante muchos años, este simpático papel, graduóse Lerroux de héroe popular. Pero esto era poco para él. Los caracteres bien templa-

dos gustan de la sensación del peligro... Contra un tirano de verdad, ó sencillamente de guardarropía, cualquiera combate; mas provocar la ira popular, afrontarla y vencerla, juego es, por lo peligroso, digno de un espíritu valiente.

Es el juego del domador. El león, soberbio y vigoroso, está tranquilamente en su jaula. No se contenta el domador con ser su dueño indiscutible. Hay que provocarlo, desafiarlo, obligarle á saltar obstáculos y convertirse en un cordero. Si avanza, si ruge, si se rebela, si se dispone á hundir sus garras en el cuerpo del domador, mientras éste no se amilane, siempre el león será el vencido.

El secreto del domador consiste sólo en no mostrar el miedo.

Este ha sido el juego de Lerroux, juego, en realidad, muy bello, pero también muy peligroso para la causa de la democracia, y por de contado, para él; tan peligroso, indudablemente, que cualquier inglés extravagante, de esos que siguen á los domadores esperando verles algún día devorados por sus fieras, puede, sin perder su tiempo, seguir á Lerroux; porque este Lerroux, tarde ó temprano —y lo deploro sinceramente, pues soy de aquellos que, en la dificultad de matarlo, optan por quererlo— será merendado fatalmente, con alpargatas y todo...

“Patria, fe y amor,,

Han tenido siempre los políticos á su servicio y disposición, para hacerse oír de las gentes, la única tribuna que en España está rodeada de auditorio, bien que no siempre de prestigio: la tribuna parlamentaria. Desde ella hablando, y con el auxilio del fonógrafo de la gran prensa, á los hombres políticos les escuchan hasta los sordos. No contentos con esto, en su deseo de acapararlo todo, se han apoderado también de la poética tribuna de los Juegos Florales, y á las «cortes de amor» se han ido para hablar de los presupuestos y de la cuestión del Concordato. Si por casualidad un literato es nombrado mantenedor en los Juegos, y tiene que soltar un *speech*, ¿qué ha de hacer el hombre? Hablar de política también. ¿No hacerlo así, ¿quién le escucharía, quién leería después su discurso?

Un día—hace ya esto un par de meses—, cuando el Congreso discutía con más empeño y más calor sobre la cuestión que se llamaba de «las jurisdic-

ciones», mi amigo Zulueta, el gran orador parlamentario, me llevó al rincón más solitario del salón de conferencias, y allí, con tono misterioso, con voz queda, me dijo:

—¿Quiénes son, á juicio de usted, los mejores poetas bucólicos del día?

Le miré estupefacto... No acertaba ya á ver en parte alguna á los tales bucólicos. Porque en nuestro tiempo la *bucólica* únicamente la conquistan los políticos profesionales. No sabía yo qué responder. Pero Zulueta se explicó.

—Me han nombrado—me dijo—mantenedor en los Juegos Florales de Castellón de la Plana, y he elegido para mi discurso un tema literario que se relaciona en cierto modo con mis estudios predilectos sobre la Agricultura: los poetas bucólicos del día.

Reflexioné un instante: hice un gran esfuerzo de memoria: pasé revista mentalmente á los ilustres vates que tengo el honor de conocer, y al fin, desalentado, dije:

—Fuera del insigne Apeles Mestres, compatriota de usted y autor de *Idilis*, el único poeta de esa casta de quien tengo noticias, es Moret...

Hemos entrado en el período de los Juegos Florales. Han pasado los de Barcelona, los de Lérida y los de Sevilla, y aguardo impaciente los de Castellón para saber en qué ha parado con sus bucólicos Zulueta. Me temo, sin embargo, que mi amigo, desengañado y mustio, haya dado al fin con su

elocuencia en la prosa de la política. Por si así fuere, le propongo este lindo tema literario: «¿Se debe ó no se debe disolver las Cortes?»

Hay que convencerse: para Juegos Florales, como deben ser y como son aún actualmente en el país donde los inició Clemencia Isaura, no hay ambiente alguno entre nosotros. No lo puede haber, porque en España los Juegos Florales se han salido de quicio. En Provenza, de donde los trajo Cataluña para difundirlos con el tiempo por el resto de España, son todavía una hermosa fiesta popular. La secular institución es una gloria de Provenza, y á su alrededor nacen las flores que se enorgullecen conquistando los maestros del canto y de la lira.

El día de la fiesta es un gran día para Tolosa, que ve reverdecer la hermosa y poética corona que tejieron los siglos. Las flores destinadas como premio de los vencedores en el torneo de la poesía, son bendecidas por la mañana en la iglesia de la Daurade, parroquia de *Dame Clemence*. Los poetas van á buscarlas, acompañados por los músicos y rodeados del pueblo, que sabe demostrar con su alegría el orgullo que tiene en conservar sus tradiciones. El pueblo sigue el estandarte, que ostenta los blasones de Clemencia, para hacerlo flotar al aire libre, bajo un sol de oro, sobre un suelo florido, sembrado de violetas. Y esos poetas que conquistan las flores de los Juegos, suelen llamarse en nuestros días Mistral y Copée, y se han llamado

en otro tiempo Lamartine, Víctor Hugo y Chateaubriand...

En España no es esto: aquí el pueblo no asiste á los Juegos Florales. Aquí es una fiesta por invitación, á puerta cerrada, que sólo interesa á cierto grupo de viejos señores que van para académicos. Las flores que conquistan los poetas, son flores de trapo. La mayor parte de las gentes que asiste á la solemnidad, no va á aplaudir las coplas. Lo interesante es el discurso que pronuncia allí el mantenedor, que es casi siempre un personaje que se buscó entre los políticos y que hace sus *declaraciones*, muy importantes para él y para su distrito electoral.

En Cataluña, por ejemplo, á la hora de ahora, los Juegos Florales me parecen un contrasentido. El país de la industria, de las fábricas y de las huelgas—no me atrevo á llamarle de las bombas—, está condenado todavía á seguir oyendo ditirambos en honor de Berenguer el Grande y del monje Garín...

¿Y sabe el lector cuántas poesías se han escrito este año aspirando á los premios de los Juegos Florales? Trescientas cincuenta y dos poesías, ni una más ni una menos. Según las tradiciones y los cánones, los Juegos Florales se celebran «de Mayo en el primer domingo», dicho sea en verso. Coincidiendo con las del centenario del *Quijote*—coincidencia acaso inoportuna—, Barcelona celebrará sus fiestas de la «Gaya Ciencia», fiestas que ha

satirizado Rusiñol y que á Pepe Ixart no convencían.

Un notable escritor, Sebastián Junyent—ó *Sebastiá*, como él se firma—, decía una vez en *Joven-tut* que la verdadera afición del pueblo catalán es la peseta; que aquí sólo se ocupan del arte unas cuantas docenas de personas; que Barcelona es un pueblo de *cartagineses*, dominado por el mercantilismo y por el afán inmoderado de riquezas, que hace que aquí se convierta todo en mercadería: la religión, el matrimonio, el arte, la poesía, la política, la administración de los bienes comunales, etcétera, etc.

Libreme Dios de repetir, y menos en lengua castellana, las terribles palabrotas de Junyent. El escritor que hablaba de esta suerte lo hacía en catalán y publicaba su trabajo en un semanario catalanista. Tenía bula, por ende, para hablar en rudo lenguaje á sus compatriotas, sin que las exageraciones transcritas pudiesen por nadie calificarse como una prueba de desamor á su tierra. No habiendo nacido aquende el Ebro, no me encuentro yo en el mismo caso, y no puedo de ningún modo escribir como Junyent y aunque como Junyent discurriese.

Pero además, no pienso como él. Apartándome de su opinión—que él sabrá en qué la funda y por qué la tiene—, entiendo yo que en Barcelona, no unas cuantas docenas, sino miles y miles de personas rinden culto al ideal y sienten afición verda-

dera por las cosas del arte. Lo prueba esta literatura secular, que no hubiese podido tomar vuelo en un pueblo exclusivamente mercantil. Lo prueba, además, esa legión, que quiero suponer brillante, de los trescientos cincuenta y dos poetas que esperan, armados con la lira, el próximo certamen. Lo prueban otros mil ejemplos que podría yo citar, sin más que poner á contribución cualquier diccionario enciclopédico. Lo único que, en realidad, no lo prueba, son los Juegos Florales.

Siento tener que lastimar determinados fanatismos; pero entiendo, y he de decirlo, que los Juegos Florales de Barcelona, en los tiempos que corren, son un verdadero anacronismo. Me refiero exclusivamente á los Juegos Florales, tales como los fundó en 1324 don Juan I de Aragón, y los restauraron después, en 1859, Milá y Fontanals, Aribau, Piferrer y otros literatos eximios. De entonces acá, todo ha progresado en Cataluña y todo ha recibido el impulso de las nuevas ideas. Ha habido tan sólo una excepción: la de la fiesta del *Gay Saber*.

¿Á qué necesidad, no ya de la vida moderna, pero ni aun de la literatura misma, responden hoy los Juegos Florales? Podían comprenderse en los buenos tiempos del rey Martín, ó si se quiere, en los más cercanos de la juventud de Verdaguer. Solían hacer á la sazón una reputación á los poetas, por más que esas reputaciones—exceptuando, naturalmente, algunas—no han llegado hasta nuestros días. El gran Verdaguer, payesillo imber-

be, con su barretina en la mano, entró una vez, desconocido, en la Lonja y salió de allí célebre... Pero ¿están muchos en el caso del autor de la *Atlántida*? Y ¡cuántos, en cambio, que constituyen una legión, no podrían citarse fácilmente, que no han debido la más mínima parte de su justo renombre á esos certámenes infantiles!...

Han pasado ya aquellos días en que un premio conquistado en los Juegos coadyuvaba al éxito de una composición ó á la fama de un buen poeta. Los jueces que premiaban las poesías montaban la guardia á las puertas de la Gloria, y nadie pasaba sin su permiso. Esto podía ocurrir en otro tiempo, cuando aparecían menos volúmenes, cuando se publicaban menos periódicos y había menos críticos, y cuando el arte del reclamo—ó más bien, la industria—no había llegado al desarrollo que hoy tiene. Pero ¡en el día de hoy! Á la masa enorme de los libros que salen todos los años de las prensas, responde el número formidable de los periódicos y aun de las revistas. Estos periódicos y estas revistas son los que hacen las reputaciones, sin contar con que el éxito definitivo depende de una multitud de causas, con frecuencia fútiles ó fortuitas, y entre las cuales creen algunos que la intervención de la crítica casi no figura para nada.

Añádase á esto el exclusivismo en lo que á la lengua atañe. En esto ha habido un retroceso notorio. Los *concellers* en 1697 instituían premios para composiciones escritas en *castellano*, en catalán y

en latín. Después de la restauración de los Juegos, Balaguer se oponía á que se proscribiese el castellano; pero triunfante la intransigencia y convertida en arma política la institución de los Juegos Florales, la lengua catalana no es sólo en ellos la lengua oficial, sino también la lengua única. Ha presidido, por azar, el Consistorio tal ó cual escritor castellano; pero jamás, jamás, ningún poeta, ningún prosista castellano pudo tomar parte en los Juegos.

Y esto no es tan sólo contrario á las tradiciones del *felibrige*, que hoy sostiene en París una publicación redactada en lengua francesa, sino contrario á la misma causa que se pretende defender: á la causa de los idiomas y de los dialectos provinciales y locales. ¿Qué piden en Francia los langüedocianos, los gascones, los provenzales y aun los mismos catalanes? Esto tan sólo: que en la Francia, unificada por la lengua francesa, comprendida y hablada por todos los franceses, cada una de las libertades y de las originalidades locales pueda continuar floreciendo en la armonía particular de la lengua que le es propia. No quieren reducir las formas de expresión: quieren aumentarlas. La lengua natal y la francesa se prestan una ayuda recíproca, y ser bilingüe y hablar dos lenguas á la vez no es una desdicha para nadie.

¿No es un dolor que en Barcelona, «el archivo de la cortesía», la aristocracia de la inteligencia no entienda así las cosas? ¿No será un dolor que

Barcelona, «el archivo de la cortesía», el día 7 de Mayo, cuando la nación celebre el centenario del *Quijote*, salga con la inoportuna cantinela de los Juegos Florales, desmintiendo al caballero andante que la llamó cortés?

El lema de *Patria, Fe y Amor*, entendido como lo entienden algunos trovadores del catalanismo, no entusiasma ni mucho menos á los obreros catalanes. La *Patria* que cantan los poetas de certamen, satirizados por Rusiñol, es la Cataluña de la Edad Media, en la que el obrero, sin personalidad política, era poco menos que un paria. La *Fe* que arranca los más dulces acordes á esas liras pasadas de moda, es la fe religiosa, que no ha producido en los que la sienten ninguna iniciativa generosa en favor del obrero. Y el *Amor*, el amor sublime que debe redimir y salvar, no es, cuando pasa por la Lonja, el dulce Cupido de las flechas, sino el murciélago que anida en las torres feudales...

El trabajador de nuestro tiempo, entristecido y preocupado por el problema de vivir, vuelve con soberano desdén la espalda á esas líricas manifestaciones, que se le antojan grandemente ridículas. ¿Qué le importan á él esas fiestas literarias de la burguesía? Mientras los poetas de los Juegos Florales estiran los versos, construyendo redondillas hermosas, de nueve sílabas y media, él estira sus tres pesetas para no morir de hambre. Si por cada sílaba que sobrase en cada redondilla premiada se aumentase al obrero una peseta en el

jornal, haría el obrero un gran negocio. Y así, de paso, la institución de los Juegos Florales granjearía aquello de que está sin duda menesterosa: el calor del pueblo, sin el cual no vive en los tiempos actuales ninguna especie de institución.

Y el amor patrio de ese pueblo no es sólo para el terruño donde nace, sino para la nación á que pertenecemos y en la que todos somos hermanos por la labor común; para la humanidad, en la que todos nos estrechamos por los mismos ideales de libertad y de perfección; y la fe que abriga en su noble pecho, es la fe en el triunfo de esos mismos ideales; y el amor que inflama su espíritu y que da impulso á su inteligencia, es el santo amor al progreso, en virtud del cual cesará la explotación del hombre por el hombre, se iniciará el reinado de la Justicia y se fundará, acá en la tierra, la ciudad de Dios...

Si llega ese día—que no lo espero—, entonces volverán al mundo, ya dignificado y redimido, los poetas bucólicos que perseguía Zulueta, y que seguramente no ha encontrado... porque ya le dije que en el ramo de poetas bucólicos... como no sea Moret...

Mañé y Flaquer

No le conocí personalmente, pero su nombre me era familiar. Cuando empecé á escribir, apenas dejé de ser niño y comprendí mis deberes como ser social y sentí la misteriosa atracción del público, irresistible cuando uno es joven y tiene en el corazón entusiasmo y nobleza, escuché el nombre y aprecié los méritos del esforzado periodista que, á la sazón de edad proveya, ya figuraba, tiempo hacia, en el doliente coro de los mártires voluntarios que en esta sociedad de los egoísmos sin conciencia y de las servidumbres sin rescate hacen de su cerebro lámpara de la multitud, y puestos los ojos en la salud del pueblo antes que en el bienestar propio, saben aceptar y sostener el sangriento cartel de desafío que la fortuna lanza á los honrados y á los justos.

No le conocí personalmente, decía; es decir, no vi nunca su rostro, ni conocí el metal de su voz, ni siquiera vi su retrato, ni recibí una carta suya; pero su carácter, su inteligencia, su corazón, eso

que destaca al individuo del montón humano y le crea una fisonomía y le hace vencedor de la muerte, ¡cómo ignorarlo! Lo que él era, lo que él valía, lo que él significó siempre en esta noble tierra de Cataluña, bien claro se ha visto hoy que ha caído al pie de su obra, en la excelsitud de sus empeños, en el batallar de su vida, en el dolor universal por su muerte...

En tiempos como los actuales, en que vemos tan poco firmes las conciencias y tan prepotente el egoísmo, y en que las gentes políticas, menos propensas al apostolado honroso que á la granjería impúdica, no suelen luchar por lo que aman ni expresar lo que sienten, ese tipo de Mañé y Flaquer, patriota, apasionado, creyente, invencible, viviendo toda una vida de presidiario aherrojado en el trabajo inclemente, y arrastrando un día y otro por el vil calabozo del mundo la pesada cadena de los deberes y de los afanes humanos, trae á la memoria la áurea leyenda de los caballeros andantes, y de aquel, sobre todo, cuyo nombre inmortal en esta edad positivista y para los seres vulgares é inútiles, que Comte llama *productores de estiércol*, ha llegado á ser ridículo mote con que se designa á las almas fuertes, á los enamorados del ideal, á los que defienden al oprimido contra la saña de los opresores; extraño caso de locura, no muy común en los tiempos actuales y de la que están exentos los egoístas, mas sin la cual, inhabitable desierto sería en verdad este mundo.

Caso de esa extraña locura ha sido la larga y fecunda vida del noble escritor. Nacido en 1823 en un pueblo de la provincia de Tarragona, pasó en 1843 á aquella capital para hacer sus estudios. Seis años después se trasladó á Barcelona, á fin de dedicarse á las ciencias naturales y físico-matemáticas. En 1847, después de haber colaborado en muchos periódicos literarios y científicos, comenzó á escribir para el *Diario de Barcelona*, encargándose por entonces de la crítica de las obras dramáticas, siendo muy celebrados los artículos que publicó en aquel diario, por el elevado criterio con que juzgaba las obras, por el tino con que ponía de relieve sus bellezas y por la imparcialidad con que señalaba sus defectos. Era, en fin, un crítico á la antigua usanza, que no insultaba al prójimo ni contaba á nadie, so color de hacer críticas, sus asuntos particulares.

Después de haber sido nombrado en 1849 regente agregado para la sección de Literatura en la Universidad de Barcelona, desempeñó en la misma varias cátedras. En 1853 empezó á trabajar en la sección política del *Diario de Barcelona*, y en 1866 fué nombrado director del periódico. En sus columnas hizo briosa campaña contra el Gobierno Provisional de 1868 y los que le siguieron hasta el advenimiento de la monarquía borbónica. En recompensa á los servicios que había prestado á la causa de la Restauración, el primer gobierno de Alfonso XII le nombró gobernador de Barcelona;

pero Mañé no aceptó el cargo, prefiriendo continuar modestamente sus campañas de periodista.

Sus obras principales son las siguientes: *La Bolsa, sus leyes, sus secretos y sus peligros* (1859); *Historia del bandolerismo y de La Camorra en la Italia meridional* (1864); *La Revolución de 1868 juzgada por sus autores* (1876); *La paz y los fueros* (1876); *El oasis* (1876); *El regionalismo* (1887). La tercera edición de esta última obra se ha publicado recientemente, precedida de un prólogo de don Javier de Ugarte.

Pero el insigne Mañé y Flaquer era, antes que nada, periodista, periodista á la antigua, para quien la prensa era una especie de sacerdocio. Las incesantes transformaciones del periodismo moderno no le afectaban. Durmiendo con sus viejos ideales, como los antiguos caballeros con sus mohosas armaduras, sólo despertaba al rumor de las máquinas de imprimir. Y para él fué la prensa una tribuna de resonancia inmensa; cuando la ocupaba, se rejuvenecía. Se ha dicho que no gustaba de las polémicas, que no contestaba á sus impugnadores. Es inexacto. Huía—es cierto—de discutir con los pequeños; pero su mejor obra, *El regionalismo*, es recuerdo de famosa polémica con Núñez de Arce, á propósito del discurso en que el gran poeta, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, confundiendo lastimosamente el regionalismo con el separatismo, hubo de llamar separatistas á los regionalistas catalanes. Y Mañé, que era regionalista discreto y

templado—como lo demostró después no aceptando la evolución de Manresa—, contestó al irascible Núñez de Arce poniendo las cosas en su punto, rectificando las exageraciones y defendiendo, en nombre de los intereses conservadores, la descentralización administrativa. Y como aquella discusión, tuvo muchas, á centenares. Hace apenas dos meses discutía con *El Correo*, de Madrid, á propósito de la masonería.

Pocos escritores han tenido más público. Desde los tiempos, ya remotos, en que el señor Brusi echó á la calle el primer número de la publicación, que es hoy la primera en edad y estoy por decir que en saber y gobierno, hasta los días que alcanzamos, muchas generaciones han salido á la arena, y muchos periódicos—y algunos con las mismas ideas que el *Brusi*, como le llaman, al pregonarlo, los vendedores callejeros—han intervenido en las cuestiones trascendentales para el país; pero todavía, hasta ayer mismo, «en esos momentos solemnes que hay en la vida de los pueblos», cuando sobresaltados los espíritus y enmarañándose las nubes, surgían de improviso esas cuestiones, sobre las cuales no sabe qué opinar un hombre de bien, las gentes sensatas, antes de adoptar un partido, se preguntaban: «¿Qué dirá Mañé? ¿Qué pensará Mañé? ¿En qué actitud estará colocado Mañé?» Y se aguardaba pacientemente, y aunque fuese lunes, hasta el domingo, que era el día en que Mañé ponía cátedra.

¿Por qué estos respetos excepcionales? ¿Por qué estos prestigios? Luminosa y serena era, sin duda, la inteligencia de Mañé; mas como esa inteligencia había muchas. Era su conducta lo que inspiraba confianza. Se sabía que Mañé era, antes de todo, un patriota, un amigo, un defensor de su pueblo. Se sabía que ante los conflictos de todos los días entre Cataluña y el poder central, Mañé caía siempre del lado de Cataluña. Se sabía que, por no renunciar á la independencia de su pluma, alejándose siempre del camino de los honores y de las mojigangas oficiales, no había aceptado cargos públicos ni querido ser nada, ni siquiera ministro en un país donde lo ha sido cualquier pelafustán...

Muchos de los que emborronamos cuartillas, enamorados de las cosas modernas, hemos sido más de una vez implacables con nuestros honrados antecesores, porque no aceptaban nuestras teorías, nuestros gustos ó nuestros rencores. Yo mismo—y lo confieso noblemente—hablé alguna vez en tono de zumba de las antiguallas periodísticas de Mañé y Flaquer; y por eso hoy, reconociendo mi injusticia, he querido aprovechar esta tristísima ocasión para descubrirme respetuosamente ante ese ataúd que guarda las cenizas de un combatiente, vencedor nunca, vencido tampoco, infatigable siempre, y para quien ha sido el primer reposo el reposo definitivo de la muerte.

El pueblo que pasa

¿Adónde van estos prisioneros? ¿Hacia qué Siberia se dirige este cortejo de forzados? ¿Adónde éstos agentes de policía, á pie y á caballo, conducen la abigarrada tropa de los cautivos que rodean? ¡Ah! Estos cautivos son ciudadanos, ciudadanos libres de la libre España; son los trabajadores sin trabajo que mendigan para comer. Estos policías los acompañan para oponerse á los desórdenes. ¡Saludemos respetuosamente! Es el pueblo que pasa...

En estas calles donde se ha visto sucesivamente el júbilo del carnaval burgués, los esplendores del viaje real, los desfiles de las procesiones del Corpus; en estas calles donde se alzan de vez en cuando ricos arcos de triunfo y se lidian todos los días batallas de flores, he aquí que desfila lentamente la procesión de los muertos de hambre... Hay procesiones de varias clases. Esta es muy lúgubre. ¡Qué mancha siniestra en la espléndida capital, donde sin embargo, triunfa el comercio y florece la industria y donde, en este mismo instante, estos resplandecientes automóviles que costaron veinte

mil francos tienen que detenerse en el arroyo para no espachurrar bajo sus ruedas al pueblo que pasa!

¿Cuántos obreros hay actualmente sin trabajo en las capitales de provincia? Se cuentan por miles. Son, en su mayoría, trabajadores de las fábricas, descargadores de los barcos, carreteros, mozos de labranza. Hay también albañiles y carpinteros, relojeros y sastres, que llegaron de otras regiones á la husma de las riquezas de la gran capital. Caídos en la maypr miseria, estos infelices náufra-gos dejan sus obscuras chozas, sus infectos tugu-rios, de la misma suerte que los lobos dejan los profundos bosques cuando la tierra está helada; se agrupan, forman en cortejo, parten de los barrios donde moran y ostentan durante todo el día su miseria y su desnudez bajo las ventanas de los pa-lacios opulentos y de los grandes clubs.

Avanzan de cuatro en cuatro, silenciosos, la mirada en el suelo, como avergonzados de estar allí. En las filas de este lamentable ejército, el adolescente imberbe, extenuado por las privacio-nes, se codea con el trabajador hercúleo, cuyos músculos poderosos le resultan ya inútiles, y que va pensando en su mujer y en sus hambrientos vástagos que se quedaron allá abajo, en la choza abrasada por el sol, esperando el inseguro pan. Caminando merced á sus muletas va también el viejo soldado, el licenciado del ejército, que vertió su sangre por la patria en los campos de Cuba. Á su lado—¿cómo evitarlo?—marchan individuos sos-

pechosos, timadores; ganchos, carteristas, vagos, beodos, que imponen su contacto infame á los trabajadores dignos. Atraídos por el aliciente de las limosnas á distribuir, se ingieren en la procesión de los obreros. Éstos, más de una vez, han querido librarse de esa promiscuidad molesta. Pero un hambriento, ¿cómo puede rechazar á otro hambriento?

Á deshora, allá en la vanguardia, vibran valientemente algunas notas de un himno popular... Es un grupo político que se ha mezclado en la procesión y que quiere cantar *La Marsellesa*. Pero en la cola del cortejo se protesta contra la tentativa cantando *La Internacional*. La mayoría, como un solo hombre, vocifera su neutralidad, la neutralidad del estómago, imponiendo silencio á los que cantan. «¡Á callar! ¡Á callar!», se vocea. Los hambrientos, los andrajosos no quieren la revolución. Están resignados con su suerte. Diríase que todos han leído las estrofas de Juan de Mena:

¡Ó vida segura, la mansa pobreza!
¡Ó dádiva sancta desagradecida!

¿Qué dará la colecta? Es la única preocupación de estos desgraciados. Mientras el grueso de la procesión ocupa el medio de la calle, postulantes con enormes bolsas obstruyen la acera solicitando el óbolo de los transeuntes. Se reúnen algunos céntimos y algunas monedillas blancas. La gente se acostumbra á todo. Se comienza á mirar, sin enter necerse mucho, el desfile de los miserables. Sin

embargo, algún empleado, algún artista, se detiene. De pronto, al divisar la procesión, se queda un instante pensativo en la esquina de alguna calle. «Si el mal estado de los negocios siguiese agravándose y si mañana yo también me viese en esa situación...» Y cada uno, al dar su perra gorda, se estremece pensando en las eventualidades futuras...

Al lado de esos seres lívidos, de esos mendigos andrajosos que se alejan y parecen partir para alguna bajada á los infiernos, los agentes de la fuerza pública tienen tal aspecto de salud y tal aire de satisfacción, que da gusto admirarlos. ¡Qué gordos están, qué colorados, los graves policías!... Los agentes de infantería marchan fraternalmente al lado de los *sin trabajo*. Los agentes de á caballo dominan el cortejo, y con su solemne uniforme tienen un aire protector que les sienta muy bien. Los caballos mismos, con sus crines largas, sus carnes gordas, sus ancas relucientes, parece que dicen: «Vale más, á las veces, no ser más que caballo y estar al servicio del Gobierno, que ser un magnífico ciudadano de la España libre...»

Ya se aleja hacia arriba la procesión siniestra de los trabajadores sin trabajo; corre como un río de lágrimas, como un arroyo negro y ya desaparece á nuestros ojos, resignada y muda... Es la gran *dádiva* de Dios, es la *mansa pobreza* que cantó el vate antiguo.

Las leyendas

Todos los años por este tiempo, leo emocionado en los periódicos la esquila del aniversario del conde de Reus. El 29 de Diciembre, *El Liberal*, por excepción, sigue la moda catalana, publicando en su primera página el homenaje fúnebre. Y así, los demócratas *pour rire*, tráfugas de la Revolución, tienen que recordar, á pesar suyo, aunque una sola vez en todo el año, que Prim existió.

Existió, existe aún; pero su gloria más legítima, la de estadista previsor, la de gobernante que no puso en ningún momento de su vida la espada por encima de la toga, apenas se conoce ni se aprecia. Los catalanes glorifican al conde de Reus, pero en una forma que parece como un ultraje á su memoria. En el Parque de Barcelona, como un Apolo ó un Neptuno más, se alza la estatua del caudillo de la guerra de África. Y ¿no es casi una burla á la memoria del gran soldado, del ilustre estadista y del catalán más glorioso de los tiempos modernos, que su patria le haya concedido los honores del

bronce por el mero hecho de haber logrado, siendo ministro de la Guerra, que se cediesen al Ayuntamiento de Barcelona los terrenos en que se alzó la Ciudadela?... Así, ¡oh mengua!, lo dice la torpe inscripción que está grabada en el pedestal. ¿No tenía otros títulos á la gratitud y admiración de sus paisanos el general Prim?... Si por un favor de ese género se erige á un individuo una estatua, buen año entonces para los escultores que huelgan... Lo que Prim consiguiera, siendo ministro; en obsequio del municipio barcelonés, hubiéralo de igual modo logrado cualquier cacique de aquel tiempo...

Pero no es sólo en Barcelona donde se enaltece á don Juan Prim, olvidando, al hacerlo, al político de primer rango. Para una buena parte del pueblo español, Prim es el héroe de Alcolea, y sólo en calidad de héroe del puente famoso se le recuerda y se le aclama. No asistió él á la batalla del 27 de Septiembre, que dió el triunfo á la Revolución; pero la leyenda—no tan ofensiva, en verdad, como la otra que va unida á su nombre y que se refiere á la venta de Cuba—, está en pie todavía. Conocida es la copla popular:

¡En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim!

Se duda á veces de la Historia: se cree en la leyenda á pie juntillas. Podrían citarse otros mil casos como el caso de Prim. Un día, el presidente

del Senado francés, en un discurso pronunciado al inaugurar el monumento á Baudin, reeditó una leyenda que había vivido medio siglo. Se trataba de la palabra *¡Enriqueceos!*, atribuída á Guizot, y de la cual se quiso hacer la característica del régimen de Julio. Por una contradicción singular, precisamente en aquel régimen no desempeñaron un gran papel los hombres de dinero y de negocios: eran todos ó casi todos intelectuales, miembros de Academias la mayor parte, historiadores, filósofos, escritores ilustres, comenzando por Guizot mismo. No importa. Se rehace la Historia, que es un estudio objetivo de los sucesos; no se destruye la leyenda, que es singularmente subjetiva y sobre la cual no muerde la crítica.

Una carta de Cornelio de Witt, nieto de Guizot, explicó con exactitud la verdadera frase de su abuelo, fácil de encontrar, por otra parte, en los periódicos de la época. Mas ¿quién, en parecidos casos, se toma nunca la molestia de remontarse á los orígenes, para comprobar la exactitud de las citas históricas? Guizot, en realidad, había dicho: «Enriqueceos por el trabajo, por la economía y por la honradez.» En estas sencillísimas palabras—no es posible negarlo—hay todo un curso de moral cívica. Cornelio de Witt, con su oportuna rectificación, reparó el honor de su ilustre abuelo, haciendo, de paso, á sus contemporáneos un gran servicio. ¿Servirá de algo su protesta? Indudablemente, si se tratase de un hecho material narrado

de diversos modos; pero se trata de una leyenda, es decir, de un error que jamás se puede arrancar de raíz.

Se podrían citar muchos ejemplos de hechos y de fórmulas inventados ó modificados en su sentido, ó atribuidos á este ó á aquel error, y que son artículo de fe en la memoria de los hombres. ¿No estamos todos convencidos de que un famoso escritor francés dijo: «No se discute con los adversarios; se les suprime»? Ciertó que este modo de hablar está de acuerdo con las formas, un tanto vehementes, del escritor á quien se atribuye la frase; mas lo positivo es que Ranc, que es el escritor aludido, aseguró mil veces, bajo su firma, que él no había dicho nunca tal cosa. Inútilmente, por supuesto: la frase morirá con él, y aun es fácil que le sobreviva, como acá, entre nosotros, ha sobrevivido al doctor Robert aquella otra frase, que él muchas veces desmintió, sobre la superioridad de los cráneos catalanes. Algunos, sin rechazar la paternidad de esos *dichos*, se entretienen en explicarlos; pero el resultado es el mismo: el pobre don Víctor Balaguer se pasó la vida explicando, sin que ninguno le creyese, el verdadero sentido de las estrofas celebérrimas que dieron la vuelta á toda España, y en las que el poeta lamentada que Cataluña hubiese conocido á Castilla.

España (¡oh, patria gloriosa de la rutina!) continúa siendo aquel gran país de las Batuecas, que nos describía Larra. Aquí se inventó la burda es-

pecie de que el noble y honrado José Bonaparte, que sólo bebía agua, era aficionado al Jerez y al Valdepeñas, é *ipso facto* se le llamó *Pepe Botella*, y honrósele con una brillante reputación de beodo, superior, sin duda, á sus méritos. Aquí se ha considerado siempre á Riego, el del himno, como la personificación del liberalismo; y esto no obstante, la Historia nos dice que Riego fué un gran reaccionario, un autócrata de tomo y lomo. Á Sagasta se le ha representado en las caricaturas con un tupé que no usó jamás, y á Castelar, el hombre *más hombre* de la República, disfrazado de damisela.

¡La opinión! Lo más conveniente es afrontarla con una gran dosis de filosofía... Así procedía Ernesto Renán, quien habiendo visto en un periódico, el más popular de París, una carta firmada por él, y que él, sin embargo, no había escrito, se negó en absoluto á desmentirla. Verdad es que, al tratarse de un hecho histórico ó de un personaje que ha desempeñado un gran papel, no se puede aconsejar una resignación que sería la impunidad para el fraude. Pero en la cuestión de la batalla del puente de Alcolea, dejemos, para consolarnos, correr la copla popular que atribuye la victoria á Prim, porque hemos llegado á tales tiempos, que casi se podría pensar que es una leyenda lo del triunfo del general Serrano, y que el laurel de la victoria en el combate de Alcolea lo ganó el marqués de Novaliches.

El campesino

Con su fuerte chaquetón de pana, la gorra encasquetada hasta las cejas y las manos en los bolsillos, avanza en medio de los campos. El vigor, la vida de la tierra se refleja en la faz del hombre que contempla la buena obra de la madre Naturaleza echando generosamente un ligero manto de armiño sobre la misteriosa fecundidad de los gérmenes. Evoco el poema, grande y rudo, de Zola, que sintetizó en algunas páginas la vida total de los campos y de los agricultores. La silueta de su héroe inmortal surge de esa tierra próspera. Gracias al obrero agrícola, merced á su labor de veinte siglos, ha podido nacer el pensamiento en el cerebro de los hombres que comían el pan meditando.

Pero un día la descendencia ingrata condena y olvida al antepasado generoso. Nacida de su abnegación, la inteligencia de las ciudades le arrebató su fuerza. Continuamente, seguramente la ciudad atrae á los más valientes, á los más ambiciosos, á

los más incansables. Ella los absorbe, los transforma, los diferencia de sus antepasados, desvía sus almas candorosas, ingenuas, de la labor agrícola, las fascina con las elegancias de la vida moderna en la espléndida urbe.

Viuda de sus iniciativas enérgicas, la población rural, según aseveran los sociólogos, verá decrecer constantemente su nivel moral é intelectual. Sólo el agricultor en grande escala y los incapaces de servir en la fábrica y en el taller continúan en los pueblos. ¡Amos y esclavos!... El ciudadano desaparece. Esa revolución social, vengadora y terrible, que anuncian los poetas, no saldrá de los campos.

Aunque la pequeña propiedad parece que se multiplica, las hipotecas que la gravan la arruinan lentamente. Los Bancos de crédito se hacen los verdaderos poseedores de la tierra que se cultiva. Estos Bancos pueden sindicarse, formar un *trust*. Entonces los campos pasarán á manos de Sociedades financieras, dispuestas á explotarlos hábilmente por medio de la ciencia. En todas partes los acreedores poseerán indirectamente la tierra de los pobres. Acreedores inexorables, porque son siempre anónimos, porque las acciones suelen cambiar de titulares al compás de los movimientos de la Bolsa. Cualquiera día, cuando mejor le plazca, la Asamblea de accionistas echará la zarpa, y los deudores infelices emigrarán á América...

¿Piensa tal vez en el destino que le aguarda el

trabajador que avanza hundiendo sus botas en la nieve, con el cuerpo encorvado y las manos en los bolsillos? Su fuerte chaquetón de pana está lleno de remiendos. Su rostro parece, bajo el gorro de pelo, un tubérculo enorme. Avanza, indistinto de la Naturaleza, confundido con ella. Sin duda aspira á comprender el misterio profundo de esas influencias lejanas, omnipotentes y destructoras de sus esperanzas sencillas... Sin duda maldice á esos soberanos del oro, que por un socorro insignificante le han puesto el pie encima. ¡Ah! Ya no es el mozo alegre, el Joanet rubicundo de las mascaradas del pueblo, el que hacía papeles de gracioso en el teatrillo de aficionados del modesto casino... Ya es otra cosa: odio trágico y excitado por la mordedura del destino. ¿Recuerda quizás que en otro tiempo, en siglos ya remotos, formó parte algún abuelo suyo de los *hermandinos* de Galicia, de las *germanías* de Valencia ó de los *payesos de remensa* en Cataluña? ¿Se acuerda tal vez de los señores echados al río, de las damiselas desangrándose en la ancha escalera, mientras el incendio devoraba las torres del castillo? Los candidatos para concejales, á quienes hoy injuria impunemente en las reuniones públicas durante el período electoral, ¿le bastarán para saciar su despecho y su ira?...

El hombre avanza hablando sólo á través de los campos. La tierra aprisiona sus zapatos, le atrae hacia ella, como una madre cariñosa, que viendo padecer á su hijo único, intenta retenerle en su

regazo. En marcha, furioso contra el cielo, con las manos en los bolsillos de su chaquetón de pana. No alcanza su inteligencia las razones lejanas de su ruina. Inquieta, no obstante, con obstinación, deseando comprender. Sus miradas sondean la inmensidad de los espacios, ganoso tal vez de descifrar las letras del enigma.

Hay que renunciar al necio orgullo de ser el poseedor del huerto, el dueño del bancal, de las gallinas y de la vaca, el señor absoluto del hogar en que atiza el fuego la esposa sumisa. Alguien vendrá de la ciudad solicitando sus servicios, ofreciéndole un buen salario. Dormirá, cuando duerma, en una habitación común. Fatigará la tierra para amos desconocidos. El trigo no se esparcirá en los aires, sino en los alvéolos de monstruosas máquinas con paredes de acero. El campesino no comprenderá toda la grandeza de abdicar una ilusoria independencia en provecho de todos, y á fin de que la tierra, científicamente cultivada, llegue á producir frutos mejores y menos caros y que puedan gustar todas las bocas. Sólo sentirá el enojo de haber perdido un pobre bien. Un salario excelente y una mayor prosperidad no mitigarán sus cuitas.

Y ahí va, sañudo, rencoroso, maldiciendo su sino... Sus arrugas precoces, que ahonda el afán de la labor constante, la actitud del cuerpo y la del alma, el pliegue profundo marcado por las leyes de la herencia, todos los rasgos del campesino catalán evocan en el observador una larga serie de

siglos, en los cuales este pobre Juan, este infeliz buen hombre, ha sudado, ha sufrido sobre su surco, empujando la reja del arado, sembrando su trigo, atropellado por los cazadores, maltratado por las gentes de guerra, desollado por el fisco y obstinándose, á pesar de todo, en el trabajo que ha emprendido, y afanándose desde la aurora, sin lograr el reposo, á no ser cuando cae en su lecho de ancianidad y de muerte—transmitiendo entonces á sus hijos algunos terrones, algunos céntimos escondidos en la cómoda centenaria y algunos consejos—y creando, en fin, por la duración interrumpida de su labor inmensa, la continuidad de la patria.

“Quo vadis?,”

Y como Cataluña es la puerta por donde se meten en la Península todas las novedades (imprensa, ferrocarril, etc.: véase la guía), he aquí que por la ciudad de Barcelona se cuela en España Sienkiewicz, ruso de nación y en Polonia nacido, donde al citarse nombres ilustres, citan el suyo también. Allá, por aquellas latitudes, esto de citar nombres ilustres é históricos es obvia tarea: se toman al azar dos ó tres letras, se añade á ellas un *kiewicz* y se obtiene un nombre conocido, tal vez glorioso, como, por ejemplo, el de Mickiewicz, el cantor del triste hado de su nación, mártir y doliente...

No por alarde de ignorancia—único alarde que me es lícito y que celebro que esté de moda—, sino porque realmente estoy ayuno de toda erudición bibliográfica, confieso que dos meses atrás así sabía yo de Sienkiewicz como de Li Hung Chang, célebre hoy hasta en las Vistillas... pero el demonio, que todo lo añasca, hizo que en mis manos cayese un periódico con un gran suelto ditirámico, en

que se hablaba de Sienkiewicz y de su *Quo vadis?*, novela pasmosa, sublime, ya traducida á veintitrés idiomas, y de la cual preparaba una edición castellana, también pasmosa y sublime, la casa Montaner y Simón. Y di la noticia en estas crónicas, sin omitir, por supuesto, el dato de los idiomas veintitrés, que, aunque muy discutible, no era un Dato como otro cualquiera.

Ganoso de ver de mis ojos el prodigio de la novela, esperando estaba muy tranquilo la versión de la casa Montaner, cuando en un kiosco de la Rambla, ¡oh sorpresa!, topé con *Quo vadis?*, que el editor R. Sopena, sin previo anuncio y á la chita callando, había lanzado por esos mundos. Y acordándome de Montaner y Simón, y singularmente de Simón, que es el que conozco de cara, y pensando en la que él pondría, me emocioné profundamente.

Para colmo de males, el primer *Quo vadis?* castellano (lo de castellano es un decir) se ponía al alcance de cualquier faltriquera: dos tomos, á cincuenta céntimos cada uno. ¿Quién, por una vil peseta, no compra el *Quo vadis?* famoso?... Pero digo mal: lo que se vendía en los kioscos por una peseta, no era propiamente el *Quo vadis?* de Sienkiewicz, sino *La corte de Nerón (Quo vadis?)*, de Stenkiewicz; que así, en forma tan campechana, sin respeto alguno á la propiedad, se cambia el título de una obra y hasta el nombre del infeliz que la pare. Y si aquí terminasen los desafueros...

Á pesar de todo, adquirí el librejo, y á saborearlo me disponía cuando me trajo el correo interior un ejemplar de otra edición de la misma obra publicada por Maucci. Pero, ¡oh milagro! El buen Sienkiewicz en manos de Maucci había engordado, y el libro tenía dos ó tres veces más lectura que en la edición antecedente. Y claro está; trayendo *más cosas*, costaba más... Precio módico, sin embargo... ¿Quién no compra, por una peseta cada uno, dos tomos del nuevo *Quo vadis?*, de Maucci?...

Y entretanto, Montaner y Simón sin salir... Preocupado con esto y haciendo á derechas mis cálculos, parecióme lo más discreto esperar el tercer editor. Porque si, á medida que va editándose, crece en páginas la novela, el gran negocio—pensaba yo—es el adquirir, sin pasar de las dos pesetas, la mayor cantidad posible de *Quo vadis?* Además de esta noble, de esta simpática emulación editorial, sacará tal vez el lector algún beneficio. «Esperemos», me dije.

El mismo día que formé este propósito leí por la noche en un diario el consabido reclamo sobre un nuevo *Quo vadis?* hecho por García Manent. Según el suelto periodístico, el editor lanza al arroyo la asendereada novela con el título de *Quo vadis?*, *Nerón y los mártires cristianos*. Buen cartel, claro, inteligible, vistoso... Con un *¿Adónde vas?*, así á secas, y para mayor duelo, en latín, no se iba á ninguna parte... La ampliación del título resulta patética y va derecha al corazón de los bue-

nos cristianos. Además, el precio del ejemplar, una ruina... Á soltar los dineros tocan. ¿Quién por dos pesetas no compra el *Quo vadis?*, de García Manent, que sale aún calentito del horno?...

¡Y Montaner y Simón sin salir!... Á la hora de ahora y á vueltas de este pugilato editorial, juzgo difícil que haya un público de reserva esperando á pierna tendida la sorprendente edición de lujo, *magníficamente ilustrada*, que decían los papeles. Á no ser que se ofrezcan primas y que se publique un *Quo vadis?* regalando á cada comprador un billete para el cinematógrafo ó una participación en un décimo de la lotería, lo que es este público, en lo atañadero á los desembolsos, se estará quieto... Y hará bien, sí señor; que tanto *Quo vadis?* encontrado en la sopa da tedio...

Tengo, sin embargo, una idea, que brindo generosamente á cualquier editor zaguero ó tardío... Cuando esté más descuidada la gente, publíquese de repente la obra, suprimiendo el título en latín y sustituyéndolo con este: *El suicidio de Nerón ó el melocotón simbólico*. Con esto y con insinuar (la insinuación en los periódicos) que Sienkiewicz es un seudónimo y que el verdadero autor de la novela es el príncipe Chun, el negocio es seguro.

Bromas cual esta—y con melocotón *inclusive*, como se verá después—, ¿no las están dando á Sienkiewicz y al público los editores?

* * *

Mas ¿qué obra es esta tan traída y llevada, *víctima* de tantas traducciones, objeto de tales ansias de lucro?... Pues es sencillamente la penúltima obra de Sienkiewicz (la última es *Los cruzados*), novelador y cuentista de primer rango, ya *descubierto* tiempo ha en Europa y América. Así y todo, aquí nos pasamos sin saber de él hasta que un editor avisado, de esos que dan á luz revistas y tienen canjes con las publicaciones extranjeras, acertó á percatarse del éxito de *Quo vadis?* en otros países. Éxito que en las naciones cristianas responde á estímulos menos estéticos que piadosos. En la obra se glorifica el ideal cristiano, se pinta con pincel amoroso á los mártires y se señala la influencia de la palabra de Jesús, repetida por los apóstoles y corriendo de labio en labio en la Roma antigua.

La idea, sin ser nueva, es hermosa. El combate de dos religiones, la una en su agonía y la otra en su cuna, ofrecerá siempre á la inspiración del artista el campo más rico, más fecundo y dramático. Y *artista* lo hay, y pujante, en Sienkiewicz, no ya para engendrar una *Fabiola* que entretenga el fastidio de las beatas, sino una novela á la moderna, en la que la ficción y la realidad se entremezclan, y la historia es *verdadera* historia, estudiada á conciencia, con pasión de erudito; porque preciso hacerlo notar en justa loa de Sienkiewicz, no es el *Quo vadis?* una novela histórica *walterescotiana*, cual otras muchas; no es esa, no, la filiación de la obra, que si con alguna del mismo género puede

aceptar el parangón, es únicamente con *Salambó*, de Gustavo Flaubert. Y así como éste, antes de dar vida á su heroína, la sacerdotisa de la luna, estudió veinte años y visitó las cordilleras líbicas, y consultó autores y más autores, también Sienkiewicz, sin limitarse á la lectura de los apéndices de César Cantú, ha debido de revolver todos los autores griegos y latinos, si es que no ha ido—que es lo probable—á vivir durante algún tiempo con sus personajes en la misma ciudad de San Pedro.

El error de los editores, de estos de aquí, es el haberse tal vez fijado más de lo justo en el aspecto *religioso* de la novela. Equivocación de marca. El vizconde de Chateaubriand era quien era, y al publicar en los comienzos del pasado siglo *Los mártires*, es decir, el *Quo vadis?* sin realismo de entonces, no se libró de que el obispo de Chartres le tildase de heterodoxo, calificando de *pastiche* la obra. Y eso que el vizconde, paladín de la fe, se había propuesto, como principal fin, el glorificar en el tipo de Cimodocea á la Virgen cristiana. No es este el fin principal de Sienkiewicz, que busca el arte y á él se dirige, y que así lo encuentra en los jardines de Nerón entre las llamas que consumían el cuerpo de los discípulos de Pedro, como en el *triclinium* de Petronio, el epicúreo, que muere sobre su almohada siria entre perfumes de violeta, alzando su copa de Mirrena y recitando sentencias de Pirrón y versos de Anacreonte. En esta escena, y á través del *impersonalismo* de la novela, ¡cómo

se denuncia el alma pagana, paganísima, del autor!...

Pero esto es un secreto, y no hay que divulgarlo por ahí; lo que todos ven y lo que debe verse y jalearse es la obra rociada con agua bendita, y cuyo título está tomado de la leyenda, según la cual San Pedro, en el momento en que se iba de Roma para huir de las persecuciones de Nerón, encontró en la Via Apia á Cristo, el que á su pregunta *Quo vadis, Domine?* (¿Dónde vais, Señor?), contestó: «Puesto que tú abandonas á mis ovejas, voy á Roma á que me crucifiquen otra vez.»

*
* *

Apoderarse de un autor, y sin darle un cuarto, traducirle tres veces la obra, cambiarle el título y mutilarla por *do más pecado había*, paréceme esto, aun tratándose de un vecino de la Polonia rusa, abusar con exceso de un hombre. La menor cosa que es justo hacer con el autor á quien no se paga, es una edición *presentable* al menos, con la biografía del pobre hombre y un retratito que se parezca alguna cosa al original. En Milán, los hermanos Treves tienen el buen gusto de estar publicando una edición de *Quo vadis?* con ilustraciones de Minardi, *rinomato pittore*... ¡Lo mismo que aquí!...

No ignoro que aquí donde Ixart escribió un artículo enderezado á poner en solfa á los catalanes

que pretenden escribir con corrección y pureza en el pobrecito idioma de Cervantes, no es sin duda un gran mérito el traducir como Dios manda. Y voy más allá: entiendo, como Pompeyo Gener, que la Gramática es un estorbo y que una mala traducción—y mientras más mala mejor—tiene su gracia y sus atractivos...

Puesto á ser liberal, hasta me parece de perlas—si hay para ello justas causas—que en las florestas literarias de Sienkiewicz se practiquen algunas podas... Así lo ha hecho, sin ir más lejos, un editor que no es Maucci—éste no se atreve á esas cosazas—ni tampoco García Manent. Este editor, el de las podas, ha sido tremendo. Bajo su inhumana segur—léase tijera—han caído, entre otras cosas muy bellas, la descripción del viaje de César á Ostia y la de la fiesta en el estanque de Agripa. Las cartas, tan áticas, de Petronio á Vinicio, y las respuestas, tan metafísicas, de Vinicio á Petronio, aparecen en la edición extractadas y disminuídas, como si temiese el editor tener que pagar, siendo el peso excesivo, doble franqueo...

Cosas muy otras son las que merecen vituperio; por ejemplo, en la edición de Maucci—tomo I, página 147—se dice:

«¿Signos?... Espera... ¡Sí! Un día Sigia dibujó un *pescado* sobre la arena...»

Y en la edición de Sopena, en el mismo pasaje—tomo I, página 76—se lee:

«Sigia dibujó un día en la arena un *melocotón*.»

En la edición de Maucci, leo lo siguiente:

«Á Popea, que venía detrás de él, se la lanzaba el calificativo de *Pellejo gris*, con que se designaba á las prostitutas.»

Y en la edición de Sopena, en el mismo pasaje, leo esto otro:

«Á Popea, que venía detrás de él, le decían ¡*Cabellera rubia!* Que quería indicar su prostitución.»

Pero ¿á qué seguir?... ¡Pobre Sienkiewicz... Si le preguntásemos como Pedro á Cristo: «¿Adónde vas?», podría con razón respondernos: »Á Barcelona... ¡á que me traduzcan!»



Las parias

¡Cómo hacen reír algunas veces las crónicas de los tribunales!... En días pasados, por ejemplo, la causa que se vió en la Audiencia fué muy graciosa... Aquel agente de orden público que en vez de conducir á la prisión, para cumplir condena, á la honorable dueña de un ruin lupanar, se llevó en lugar suyo á una pupila de la casa, quien se prestó muy dócilmente á la sustitución, es verdaderamente un tipo cómico que, puesto en el cuadro de un pintor, sería rechazado en absoluto de la Exposición de Bellas Artes, y que colocado en un sainete, sería el acabóse... ¿Y los detalles sabrosísimos de la conquista y seducción del respetable agente, víctima sencilla y candorosa de Venus y de Baco?... ¡Cómo hacen reír algunas veces las crónicas de los tribunales!...

Y sin embargo, ahondando en esas crónicas amenas, leyendo entre líneas, cosas se ven que hacen llorar á quien discurra sobre ellas. Aquello que la antigüedad llamaba el *lenocinium*, que era

objeto de la burla de los satíricos de Roma, en el mundo moderno, en nuestro tiempo humanitario, ya no hace reír... Sabemos cuán dura y miserable es la condición de las mujeres que forman el triste personal de esas casas discretas, autorizadas por la policía y que suministran esos fondos llamados *de higiene*, con los que se paga, entre otras cosas, en algunas provincias, el carruaje del gobernador. Se conoce la horrible explotación que se oculta detrás de las persianas de esos bazares del amor, donde infelices parias, convertidas en bestias, y bien castigadas de su profesión por su profesión misma, son objeto del tráfico, odioso é inmundo, que se ha llamado en nuestros días la *trata de blancas*...

La infeliz mujer que se presta, para salvar á su patrona, á ocupar su puesto en una cárcel, se hubiese prestado de igual modo, á habersele exigido, á recibir azotes en la plaza pública, y hubiese subido de igual modo las gradas del patíbulo... ¡Qué había de hacer!... Embrutecida por el alcohol, acosada por las deudas, amenazada por la eterna é implacable acreedora y convertida en bestia, en mercancía, en carne de vicio y de placer, no era más que una esclava... ¿Quién podía oponerse á ese suicidio moral y aun material? ¿Quién podía ampararla y defenderla? ¿El agente de Seguridad? Poned un instante en ese ambiente al más correcto policía, seducido por dádivas ó por favores en especie, tal vez por ambas cosas; el medio le corrom-

perá, y en poco tiempo se hará cómplice. Si no puede ser cómplice, se hará tirano...

¿Por qué los profetas socialistas no tratan nunca en sus periódicos ni hablan en sus mitins de este proletariado del placer, que sufre en repugnantes gineceos la más horrible esclavitud? Observen un instante que ese personal de Citherea casi solamente se recluta entre las mujeres desprovistas de toda educación. Jamás la miseria será puerta á la que una joven educada regularmente, entregada á su propia inspiración y aunque la acose el hambre, llame. Antes, desde su buhardilla, se lanzará al arroyo...

Lo realmente doloroso es esto: que en las condiciones sociales presentes y con los hábitos de vida que son la consecuencia de la gran industria, es imposible que la mujer, no casada, pueda vivir con su salario solo. De ahí la necesidad ineludible de acudir á esa *ayuda*, que puede llamarse la galantería venal. Tomemos las clases más modestas: en las ciudades populosas, ¿de qué modo viven las criadas durante el intervalo entre dos colocaciones? Algunas de ellas, por espacio de quince días ó acaso de un mes, permanecen ociosas. Sin embargo, es preciso comer...

Muchas de esas chicas son honradas. Retrocederían ante la idea de aceptar la prostitución. Pero aceptan sin dificultad cualquier amante temporero, que unas veces es el señorito, que «espera en Eslava tomando café», y otras el mozo de la

tienda de ultramarinos que le dirigía tantos piropos á hurtadillas del amo. Hacia ellos volverá los ojos atribulada la menegilda en los días de escasez.

En el mundo industrial es peor todavía. Se asigna á las obreras en la fábrica un salario irrisorio. Las que han tenido el buen sentido de buscar un esposo y la fortuna de encontrarlo, han resuelto el problema; pero la mujer que se reduce á sus solas fuerzas y á su sola ganancia, se halla en dos terribles situaciones: en la miseria y en la angustia si quiere ser honrada; en la vergüenza si se desanima y abandona el trabajo para entregarse á la prostitución. ¿Por qué se decide en tal estrecho? Generalmente elige un amante entre los muchos que la solicitan.

Pero ¡ay!, la desdicha amenaza á la obrera que tiene un amante. Esta desdicha es la maternidad. El enamorado, en ese caso, toma las de Villadiego, abandonando á la pobre chica, que se encuentra entonces más sola que nunca. No se la tiende ninguna mano caritativa. Da á luz clandestinamente, y confía el fruto de su amor á la Beneficencia pública. En lo adelante, su pobre vida estará empozoñada por el remordimiento. Toda obrera ó toda sirvienta que, procedente de provincias, llega á la villa y corte, se expone á vicisitudes enojosas y á serios peligros á no contar con un pariente que la aconseje ó la recoja en las circunstancias difíciles.

Decía un pensador que la galantería salva á la mujer del Código penal. Ciertamente, la galantería

facilita recursos que, sin ella, se buscarían quizá en el robo ó en otro delito. El contingente de delincuentes que da el bello sexo, en comparación con la criminalidad masculina, no es excesivo, ni mucho menos. Ganan poco, son abandonadas, son más débiles de cuerpo, están sujetas á numerosas servidumbres físicas, y esto no obstante, las mujeres caen rara vez bajo el fallo de la justicia. ¿De dónde, pues, proviene esto sino de que, como decía el buen pensador, las mujeres tienen otra cuerda en su lira?...

¡Moralistas, que sois jueces platónicos! ¡Jueces legisladores, que sois moralistas armados! ¡Feministas de profesión, que sois poetas!... Ahondad, si podéis, en los misterios del dolor humano, y tratad de comprenderlo todo; porque comprenderlo todo es perdonarlo todo...

Balaguer

Junto á la modesta estantería, en pie y con las manos en los bolsillos y errante y triste la mirada, estaba ayer buscando afanoso un autor y ya casi tenía entre mis rapantes uñas á Oller—de quien he de decir horrores—, cuando sonó el timbre de la puerta de entrada y asomó la nariz un muchacho recadista de *La Vanguardia* y portador de una carta á mí dirigida y que había llegado por el correo á la redacción.

Rompo la nema, leo... y me entusiasmo; era una carta de potencia á potencia, de biblioteca á biblioteca; la de Villanueva y Geltrú, tan rica y famosa, se dirige á la mía, tan desmedrada, para ofrecerme su *Boletín*. Venga en buen hora, y entretanto, quédome saboreando la satisfacción y el orgullo de que mi nombre, mi humilde nombre, ya más famoso que el de Li-Hung-Chang, haya dado en bien poco tiempo la vuelta al mundo y llegado hasta Villanueva y Geltrú...

¡Villanueva y Geltrú!... Ir allá, visitar la Bi-

biblioteca-Museo Balaguer, recorrer sus salas, acariciar con mirada amorosa los libros, y no leerlos, ¡qué dicha! Lo mejor que tienen las bibliotecas—y en esto no ha de ser la *balaguerina* una excepción—es que se las puede visitar sin leer cosa alguna. El que visita una biblioteca hojea, á lo sumo, el catálogo, si lo hay—que suele no haberlo—, mira los lomos de los libros, y vase. Y está bien hecho. Porque si hubiese que *catar* dos ó tres autores, sería cosa de encomendarse á Dios antes de entrar en un almacén de esa clase.

Entiendo yo que, andandó el tiempo y progresando de continuo la especie humana, las bibliotecas están llamadas á desaparecer. El hombre futuro, el *superhombre*, como ahora dicen, leerá muy poco. Para alimento espiritual, el periódico; para consulta, el diccionario enciclopédico, y pare usted de contar. Para los casos extraordinarios, de empeño, se acudirá á los hombres-bibliotecas, que serán viejos de lengua barba y de calva imponente, y con los cuales, mediante una buena propina, se podrá consultar. Y el tipo del archivero-bibliotecario de hoy, ignorante y torpe, ocioso é inútil—hay excepciones, Antonio, me dije—, se recordará entonces como una muestra singularísima de las cosas más cómicas de los tiempos actuales.

No hablo en broma, aunque lo parezca... Un estante atiborrado de volúmenes que no se pueden tocar, me hace el mismo efecto que el escaparate tentador de un colmado, muy bueno para una ra-

ción de vista. Entre una magnífica biblioteca, pero custodiada por esbirros, que miran á uno con cara fosca, y una tertulia familiar de personas que han vivido bastante y que *saben cosas*, yo opto siempre por la tertulia. No conozco la Biblioteca Balaguer; pero tengo por cierto que Balaguer vale más y es *más biblioteca* que la de Villanueva y Geltrú. De media hora de palique con el «Trovador de Montserrat» puede sacarse más provecho para el estudio de ciertas cosas que de una larga y molesta encerrona entre mil libracos indigestos, copiados los unos de los otros y llenos casi todos de variedades personales y de retórica huera...

Si se me ocurre cualquier día—que no se me ocurrirá—escribir para mi uso particular la verdadera historia de la segunda mitad de este siglo, iré á buscar á Balaguer al Senado, su cuartel de invierno, ó á Villanueva y Geltrú, su corte de estío, para que me cuente las cosas que ha visto y que él se ha dejado en el tintero. ¡Qué tesoro de observaciones y qué arsenal de conocimientos! Lo que se deja en el tintero, lo que nunca se escribe, lo que no se sabe, lo que no está en la biblioteca... eso y no otra cosa es la verdad...

*
* *
*

¿Dónde y cuándo le conocí?... ¿En el Congreso? ¿En el Senado? Tal vez. Pero antes, mucho antes, en días muy lejanos, en tierra más lejana aún,

siendo yo un renacuajo, pero que me moría por las letras, llevóme el autor de mis días á un teatro donde se representaba por comiquillos de tres al cuarto un drama que, á la sazón, gustaba mucho... ¿Cómo se titulaba el indino?... ¿*La Huérfana de Bruselas*? No, no era ese... ¿*La Campana de la Almudaina*?... Tampoco. ¡Ah! Ya recuerdo: *Don Juan de Serrallonga*. Un actor catalán de pulmones terribles, un tal Segarra, que á fuerza de gritar murió tísico, y el inolvidable Manuel Ossorio, que valía mucho y del que ya no queda ni el esqueleto, hacían los principales papeles. Drama sublime, portentoso, el primero que vi en las tablas, el primero que me hizo comprender y sentir lo patético en el arte... Muerto el protagonista y terminada la obra, todos *unidos y compactos*, pedimos que saliese el autor; pero quien salió fué aquel bárbaro de Segarra, sudando á mares y casi afónico, para decir al respetable público que don Víctor Balaguer, el autor, no podía salir por encontrarse en Barcelona.

Lo sentí de verdad. Años después, en el Congreso de los diputados, tuve el honor de conocerle. Desde la noche, para mí inolvidable, de *don Juan de Serrallonga* hasta aquel día del Congreso, ¡cuánto tiempo había transcurrido!... Yo había ya visto muchos dramas y juzgádoslos con arreglo á los cánones de mi estética—la de Revilla, mi catedrático—, sin dejarme llevar ni á tres tirones de la admiración espontánea, franca, ingenua, sencilla del que

no sabe lo que se pesca; y él, por su parte, obrero incansable del Renacimiento literario de su país, poeta de lira y melenas, autor de tragedias y leyendas, historiador, erudito, académico de la Lengua y de la Historia, había ya doblado el cabo de las tormentas de la política, y era, á la sazón, ¡cualquier cosa! ministro de Ultramar... ¡Qué país este!... Rubí, Ayala, Núñez de Arce, Balaguer... los inspirados, los cantores de la patria y sus glorias, los soldados del arte, los profetas de lo porvenir, son precisamente en este país los llamados á dirigir prosaicamente los destinos de las colonias...

Cuando vi al poeta *de verdad*, al trovador de cuerpo entero, al Balaguer melenuado y lírico que yo había soñado en mi adolescencia, fué otro día, en un banquete, ó mejor dicho, en un *lunch*, y fué esto, si mal no recuerdo, en 1886. Habían llegado á los Madriles unos periodistas italianos, é invitados á echar un trago en la Asociación de Escritores, celebróse con tal motivo una fiesta y hubo pastelillos, jamón en dulce, champagne barato y tagarninas. Con la suya apagada en la mano izquierda, levantando con la derecha la copa, y dirigiéndose á Cavalloti, también poeta y también romántico, *declamó* don Víctor un discurso que nos llegó al alma. Hablando de la unión latina, de la fraternidad universal, de la libertad y el derecho, tuvo acentos viriles, tribunicios, verdaderamente patéticos... Y al recordar entre otras cosas á Carlos Alberto, rey de Cerdeña, á quien él *había visto*

y con quien *había hablado*, me pareció la voz de don Víctor, voz que surgía del panteón de la historia. Cavalloti, con aquel fogoso entusiasmo que era su nota característica, besó en la mejilla á Balaguer. Iba yo á imitarle cuando alguien, á mi lado, me cogió por el faldón de la levita. Volví la cara y advertí estupefacto que empezaba á discursar Mazzantini...

Por lo visto, el torero orador, más soberbio que yo y que los demás, no hubo de sentirse pequeño ni mucho menos humillado ante un hombre que *había visto* á Carlos Alberto...



Sacerdote de una especie de religión, la religión de la patria, es en Cataluña Balaguer. La crítica moderna, que es *iconoclasta* y que peca de olvidadiza, no suele traer ni llevar su nombre muy á menudo. Tal vez á él mismo, asustado ante las nuevas evoluciones del Renacimiento á que dió santo impulso, no agrade poco ni mucho que recordemos—y menos ahora que don Práxedes está en puerta—el pensamiento que palpita en las *Leyendas de Montserrat*, en *Pablo Clarís* y en otros cien tomos de los muchos y buenos que don Víctor ha publicado y regalado con mano pródiga, y á mi exceptuándome, á todo el mundo...

.
.

Y hace ya tiempo, cuando muy pocos, fuera del terruño, eran osados á romper lanzas por el regionalismo, Balaguer se metió en la boca del lobo, y allá en Madrid, en la Academia de la Lengua, al ocupar el sillón vacante de Selgas, leyó un discurso sobre las *literaturas regionales*, que es la página más hermosa, más sana y más ricamente documentada que yo he leído sobre este negocio. Página escrita en castellano, y escrita á la perfección, y que termina con un párrafo en que describiendo la *patria española*, deja tamañito á Castelar, que era especialista consumado en esta clase de descripciones.

Que en la *Historia de Cataluña* (doce ó trece tomos de 500 á 600 páginas cada uno) no resulta don Víctor un historiógrafo á la moderna... Que en la descripción del Monasterio de Poblet, visto de noche y al resplandor de las bengalas, parece escribir más para la beldad con quien iba que para un público exigente... Que el romanticismo del Trovador de Montserrat ha pasado de moda... ¿quién duda de esto? Pero así y todo, y aunque su Historia deba ser en muchos puntos rectificada, como él mismo rectifica más de una vez á Zurita, á Quintana y á otros, y aunque sus cuadros no estén hechos con el minucioso realismo que en los buenos tiempos del autor no se usaba, y aunque el idealismo de sus trovas no sea plato del gusto de las gentes de hoy—que no lo discuto ni aun lo afirmo—, ello es lo cierto que en la obra total de don

Víctor hay aliento y brio y hay arte y grandeza. Lo bastante para merecer una estatua cuando se muera, y por el pronto, la carterita de Instrucción Pública, que para él, desinteresadamente—no pertenezco al profesorado—pido á Sagasta en mis oraciones...

¡Que sea ministro!... Ya puede serlo impunemente... ¡Ya no hay Ultramar!...

De todas suertes, el Balaguer que quedará en la Historia es el mismo que aun sobrenada en mis recuerdos de la primera edad; esto es, el autor que llevó á las tablas las leyendas de su país, y el lírico de la política y de las letras que brindaba, casi llorando, á la memoria de Carlos Alberto y que, por defender antes de todo los intereses de Cataluña, mereció de Sagasta en ocasión famosa el dictado de «amigo molesto».

Hablen como quieran

Por un momento prescindamos de la cuestión política, y vamos á los hechos: como restos de la diversidad antigua, las lenguas regionales persisten en una nación unificada. ¿Debemos conservarlas? ¿Debemos proscribirlas? Se puede hablar en pro y en contra. El sentimiento dice: «¡Conservad!» La razón dice: «¡Proscribid!» Lo que subsiste de la España vieja es caro al artista. La política, de buena gana daría al traste con ello. En un mismo hombre pueden coexistir y contrariarse las dos tendencias. ¿No tendemos á la tradición por una especie de ternura hacia las cosas viejas? Y al mismo tiempo, ¿no nos sentimos molestados en nuestras ansias de progreso por la inmovilidad eterna del espíritu de tradición?

Hace unos cuatro ó cinco años iba yo en automóvil de Barcelona á Sitges, cuando al pasar por una aldea, me sorprendió una tempestad. Refugiado en una taberna, esperando el fin del chaparrón, pedí un *bock* de cerveza. Pero el tabernero no en-

tendía la lengua castellana. Los parroquianos, muy numerosos—era un domingo—la entendían menos. Se llamó á un mocetón que había servido años atrás en un barco de guerra. Había aprendido solamente las voces de mando en la Marina. Descifrando su jerga, hube de acabar por entender que sólo el alcalde era capaz de comprenderme. Mas no estaba en el pueblo á la sazón. «¿Y estos chiquillos», pregunté. Se encogieron de hombros, para significar que mi lenguaje era incomprendible para ellos.

¡Desventurada condición la de este funcionario si no es catalán de nacimiento! Entre su suerte y la de Robinsón en su isla, no hay diferencia alguna. Es como un español perdido en los Parques de Londres ó en los bulevares de París. Aun en París, en Londres, en Roma ó en Bruselas, no falta á las veces algún quídam que sabe lo bastante de español para responder á una pregunta y señalarnos el camino.

Aislado así el alcalde, que, de nombramiento real, *transige* con Madrid, no se puede evitar que enfrente de él se levante el cura catalán, que no habla más que en catalán, y que ejercita su influencia y realiza su torpe propaganda sobre sus feligreses, sordos á los demás idiomas. Quieras que no, la lengua castellana, con su fuerza expansiva, posee la virtud de difundir el pensamiento liberal. En Bélgica se determina el mismo fenómeno. La causa de la reivindicación del habla flamenca esta ligada

en lo absoluto á la causa católica. Se puede afirmar que en el país, el espíritu republicano retrocede ó avanza á medida que avanza ó retrocede la lengua de Racine. Y no hablemos de Francia y de su pleito con los fanáticos bretones; el día en que los hijos de la vetusta Armórica hayan desaprendido los vocablos de su lenguaje céltico, ¿no entrará fácilmente la región en el movimiento nacional?

Lejos de mí la imperdonable, aunque frecuente tontería de abrumar con un desdén olímpico á estas lenguas de España tan gloriosas. Desde el punto de vista de la ciencia, poseemos tesoros: lo es el vascuence, el catalán, y lo es también—y tal vez más que otros idiomas más famosos—el idioma gallego. Se debe prohibir que se les toque: les debemos rodear de cuidados atentos, los más diligentes y exquisitos. Forman parte, sin duda, de un patrimonio espléndido que nos han legado muchos siglos. Ceder una parte, la más mínima, de este patrimonio—ó echarlo como algunos quieren por la ventana—sería empobrecerse inútilmente y de manera tonta.

Ya cometemos un delito dejando á los sabios extranjeros la dirección de estos estudios. El idioma vascuence, que según opinión muy valedera, desciende del *sánscrito*, se estudia hoy en Francia, en Berlín, en Viena y en Oxford más activamente que en España. Camilo Jullian, catedrático ilustre de la Universidad de Burdeos, ha publicado el otro día un acabadísimo resumen de los estudios vascos

á la hora presente. No se ha llegado á la concordia entre los especialistas. Continúan las pesquisas, continúan las hipótesis. ¿Y haremos nosotros, por medidas absurdas, que se desvanezca entre las manos de estos sabios filólogos la misma materia de su estudio y de su observación? Si Inglaterra ó Austria poseyesen, enclavado en su territorio, un trozo de civilización tan particular como ese trozo de nuestras Provincias Vascongadas, no vacilarían en ampararlo y en defenderlo de la ruina.

La Academia Gallega, en este asunto de los idiomas regionales, nos da un ejemplo provechoso, defendiendo el idioma que durante diez siglos habló el pueblo galaico, y que hablan ó entienden actualmente unos tres millones de españoles, diez y ocho millones de habitantes en Portugal y en sus dominios, y doce en el Brasil. Y hace bien la Academia de Galicia recogiendo el verdadero léxico, dando á conocer la gramática y manteniendo los prestigios de aquel idioma que prestara los elementos constitutivos del de Cervantes y el de Camöens, y en el cual se escribieron desde las *Cántigas de Hermigues*, en el siglo XI, hasta las estrofas admirables de la divina *Rosalía*, de Camino y de Añón, en nuestro tiempo.

Si en Galicia los promovedores del Renacimiento literario no se hubieran cansado en el camino ó hubiesen contado con activos continuadores de su empeño, el idioma gallego sonaría, á la hora de ahora, en sermones y en mitins, en papeles y en

músicas, tanto como el de Ausias March. Hizo falta á Galicia un Verdaguer. Porque no hay que olvidar que el catalán es una lengua resucitada. No era floja labor el levantar á la categoría de lengua literaria y nacional un idioma que había degenerado en un vulgar *patois*. De todos los obreros que encontraron la lengua esparcida en el habla local ó en las empolvadas crónicas, quien más acertó fué *Mossén Cinto*. Con labor igual á la de Dante, que hizo el italiano clásico, sacándolo del florentino, Verdaguer hizo el catalán, le dió forma definitiva y puso, en fin, á Cataluña en posesión de su lengua; se podrá aún perfeccionarla, pero ya existe para siempre.

La fuerza total de una nación se hace con varios componentes. Entre estos componentes es imposible prescindir de la originalidad de los idiomas. Debe cesar ese conflicto entre la lengua castellana, que quiere que todos los oídos la escuchen y la entiendan, y los restos preciosos de antiguas originalidades que no se resignan ni se allanan á desaparecer. El gran problema es respetar la personalidad de la región, sin que esto hiera ó menoscabe la unidad nacional. Problema delicado como pocos, y de solución difícil... Y henos aquí á mil leguas del ordeno y mando de un ministro ó de las fieras instrucciones de un fiscal del Supremo...

Bebo y discurso

En estas tardes de verano, para observar la vida callejera y estudiar tipos y costumbres, lo mejor es sentarse en un café de los que sacan mesas á la calle. Se pide un doble de cerveza y un periódico conservador, cuya lectura no interesa, y se escucha lo que van diciendo las gentes que pasan. Si yo tuviera el fino ingenio del gran Alarcón, que escribió la página admirable que tituló *Lo que se oye desde una silla del Prado*, ¡qué hermoso poema me saldría con sólo transcribir fielmente las cosas que escucho mientras saboreo tranquilamente un doble de Pilsen!...

Tranquilamente, no, si ha de decirse la verdad. Oigo de vez en cuando algunas cosas que hacen que la cerveza inofensiva se me convierta en rejalgar. No escucho sin indignación esta salmodia lastimera que algunos padres de familia vienen á entonar junto á mi mesa para excitar mi compasión. Llevan de cada mano un niño, y á veces llevan un tercero, que acomodan sobre sus espaldas.

Si, por rara casualidad, no los llevan consigo porque las pobres criaturitas alguna vez están enfermas y se quedan en casa, los padres invocan, para enternecernos, sus dotes prolíficas. Esos padres son, cual más cual menos, Guadalquivires de la paternidad. El que menos hijos engendrara, engendró seis ú ocho. Verdad es que no pueden mantenerlos, y que sufren—y es natural—al ver tanta hambre en sus tugurios. Pero yo me atrevo á preguntar: esto de cumplir ó no cumplir el famoso precepto bíblico de «creced y multiplicaos», ¿depende ó no depende de la voluntad de cada uno? Si yo, en vez de tener un hijo, tuviese ocho, ¿podría acaso permitirme el lujo de venir á tomar á este café un doble de Pilsen?...

La tendencia á arreglar la producción humana del mismo modo que se arregla la producción industrial según sus necesidades del momento, denuncia, sin duda, un progreso considerable, digan lo que quieran los poetas y los novelistas como Zola.

Así se suavizan las asperezas de la cuestión social, puesto que se pone en relación el número de bocas á nutrir con los recursos de la patria. Cuando hay equilibrio entre la suma de trabajo que se puede encontrar y el número de brazos disponibles, la remuneración de los trabajadores se opera de una manera equitativa; el patrono no puede especular con la concurrencia que se hacen los «muertos de hambre».

Un socialista belga, M. Anseele, ha escrito muy discretamente: «Es de observar que mientras más desventuradas son las personas, más hijos tienen. Se abandonan con una indiferencia resignada á los impulsos de la Naturaleza. Todo les es indiferente. En cambio, cuando su situación mejora, nace en ellos el egoísmo. Razonan sus actos, calculan sus consecuencias. Los obreros socialistas de Gante, que disfrutaban de un bienestar relativo, resisten al instinto que les empuja á procrear. El hombre y la mujer están de acuerdo para reglamentar su actividad. Prefieren tener menos bocas que nutrir y nutrir las mejor procurando á sus hijos y asegurándose á sí propios un poco de dicha. ¿Podemos censurarles?»

No, ciertamente. Alentarlos sería mejor. Qué el hombre, en una tierra virgen, en un país nuevo, no poblado bastante, procrea sin cuidarse de lo porvenir, me parece de perlas. Mas si procede del mismo modo en un país pobre ó donde el exceso de población dificulta la vida, proporciona él mismo los vergajos con que hacerse azotar. Se pone á merced de los que quieran explotarle, prepara á sí mismo y á sus hijos una existencia de privaciones, siembra el grano del que saldrán las revoluciones futuras.

Es muy lindo, sin duda, el gastar frases hechas: «Creced y multiplicaos. Á los pajarillos del campo Dios los mantiene. Dios, con cada hijo, da un pan á los pobres...» etc., etc.

Pero como esto no es verdad, según es fácil demostrar con visitar sencillamente los barrios de obreros, tenemos el derecho de aplicar á aquellos axiomas los principios de la ciencia experimental y de preocuparnos con la suerte de los míseros seres que lanzamos al mundo. Es mejor contar con uno mismo que con las potencias sobrenaturales, que suelen escapar muy fácilmente á toda especie de responsabilidad.

Estas y otras razones, con la esperanza de convencerle, expuse á un padre de familia que en compañía de tres mocosos acercándose había á mi mesa; antes no le había rehusado mis cinco céntimos, convencido, como dijo el otro, de que los consejos han de darse mitad en palabras y mitad en dinero. Y... ¿sabéis lo que me contestó?...

—¿Es usted abonado á la ópera?

—Abonado, no; pero me gusta ir.

—Pues ésta—dijo señalando á los chicos—es la *ópera nuestra*.

Sin homenaje

Mientras aquí nos preocupamos con la ley terrible que se anuncia y que, por mor de Barcelona, sufrirá toda España, los barceloneses, distraídos, indiferentes al asunto, se pasan la vida celebrando homenajes. En lo que va de mes he contado estas fiestas conmemorativas: homenaje á los restauradores de los Juegos Florales, que había importado en Cataluña don Juan I de Aragón; homenaje extraespecialísimo á Milá y Fontanals; homenaje á Jacinto Verdaguer; homenaje á Emilio Vilanova. La segunda quincena se destina á un héroe de los gordos, á don Jaime I de Aragón, y este homenaje será el último de la serie de Mayo.

Y así, entre fiestas de homenaje, terminará este mes, y á nadie se le habrá ocurrido consagrar un recuerdo á Pepe Ixart, el insigne escritor que en la ciudad de Tarragona, donde había nacido, dejó de existir el día 25 de Mayo de 1895. Á nadie se le habrá ocurrido, ni á Narciso Oller, su primo hermano; ni á *Juan Buscón*, su compañero en la redacción de *La Vanguardia*; ni á uno sólo de

aquellos ilustres publicistas y obreros de la *première heure*, que, como el crítico Casellas y el genial Rusiñol, tenían por entonces el buen gusto, no maleado aún por el catalanismo, de escribir en la lengua del *tirano*.

¡Pobre y olvidado crítico! Yo, que le quise tanto, recuerdo aún aquellas horas en que á pedazos se moría. Llevando en su organismo los gérmenes de implacable tuberculosis, y sin darse cuenta del mal que hacía en él, poco á poco, sus estragos horribles, estudiaba, leía, trabajaba, discutía y llenaba sin cesar un día y otro cuartillas y más cuartillas, que se publicaban, generalmente, en *La Vanguardia* y en algunos periódicos de Madrid. Aun me parece oírle, casi afónico, discutiendo, á las dos ó las tres de la madrugada, con el director de la *La Vanguardia*, para salvar de la censura tal ó cual frase, tal ó cual concepto que, á juicio de Sánchez Ortiz, no era conveniente publicar.

Cuando la enfermedad le rindió, cuando ya no pudo escribir más, se fué á Tarragona á esperar, tranquilo, la muerte. Allá iban á visitarle sus íntimos, sus compañeros de armas en la milicia de las letras. Y allí, ora departiendo con su primo Narciso Oller, ora discutiendo con Sardá, que tan poco tiempo tardó en seguirle, vió llegar, de súbito, aquel triste día 25 de Mayo, en que el ángel de la gloria y de la piedad suprema extendió sobre él sus victoriosas alas.

Como los antiguos, amaba la libertad y aborre-
cía todas las formas de la tiranía. Pero alejado por
el desdén del mundo político, se limitó á observar
la sociedad barcelonesa. Asistía al mundo para
pintarlo, y se posesionaba de este papel con una
originalidad de pensamiento y de expresión, que
no cesaba de aumentarse todos los días. Y no es-
cribía nada flojo, nada vacío... no poseía la esté-
ril y fluida abundancia que da la ilusión del talento
y que suele servir para edificar asombrosas fortu-
nas literarias.

Fué, de añadidura, un pensador, un literato,
un patriota. Si no existiese Menéndez y Pelayo,
sería Ixart, indudablemente, el primer crítico de
España. Por su vasta cultura, por su talento, por
su honradez, por su seriedad, por su buen gusto,
verdaderamente ateniense, pudo hacer de sus obras
de crítica verdaderos modelos, en que la juventud
literaria tendrá no poco que estudiar y aprender.

En los dos idiomas, el catalán y el castellano,
que cultivó con acierto, ha dejado obras vivideras:
en castellano, los cinco tomos de la serie titulada
El año pasado y la obra admirable *El arte escé-
nico*, que fué la última que publicó; en catalán, el
volumen que se titula *Obras catalanas*, en el que
están coleccionados diferentes trabajos de crítica.

Á mi juicio, los mejores estudios de Ixart, in-
cluidos en los mencionados volúmenes, son: «La
Exposición de 1888», «La crítica y el arte» (confe-
rencia celebrada en el Círculo Artístico), «Lo su-

blime en lo vulgar» (carta á Mariano de Cavia sobre un drama de Echegaray), «Las Sociedades de excursiones», «Federico Soler y su teatro», «El Ateneo barcelonés», «Los sabios de librería» y «El uso del castellano en Cataluña».

Para el público castellano era Ixart un amigo; para el público catalán era un independiente; y así para el uno como para el otro, no fué nunca un sectario; entre las muchas verdades que hubo de decir á sus compatriotas, las que más escocieron constan en el estudio magistral «El uso del castellano en Barcelona», y en aquel otro artículo en que fustigaba duramente la epopeya aburrida, implacable, horrible, abrumadora, de Mosén Jacinto Verdaguer.

Claman algunos contra la centralización *literaria*, que les parece tan abominable como la centralización política. «Madrid—dicen—, dominándolo todo, desdeña á los escritores de provincias.» No es cierto. Madrid buscó á Pereda en Santander, á Blasco en Valencia y á Unamuno en Salamanca, como busca hoy á Arturo Reyes en Málaga y á Maragall en su país. Con respecto á Ixart, ¿quién no recuerda la multitud de trabajos que vieron la luz en *El Liberal*, en *El Imparcial*, en *La Época*, en *La Ilustración* y en otros diarios y revistas de la villa y corte?

¡Que Madrid desdeña á las provincias! ¿Sería necesario destruir una tan grande inexactitud? En los periódicos de gran circulación de Madrid, mu-

chos no hemos llegado á colaborar y á percibir un sueldo sino después de algunos años de labor amarga y gratuita; pero en cambio, Mañé sentó plaza de general en los periódicos de Madrid. Con respecto á Gener, puede asegurarse lo propio. Mi buen amigo Narciso Oller es tan estimado en toda España como puede serlo en Cataluña. Para muchos autores jóvenes que en la lengua de Cervantes escriben, están cerrados á piedra y lodo todos los grandes teatros de Madrid, siempre abiertos de par en par para Guimerá, catalanista. El inolvidable Balaguer, bajo las bóvedas del Congreso, del Senado y de las Academias, fué cuanto quiso... Pero ¿á qué seguir? Si hiciese falta una prueba más de que en Madrid se galardona á todo el que vale, sea cualquiera su lengua ó su origen, hable mi amigo el admirable doctor Recasens, que llegó, vió y venció, y está en la Academia, y en San Carlos, y en todas partes, dando guerra con su superioridad. Porque, lejos de ser exacto lo que la intransigencia catalanista asegura, el ser catalán es en toda España un verdadero título de recomendación.

Sin embargo, actualmente, en estos días de la dictadura de Cambó, se ponen las cosas de tal suerte, que ese título de recomendación se suele admitir en todas partes menos en Cataluña, donde ya es preciso defender del olvido de sus compatriotas á escritores ilustres, de los cuales, porque no odiaron á Castilla, su patria reniega...

Bombas de patronos

Con motivo de la catástrofe pavorosa del pueblo de Puente de Vilumara, se han vuelto á usar los procedimientos ya acreditados para estos lances, y el gobierno, profundamente conmovido, ha puesto una vez más en pie el viejo y empolvado maniquí de la caridad oficial. Se han cruzado los consabidos telegramas, cargados de adjetivos patéticos, entre los personajes de Madrid y las autoridades de la provincia y del término municipal donde ha ocurrido la catástrofe. Desde la reina, cuyo magnánimo corazón está poco menos que destrozado, y cuyos sentimientos caritativos, etc., etcétera... hasta el ministro de la Gobernación, no menos compasivo y emocionado, y sin desdeñar al señor Socías, gobernador, que también se asocia al duelo general, todos han dicho por telégrafo y en párrafos más ó menos calurosos y sentimentales lo que en estos casos suele decirse.

Y es de suponer que el gobierno, según las cos-

tumbres establecidas y las pragmáticas corrientes, enviará á la comarca desoladisima de Manresa el puñado de billetes de Banco que para circunstancias como estas suele estar siempre preparado en el ministerio de la Gobernación. Y es de suponer asimismo que adonde no llegue la caridad oficial —y aquí entra también, ó á lo menos debe de entrar, con su bolsa repleta, el gobernador de la provincia—llegará, sin duda, generosa, espléndida, nunca solicitada vanamente, la caridad de Barcelona, con sus Asociaciones y sus Centros poderosos y ricos.

Pero esto no basta. Es necesario que la catástrofe ocurrida sirva de lección, de tal suerte, que en lo adelante la caridad oficial y particular no tenga nunca ocasión para ejercitarse, y por la razón sencillísima de que esas catástrofes no ocurran. Puede obtenerse este resultado sin hacer otra cosa que cumplir el deber. Cúmplanlo siempre, todos los días, las autoridades; cúmplanlo asimismo los patronos, como saben cumplirlo, sin ostentación, los obreros que sacrifican inconscientemente su vida en las galeras del trabajo. Si hay leyes sobre accidentes del trabajo y sobre protección á las mujeres y los niños, que esas leyes, fruto del progreso social é inspiradas en humanitario criterio, no se burlen por los patronos. Si alguien tiene el deber de inspeccionar los artefactos que utiliza la industria en estas comarcas, y que mal dirigidos ó deteriorados por el uso, pueden dar con su fun-

cionamiento ocasión á desastres continuos, debe efectuarse en toda hora esa inspección que prescribe la ley, ya que sin ella, como estamos viendo ahora mismo, es un mito la seguridad del obrero en las fábricas.

Por grandes que sean las facultades del artista, la poesía, la novela, la obra pictórica, no llegan nunca á describir con exactitud el trágico horror de los hechos. Ante la espantable realidad palidece toda ficción. Los infortunios que el cumplimiento del deber ocasiona al trabajador, suben á veces á tal punto, que el ánimo se resiste á creerlos, y la pluma, humedecida en lágrimas, se resiste á trazarlos. Y sin embargo, son verdad; lo fueron ayer, lo serán siempre. Mientras el egoismo, la inhumanidad y la avaricia de algunos de los que poseen el capital no cedan el paso á los sentimientos de piedad y á los principios de justicia, no será nunca entre nosotros la ley del trabajo ley de bendición, como lo es en los pueblos cultos, si no ley bárbara de muerte, que condena á unos pocos al sacrificio, para que otros, los más, sean dichosos, disfrutando de la alegría del vivir.

¿Estamos dementes, por ventura? Esa catástrofe, esa catástrofe pavorosa é indescriptible del pueblo de Puente de Vilumara, ¿no nos despierta á la razón? ¿No dice nada con su estruendo insólito, no dice nada á nuestra conciencia esa caldera de vapor que estalló en una fábrica, sembrando la ruina, la desolación y la muerte? Cuando las lágri-

mas de la compasión se hayan secado en nuestros ojos, ¿no ha de encenderse la ira en los pechos al contemplar esa fúnebre comitiva que en la obscuridad de la noche, protegida por hachas de viento, va desde Manresa hasta el sitio de la catástrofe, para buscar entre la montaña de escombros y á la luz del incendio los restos queridos?... Entre esos escombros, «de donde no salía ni un gemido», aparecían cadáveres—treinta, cuarenta, muchos más tal vez—de pobres mujeres y niños sepultados... El niño, la sonrisa de la existencia, y la mujer, el símbolo de la inefable ternura, formaban la mayoría de los huéspedes del cruel sarcófago improvisado por la fatalidad... ¿Por la fatalidad?... Tal vez no; pero al fin y al cabo, allí disfrutaban su primer reposo, el eterno reposo de la muerte, felices por haberse libertado de ese infortunio que Tolstoi llama «la esclavitud moderna».

Ellos, los que en la lucha por la existencia han caído, sin brillo ni gloria, en la negra obscuridad de un hecho que bien puede ser, por parte de alguien, un asesinato con premeditación, han sucumbido honradamente al pie de su obra. Su sudario es la bandera del Deber. Trabajaron, vivieron, cobraron todos los días las mezquinas monedas de su salario, y una tarde, al anochecer, la explosión de una caldera los mata. Es sencillamente un accidente del trabajo, según el vocabulario de la Ley. Pero ese trabajo, ¿era acaso la ejecución de una sentencia de muerte, dictada intencionadamente,

á sabiendas, por alguien? ¿No existía el deber de garantizar esas vidas, esas nobles y fecundas vidas que hacen falta hoy á las madres, á las esposas y á los huérfanos?... Una mezquina indemnización, voluntaria ó impuesta por ministerio de la Ley, ¿podrá resarcir de lo que perdieron á las atribuladas familias de esos pobres mártires?... ¿Volverá á repetirse cualquier día la catástrofe y seguiremos viviendo eternamente entre estos horrores que nos indignan y en esta anarquía protegida por un feudalismo que desdeña, con los mandatos de la Ley, los impulsos de previsora caridad?

De los socorros á las víctimas, de los sentimientos caritativos que en el noble pueblo catalán nunca dejaron de albergarse, no hay para qué hablar. Queremos hablar únicamente de las responsabilidades tremendas que en la explosión de esa caldera puedan existir para algunos. Lo que ahora importa, con preferencia, es que esas responsabilidades se exijan, y se exijan pronto, con urgencia, con energía y sin contemplaciones para nadie. ¿Se han cumplido las ordenanzas municipales, por las que se impone al Ayuntamiento el deber de inspeccionar constantemente los aparatos de maquinaria de las fábricas y talleres? Esa caldera que ha estallado, ¿era una caldera inservible, mantenida, tal vez, en la fábrica por la sórdida avaricia de un dueño que no quisiese ó no pudiese adquirir otra nueva? Ante ambiciones exageradas de un lucro indigno, ¿se ha comprometido la seguridad

de centenares de seres humanos que tenían derecho á vivir?...

En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en todos los países civilizados del mundo, un maquinista es siempre un técnico, un profesional que conoce su ciencia y al que no se admite en una fábrica sin haber demostrado anticipadamente sus aptitudes. En las fábricas de Cataluña, ó á lo menos en casi todas, se admite como maquinista á cualquiera, con la única condición de que sus servicios resulten baratos. No se busca la calidad, sino la baratura en los servicios. ¿Qué mucho, pues, que esas catástrofes se repitan y que en la primera región industrial de España, ó en la *única*, como dice *La Veu*, haya fogoneros que arrojen sobre las calderas, con tres atmósferas de presión, tubos henchidos de agua fría?...

Cuando allá por Octubre de 1900 se discutía sobre la crisis industrial en Cataluña, púsose en claro, por personas expertas, que una de las causas, y tal vez la más poderosa, de aquella crisis, era la ausencia de todo adelanto en el sistema fabril de la región, sobrado vejatorio y deficiente. Para competir con Inglaterra, á lo menos el cincuenta por ciento de nuestras fábricas debían sufrir una radical transformación. Las fábricas—por entonces se dijo—, desde el año 64 hasta ahora, se han hecho á trozos, á pedazos. Sobra maquinaria vieja y mala, y sobran productos por efecto de esa misma fabricación deficiente. Esa maquinaria an-

tigua é inútil, alguien propuso que se obligase al industrial que la poseyera á venderla *completamente inutilizada*.

Aceptando aquella proposición, hecha por un fabricante sincero, nos hubiéramos evitado seguramente las desdichas que hoy deploramos, y que tendrán en lo sucesivo nuevas y tristes ediciones, si todos continuamos, como hasta aquí, formulando leyes que no se cumplen y sustituyendo las bombas de los obreros anarquistas con las calderas de los patronos codiciosos.

Frente al bazar "El Siglo,"

Libre y sola va la pequeñuela, envuelta en sus andrajos. Marcha al azar, estorbando el paso de las gentes que regresan de los paseos ó que salen de los cinematógrafos. La calle espaciosa, punto de cita de la elegancia, riñón del comercio, la envuelve entre sus esplendores. La noche es horriblemente fría, pero el frío no la asusta. Ráfagas de viento sacuden las calles. Como mariposa prisionera, se mueve la luz en los faroles. Uno de esos golpes de viento, ¿se llevará á la pobre niña como á una de esas hojas secas que ahora cubren los campos, arrojándola allá á las afueras tenebrosas de la ciudad espléndida, adonde va, como diría el poeta, «todo lo que sobra»?

Nadie tal vez lo advertiría, porque la pobre pequeñuela está sola en el mundo. Padre, no lo tiene. No sabe lo que habrá sido de su madre. Existe, sí, en alguna parte, en un tugurio miserable de un barrio infecto, una vieja borracha á quien llama su abuela. Pero la niña no conoce de ella.

más que una cara horrible, unas manos rugosas, teñidas de tabaco, y unos sueños pesados de embriaguez, cuyo despertar causa pavor. Y la niña se ha escapado lejos, sorteando las injurias y los golpes. Ha partido mientras la vieja, espatarrada sobre su jergón, dormía su aguardiente. Y marcha y marcha el pobre ángel, tan pequeño y tan solo, en medio de la noche fría.

¿Qué edad tiene? Seis años, acaso siete y medio, ni uno más... Marcha á lo largo de la calle, deteniéndose tal vez que otra para curiosear en los escaparates ó sorprender los diálogos festivos de los transeuntes de buen tono. De pronto se queda estupefacta ante las puertas que vomitan gente del bazar espléndido, magnífico, verdaderamente maravilloso, que es orgullo de la gran ciudad. Hay un escaparate, sobre todo, que la vuelve loca de alegría. En él se exhiben trajecitos para niñas de su misma edad. Ella se fija principalmente en un vestido de lana blanca, adornado con cuello de glacé y calados magníficos. El vestidito, que no es muy caro, cuesta once duros, ni uno más ni uno menos; pero la niña, que no sabe leer ni conoce los números, no puede advertir ese detalle. Maravillada, en mudo éxtasis, mira el traje con adoración.

Mas esa riqueza portentosa no es para ella. Entre esa multitud donde se enhebra, en esa orgía de color y de luz, ella es una cosa inadvertida, insignificante, muerta... La gentes que pasan por la acera y las que salen del bazar no se fijan en ella.

Van con la gran preocupación de salvar los paquetes que llevan en las manos. Y ¡qué paquetes! Llenan los bolsillos y los brazos de caballeros y señoras. Atados con un cordón rojo, danzan en las manos enguantadas de las gentiles compradoras. Van dedicados Dios sabe á quién, sin duda á otros niños. Habrá pequeños que recibirán más de los que podrán coger. ¿No caerá ninguno, ¡justo Dios!, en las manos vacías de la pequeña que contempla los escaparates? No, no, pobre niña; aquí no hay nada para ti...

Pero sí: alguna cosa ha caído en su mano. Va á ver lo que es. ¡Una *perra gorda*! Una moneda de calderilla que un transeunte ha deslizado, apiadado, sin duda, de tanta miseria. El transeunte caritativo ha pasado de largo. La niña no vuelve de su asombro. Una fortuna para la *golfa* de los pies desnudos que tiritita entre sus harapos, para la vagabunda que no ha comido y que no sabe dónde dormirá... Le parece sacar el pie del lodo, alzándose de su humildad impotente. Todas aquellas cosas lindas que hace apenas unos minutos estaban vedadas para ella, pobre niña andrajosa, ¿no son ahora tuyas?

—Somos elegantes y graciosos—parecen decirle los juguetes—. Mira nuestras bellos colores y nuestro ingenioso mecanismo. Las niñas gozan mucho con nosotros. Verás cómo hacemos buenas migas.

—Oye un poco, pequeña—dicen desde sus cajas los bombones—. Tú debes de ser—no hay más que

verte—una chiquilla muy golosa. Si supieses qué sabrosos somos, aquí donde nos ves... Hasta perfumaríamos el aliento de tu abuelita, la borracha.

—Por aquí, pequeñuela—murmuran con sus voces frescas las flores de trapo—; observa qué bonitas somos. Parece que tenemos vida. No hay dicha mayor para una niña que la de tenernos á su lado.

Pero la niña no pierde el tiempo en escuchar estos reclamos. Le hace falta, para devorarlo, un panecillo de los grandes, ó zapatos para calzar sus pies desnudos, ó un asilo para cobijarse en las frías noches de Noviembre. Lanza una mirada triunfadora al vestido de lana blanca, adornado con cuello de glacé y calados magníficos. Y sale disparada como una mujer en miniatura que ha tomado su resolución. Entra en el espléndido bazar, y acercándose á su mostrador, dice con voz firme al dependiente, entregándole la *perra gorda*:

—¡De ropa de niña rica, diez céntimos!

¡Verdaguer ha muerto!

Ante el silencio misterioso que envuelve la trágica majestad de esa tumba que espera, abierta, al mortal despojo; en la triste, pero serena contemplación de un gran destino malogrado, no halla fácil expresión la tristeza, y la pluma del periodista, avezada al combate, mójase en lágrimas y se desliza con torpeza sobre el papel en que hay que escribir el epitafio del gran poeta que nos dejó...

¡Ha muerto! ¡Ha muerto!... El poeta que cantó la luz, los mares, el cielo, las montañas, las flores y los ríos, ha cerrado los ojos á todas las maravillas de la Naturaleza; pero la Naturaleza, más noble, acaso, que los hombres, no ha sido ingrata; mientras en medio de ella, en su regazo maternal, agonizaba su cantor, la Naturaleza veló sus galas y ocultó un instante sus esplendores. ¡Contraste vil el que suele formar con el alma lóbrega la creación indiferente! ¡Fraternidad sublime la de la madre Naturaleza, que viste luto con el hombre que cae vencido en la negra emboscada de la muerte!

¡Fraternidad consoladora también la fraternidad de las letras! En la admiración á Verdaguer, todos somos hermanos. Y sin embargo, si había un hombre que representaba la contradicción con los ideales modernos, era el poeta que acaba de morir. ¿Qué tenía que ver el trovador místico, el pájaro viejo que iba repitiendo su antigua canción, con esta juventud materialista y modernista, que irá detrás de su ataúd? El hombre que acaba de desaparecer, creía en Dios, en la inmortalidad del espíritu, en la remota lontananza de la felicidad ultraterrestre, y nosotros casi no creemos en nada; él, desde mozo, se afilió á las milicias de la Iglesia, y nosotros marchamos solos, bajo nuestra única bandera, que es la bandera de la libertad; él, en sus obras, hablaba siempre de lo pasado y embellecía la tradición circundándola de poética aureola, y nuestra generación es democrática á marchamartillo; para él, en suma, fué la literatura una especie de virgen blanca, atacada de vapores y desmayos y visitada por visiones místicas, y para nosotros son las letras reflejo exacto del ideal del siglo, eco doliente de la congoja humana, mortal caricia á la inmortal ramera voluptuosa en cuyos brazos fué Rolla á descansar y á morir. Grande ó pequeño, mejor ó peor que nosotros, según los diversos puntos de vista, ese soñador de un sueño divino no militaba bajo nuestras banderas de combate ni tenía con su siglo la solidaridad de los principios y de los hechos. Cantor de la fe,

en una época de negación y de duda, era quizá, como Rosetti, un rezagado de la vida que, traspasando los siglos desvanecidos, cruzaba por el nuestro con el alma cargada de apariciones beatíficas y de alucinaciones celestes...

Y sin embargo, todos le amamos, porque antes que todo fué artista, y artista egregio, y antes que todo fué patriota. ¿Qué importa la lengua en que escribió? Fué patriota, y de la patria grande, de la patria de todos; fué creyente, y creyente en el bien, en la caridad y en el amor. Cantó al cielo, cuya inconsolable nostalgia sentimos todos. Rescatado para el ideal divino por el afán humano, luchó, sufrió, y cayó tres veces con su áspera cruz, y es para nosotros dos veces sagrado: por el genio y por el dolor.

Y por eso, cualquiera que sea nuestro partido ó nuestra escuela literaria, todos, unánimes, hemos de llevar muchas flores, las modestas flores que él amó tanto, á la tumba de Verdaguer. Entre estas flores, las primeras serán de aquellos que le han conocido, que han estado cerca de él, que han vivido en su intimidad fraternal. Las otras, serán de sus lectores innumerables, y vienen de la admiración de los hombres, del entusiasmo de los adolescentes, de la pasión de las mujeres que han llorado ante tantas páginas de piedad y ternura. Y en fin, las últimas, las verdaderas flores de la inmortalidad, serán de sus compañeros los escritores, los que hacen ó dirigen la opinión, los que

distribuyen las recompensas, y cuya misión nobilísima es la de honrar á la nación, rindiendo homenaje á sus grandes hombres. Honrarlos, festejarlos hasta en la tumba, es realizar una obra sana y dignificar al pueblo en que esos hombres han resplandecido como un faro.

Nunca olvidaré la visita que hice á Verdaguer en aquel modesto piso cuarto de la calle de Aragón. Al dirigirme hacia su casa iba recordando su vida y sus obras. Y le veía en mi imaginación, payesillo imberbe, con su traje de labrador y su barretina en la mano, presentarse tímidamente en los Juegos Florales á recoger su primer diploma... Le veía después, con su aire encogido y modesto, embutido en su limpia sotana, alentado por la protección del primer marqués de Comillas, escribiendo *L'Atlántida*, la única epopeya española moderna. Le seguía después en su carrera de triunfos, saludado por Mistral, que le dice: «*Tu, Marcellus, eris...*» y resucitando la lengua histórica de su país con sus *Idilis* y *Cants místichs*, su *Caritat*, sus *Cançons de Montserrat* y su *Canigó*. Le veía, en fin, á la vuelta de una vida fecunda, perder la gracia de los poderosos, recobrarla después, y alcanzar á la última hora, como supremo galardón, un beneficio en la parroquia de Belén...

Me recibió en su biblioteca, una biblioteca *de verdad*, en activo servicio, abarrotada de volúmenes—cinco ó seis mil tal vez—, que estaban al alcance de la mano, á la rústica casi todos, al aire

libre... Los libros se topaban por todas partes, ya esparramados sobre una mesa, ya sobre una silla formando pirámides, ya por el suelo. Entre los libros se veía un busto pequeño de barro, casi un *bibelot*. Verdaguer lo tomó entre sus manos.

—Es mi inspirador—me dijo—: es San Juan de la Cruz, el primero de los místicos. Siempre que voy á escribir lo coloco á mi lado.

Luego, contestando á una pregunta mía, añade:

—Nunca he escrito nada en castellano; no me he atrevido, y tampoco en catalán he de escribir ya mucho en lo adelante; poemas grandes como *L'Atlántida* y *Canigó*, desde luego puedo asegurar que no volveré á hacerlos. No escribo nunca, sino aprovechando algún momento de inspiración; entonces me siento ahí, junto á San Juan de la Cruz, y cojo la pluma, y sale... lo que sale. Así, casi sin darme cuenta, he ido formando una colección de poesías religiosas, cuyas pruebas corrijo en estos días, y que ha de titularse *Ayres del Montseny*. Antes tenía más entusiasmo; ahora, después de *mis desgracias*, casi no escribo.

Afortunadamente para las letras nacionales, *mossén Cinto* no hubo de realizar lo que á la sazón me decía. Después de la publicación de los *Ayres del Montseny*, editado por la revista *Juventut*, ha aparecido un nuevo volumen de Verdaguer que se titula *Flòrs de Maria*, y que ha sido verdaderamente el *canto del cisne*. Antes, en distintas épocas, y después de haberse dado á conocer en los

Juegos Florales de 1861, había publicado su célebre poema *L'Atlántida*, que bien pronto fué traducido en castellano, francés, inglés, italiano, provenzal, alemán, etc. De esta obra, sugerida al poeta por el espectáculo de los mares, por los cuales hizo largo viaje, dice Mistral, el célebre autor de *Mireya*: «Después de Milton en su *Paradise Lost*, y después de Lamartine en su *Morte d'un ange*, nadie había tratado las primordiales tradiciones del mundo con tanta grandiosidad y pujanza.»

Obra también de muy alto vuelo es el poema *Canigó*, traducido en castellano por el conde de Cedillo, y acerca del cual ha escrito lo siguiente Menéndez y Pelayo: «La atenta lectura de *Canigó* me ha confirmado en la idea que hace tiempo formé, conceptuándole á usted (y perdóneme su modestia) como al poeta de mayores dotes nativas de cuantos hoy viven en España. En grandeza de imágenes, en viveza y esplendor, en derroche, digámoslo así, de pompas fantásticas y de colores, en cierta manera grande y amplia de concebir y de expresar, trozos hay en *Canigó* que igualan ó superan á los más celebrados de Víctor Hugo, con quien tiene usted un remoto aire de familia, en aquello, se entiende, en que Víctor Hugo es digno de alabanza.»

Aparte de estas dos magníficas obras, la inspiración de Verdaguer produjo una oda á Barcelona, de la que hizo el Ayuntamiento una numerosa tirada, y además *Idilis y cants místichs*, *Cançons de*

Montserrat, Caritat, Patria, Càntichs religiosos p' el pòble, Lo somni de Sant Joan, Jesús Infant, Escursions y viatges, Nesto, traducción de un poema de Monistrol; *Dietari d'un pelegrí á Terra Santa, Roser de tot l'any, Sant Francesch y Flòrs del Calvari*.

Solicitado por alguno de sus admiradores, también hubo de escribir para el teatro, y aun no ha olvidado el público aquella *Adoració dels pastors* que se anunciaba modestamente en los carteles del Tívoli con el título de «cuadro plástico con ilustraciones literario musicales de mosén Jacinto Verdaguer y del maestro Enrique Morera». Aun recordamos el estreno de la *Adoració*. Santiago Rusiñol, al hacer por encargo de Verdaguer la presentación de la obra, en un trozo lleno de poesía se expresaba así: «La obra del poeta Verdaguer, de nuestro poeta, de nuestro padre espiritual, no es una obra hecha con moldes de los que sirven para el teatro; es una visión del poeta, es el calor de la fe convirtiéndose en impresión vívida; es el amor de la leyenda, es un eco del pasado, y no es música ni es letra; es una oración del corazón, y es el mismo corazón que canta.»

Si, estaba en lo cierto Rusiñol; eso y no otra cosa era Verdaguer: un «corazón que cantaba»; y ese corazón, que no ha muerto, está entre nosotros; porque el gran Verdaguer, después de haber recorrido comarcas diversas, atravesado todos los mares, estudiado todas las costumbres y conocido, en fin, todos los aspectos de la alegría divina y del

sufrimiento humano, ha querido dispersar, al azar de su fantasía, entre las multitudes condenadas á la eterna alternativa de la risa y de las lágrimas, el eco de su entusiasmo, el reflejo de su caridad y el grito de su amor y de su fe, legando á la vez á la tierra de Cataluña, como un depósito inapreciable, la sangre de sus más crueles heridas, y lo que queda, después de la redención definitiva, de un mísero cuerpo humano, atenaceado por las torturas, transfigurado por la belleza sublime de la resignación, santificado por la augusta dignidad del dolor y del sacrificio.

Junto al sepulcro del poeta, no plantarán las Musas el sauce que Alfredo de Musset pedía, como símbolo de las melancolías románticas, para dar sombra á su postrer asilo, en la larga noche de la muerte... Tampoco es justo colocar, sobre la tumba del poeta, la espada con que Enrique Heine quería sustituir su funeral ciprés, porque él había sido, antes de todo, «un buen soldado en la guerra de la emancipación de la humanidad». Sobre la tumba de Verdaguer estará bien colocada la Cruz, símbolo del sacrificio de su vida, de la nobleza de su muerte y de sus infinitas esperanzas en la suprema Misericordia.

¡Adiós, enamorado cantor del cielo! ¡Adiós, infeliz náufrago vencido en la tormenta humana! ¡Adiós, cristiano, que al morir perdonas! ¡Adiós, muerto inmortal!

Algo muy gordo

En espera de la campanada de aviso, al arrimo del coche-comedor, estaba el viajero formando corro con los amigos que á darle el abrazo de despedida habíamos entrado al andén. Y se maldecía, como es natural, al gobierno, y se cambiaban impresiones á la ligera sobre los asuntos de actualidad, lanzando al andén cada profecía que asustaba... Y en esto topó con nosotros, acercándose al grupo, un diputado republicano, fogoso él y popularísimo, que no había acabado de saludarnos y ya estaba en talle de censor, y de censor rígido, mientras nos quedábamos los demás, aunque muy á gusto, de oyentes...

—La paciencia se acaba... Ya esto no se puede sufrir... Aquí va á pasar algo gordo, muy gordo...

—¡Muy gordo!...

—Y cuando eso ocurra, cuando aquí corramos la misma suerte de las Antillas, entonces los que hoy

somos españoles, españoles de verdad, no tendremos más remedio que callar... ¿No es verdad, don Pedro?...

Nos volvimos todos hacia don Pedro. El aludido, prócer de la banca, amigo del cacique máximo y hombre en cuyo ánimo las impresiones revoltosas son forasteras, movió ligeramente la cabeza, afirmando...

—Á este paso —saltó un periodista— pronto se suprimirán los periódicos. Porque publiqué la tremenda, la aterradora noticia de que en la provincia de Gerona unos cuantos chicos de buen humor, en una jira campestre, habían cantado *Los segadors*, el general está que trina y me ha impuesto una multa de quinientas pesetas.

—Porque comprende que ahí duele... —observó el diputado.

—Y usted, ¿qué va á hacer cuando se abran las Cortes?...

—Quedarme aquí... Estoy tan convencido de la ineficacia de los discursos y de las protestas...

—También yo; pero no me negará usted que aquí tiene que pasar algo gordo, muy gordo...

—¡Pero muy gordo! Lo decía hace un momento...

—Es usted buen profeta... Mire usted...

Cargado con un par de maletas, y abriéndose paso por en medio del grupo, sofocadísimo y sudoroso, pasó un caballero tan abultado de moquetes y salido de panza, que bien hubiera podi-

do ser en París, por el derecho de sus carnes, dignísimo presidente de la Sociedad de los Cien kilos...

Sin esperar mucho tiempo, en menos de un minuto, había pasado algo gordo...

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
EXORDIO.	v
El fantasma del separatismo.	11
Castellanos en Barcelona.. . . .	17
Los que dirigen el cotarro.	24
En los círculos y en la calle.. . . .	32
En tren y escuchando.. . . .	39
El Centro Excursionista.	46
De Oller y sus cosas.	52
El viajante de comercio.	60
Charla callejera.	65
La viejecita.	71
Historia vulgar.	75
El verano en Barcelona.	80
Los poetas.. . . .	88
El interruptor interrumpido.	98
El <i>inmortal</i> Clavé.	103
El escarmiento.	109
«¡Catalans! Sempre valents...»	114
El obispo Morgades.	119
El teatro catalán.	125
Las reflexiones de Armengol.	131
El doctor Robert en el Ateneo.. . . .	140
El apóstol.	146
Candidatos.	151
Á la ex gobernadora.	157
El domador en peligro.	162

	<u>Págs.</u>
«Patria, fe y amor»	166
Mañé y Flaquer.	176
El pueblo que pasa.	182
Las leyendas.	186
El campesino.. . . .	191
<i>Quo vadis?</i>	196
Las parias.	205
Balaguer.	210
Hablen como quieran.	218
Bebo y discurro.	223
Sin homenaje.. . . .	227
Bombas de patronos.	232
Frente al bazar «El Siglo».	239
¡Verdaguer ha muerto!.	243
Algo muy gordo.. . . .	251



Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Matto de Turner (Clorinda).*—Aves sin nido (novela peruana).
- Max Nordau* —El mal del siglo. 2 t.
- Max Nordau.*—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.
- Max Nordau.*—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.
- Max Nordau.*—La comedia del sentimiento.
- Max Stirner.*—El único y su propiedad. 2 tomos.
- Mazzini (José).*—Deberes del hombre.
- Merejkowski.*—La muerte de los dioses. 2 tomos.
- Merejkowski.*—La resurrección de los dioses. 2 tomos.
- Merejkowski.*—El Anticristo (Pedro y Alejo). 2 tomos.
- Mérimée.*—Los hugonotes.
- Mérimée.*—Cosas de España.
- Merlino.*—¿Socialismo ó Monopolismo?
- Michel (Luisa).*—El mundo nuevo
- Mirbeau.*—Sebastián Reeh (La educación jesuítica).
- Mirbeau.*—El abate Julio.
- Mitjana.*—Discantes y contrapuntos.
- Mitjana.*—En el Magreb-el-Aksa (Viaje á Marruecos).
- Moebius.*—La inferioridad mental de la mujer.
- Morote.*—Pasados por agua.
- Morote.*—Rebaño de almas.
- Morote.*—La Duma (Segunda parte de «Rebaño de Almas»).
- Nákens.*—Horrores del absolutismo.
- Naquet.*—La Anarquía y el Colectivismo.
- Nietzsche.*—Así hablaba Zaratustra.
- Id.* —La genealogía de la moral.
- Id.* —La Gaya ciencia.
- Id.* —El Anticristo.
- Id.* —Aurora.
- Id.* —El caso Wágner.
- Id.* —El crepúsculo de los ídolos.
- Id.* —Más allá del bien y del mal.
- Id.* —El origen de la tragedia.
- Id.* —El viajero y su sombra.
- Id.* —Humano, demasiado humano.
- Nin Frías.*—Ensayos de crítica é historia.
- Octavio Picón.*—Drama de familia.
- Pedrell.*—Musicalerías.
- Pérez Arroyo.*—Cuentos é historias.
- Petronio.*—El satiricón.
- Pío Baroja.*—El tablado de Arlequín.
- Prat.*—Crónicas demoleadoras.
- Praycourt.*—La moral del cura.
- Proudhon.*—¿Qué es la propiedad?
- Reclús.*—Evolución y revolución.
- Reclús.*—La montaña.
- Reclús.*—Mis exploraciones en América.
- Reclús.*—El arroyo.
- Renán.*—Estudios religiosos.
- Renán.*—El porvenir de la Ciencia. 2 t.
- Renán.*—El Anticristo. 2 tomos.
- Renán.*—Los Evangelios y la segunda generación cristiana. 2 tomos.
- Renán.*—La iglesia cristiana.
- Renán.*—Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo. 2 tomos.
- Rizal.*—Noli me tângere (El país de los frailes).
- Robert.*—Los cachivaches de antaño.
- Rochefort.*—La aurora boreal.
- Rodríguez Mendoza.*—Vida nueva...
- Rydberg.*—Singoala.
- Salinas.*—Los satíricos latinos. 2 t.
- Serao (Matilde).*—¡Centinela, alerta!...
- Schopenhauer.*—El amor, las mujeres y la muerte.
- Schopenhauer.*—La libertad.
- Séverine.*—Páginas rojas.
- Séverine.*—En marcha...
- Sorel.*—El porvenir de los Sindicatos Obreros.
- Spencer.*—Origen de las profesiones.
- Spencer.*—El individuo contra el Estado.
- Spencer.*—Creación y evolución.
- Spencer.*—Educación intelectual, moral y física.
- Strauss.*—Estudios Literarios y Religiosos.
- Strauss.*—La antigua y la nueva Fe.
- Sudermann.*—El camino de los gatos.
- Sudermann.*—El deseo.
- Sudermann.*—Las bodas de Yolanda.
- Sudermann.*—El molino silencioso.
- Sudermann.*—La mujer gris.
- Tchekhov.*—Vanka.
- Teniente O. Bilse.*—Pequeña guarnición.
- Tolstoi.*—La verdadera vida.
- Tolstoi.*—La guerra ruso-japonesa.
- Tolstoi.*—La escuela Yasnaia-Poliana
- Ugarte.*—Visiones de España.
- Ugarte.*—El Arte y la Democracia.
- Urquijo.*—De mi cartera.
- Vandervelde.*—El colectivismo.
- Voltaire.*—Diccionario filosófico. 6 t.
- Wagner.*—Novelas y pensamientos.
- Zola.*—El mandato de la muerte.
- Zola.*—Cómo se muere.
- Zozaya.*—El huerto de Epicteto.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- H. Taine.*—La pintura en Italia.
H. Taine.—Viaje por Italia. 3 tomos.
H. Taine.—Filosofía del Arte. 2 tomos.
H. Taine.—Los filósofos del siglo XIX.
Flaubert (Gustavo).—La tentación de San Antonio.
Poe (Edgardo).—Eureka.
Spencer.—Estudios políticos y sociales.
Spencer.—La religión: su pasado y su porvenir.
Ibsen.—Cuando resucitemos.—Juan Gabriel Borkman.
Schopenhauer (Arturo).—Fundamento de la moral.
Renán.—Averroes y el averroísmo. 2 t.
Sorel.—La ruina del mundo antiguo.
Jacquinet (Clemencia).—Ibsen y su obra.
Aleramo (Sibila).—Una mujer.
García Calderón (F.).—Hombres é ideas de nuestro tiempo.
Finot.—El prejuicio de las razas. 2 t.
Palomero.—Su Majestad el hombre.
Labriola (Antonio).—Del materialismo histórico.
B. E. del Castillo.—Dos Américas.
B. E. del Castillo.—Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.
Max Halbe.—Juventud (drama).
Altamira (Rafael).—Cosas del día.
Morote.—La conquista del Mogreb.
Morote.—De la Dictadura á la República (La vida política en Portugal).
Zoydes.—Pobreza y descontento.—*H. George.*—La condición del trabajo.
Büchner.—Ciencia y Naturaleza.
Rojas (Ricardo).—El alma española.
Urales (Federico).—Los hijos del amor.
Rhoidis.—La Papisa Juana.
Spencer.—La Justicia.
Taine (H.).—Los orígenes de la Francia contemporánea. 2 tomos.
Urquijo (Fernando de).—Películas.
Dide (A.).—Miguel Servet y Calvino.
Bovio (Juan).—Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.
Capitán Casero.—Recuerdos de un revolucionario.
Del Castillo Márquez (F. X.).—Bajo otros cielos.
Moleschot (Jacobo).—La circulación de la vida. 2 tomos.
Rafanelli (Leda).—Un sueño de amor.
Bouhélier.—El rey sin corona (drama).
Benuzzi (Rodolfo).—Creación y vida.
Fabbri.—Sindicalismo y Anarquismo.
Leone (Enrique).—El Sindicalismo.
Hæckel.—Las maravillas de la vida. 2 t.
Echagüe (J. P.).—Prosa de combate.
Buckle (Enrique).—Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.
Rodó (José Enrique).—Ariel.
Guerin Ginisty.—El fango.
Bracco (Roberto).—Se acabó el amor.—*B. Bjærnsen.*—Una quiebra.
Laclos.—Las amistades peligrosas.
Ugarte (Manuel).—Las nuevas tendencias literarias.
Naquet.—La Humanidad y la Patria.
Palacios (Leopoldo).—Las universidades populares.
Francés (José).—Miedo.
González Peña (Carlos).—La chiquilla.
Posada (Adolfo).—Autores y libros.
Morayta (Miguel).—¡Aquellos tiempos!
Vasseur (Armando).—Origen y desarrollo de las instituciones occidentales.
Torres (Carlos Arturo).—Idola Fori.
Talero (Eduardo).—Ecos de ausencia.
Zozaya.—El libro del saber doliente.
Gorki.—Escritos filosóficos y sociales.
Gorki.—Los bárbaros (drama).
Gorki.—Los hijos del Sol (drama).
Soiza Reilly.—El alma de los perros.

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

- La cocina moderna** (Contiene más de 800 fórmulas).—UNA PESETA.
Arte de saber vivir (*Prácticas sociales*).—UNA PESETA.
Modelos de cartas.—UNA PESETA.
Salud y belleza (*Secretos de higiene y tocador*).—UNA PESETA.
Cuentos de Colombine (*novelas cortas*).—TRES PESETAS.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire.**—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.
Cuentistas italianos.—*Obras galantes* (1 tomo). Una peseta.

A. CORTON

El fantasma

del

soparatismo

4 reales

35381

Yo voy pisando los talones á dos hermanitas, que entre las ballenas del corsé dignadas. Hablan del anarquismo aborrecido, desean un escarmiento gordo, algo es inaudito, y después de lo cual no queda nada de anarquista en toda la extensión de la tierra. Pero un joven que las acompaña y que es el más lo visto, la prosa elegante y exquisita de Paul Tailhade, les dice afable y sonriente: «¿Otro Montjuich?» «¡Eso nunca!», contestan reventando que se asustan, y se detienen en el umbral para contemplar unos brillantes tentados de oro, fulgurando en un escaparate que es un foco de luz. El anarquista de salón aprovecha la oportunidad para arreglarse las melenas y enredarse en la pipa.

Sigo tranquilamente brujuleando, y al fin me encuentro á un caballero gordo, de gabán gris, en conversación con un sujeto, mal vestido y en movimiento, que mueve de vez en cuando la cabeza como un péndulo que sí á todo, grita y manotea acusando á los oratorios á la secta execrable. «Los anarquistas —dice— no entran nunca en esas distinciones. No hablan de la puñalada que puso fin trágica á la vida del rey Humberto, soberano consagrado, que han asesinado á Carnot y á Mac-Kinley, presidentes de República, emanados directamente de la voluntad nacional, representantes de naciones democráticas. Han arrojado á las gorgoneras en el salón de sesiones de la Cámara fran-

X-rite


 mm

colorchecker CLASSIC